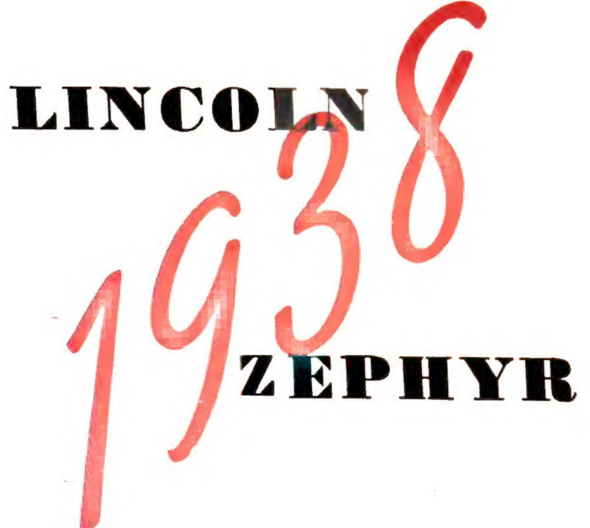
Atlántida

RIBAS

Abril 1938
50 ctvs.

La Suprema Revelación del Año



El nuevo LINCOLN-ZEPHYR V-12 1938 es una realización anticipada de lo que serán en elegancia y perfección los coches más suntuosos del futuro. Sus nuevas características exclusivas, tales como el estilo, potencia, capacidad, lujo y demás atributos, lo colocan en una categoría completamente distinta a los diseños usados hasta el presente.

El LINCOLN-ZEPHYR 1938 constituye, por la acentuada originalidad de sus líneas y la magnífica variedad de modelos, la suprema revelación del año. Se exhibe en nuestro Salón de Exposición, Avenida Alvear 3470, y en los Salones de los Concesionarios Ford.

Atributos principales del Nuevo Lincoln-Zephyr: *Moderna perfilación de líneas - Espacioso interior finamente tapizado - Carrocería toda de acero, formando una sólida estructura - Cristales de seguridad en todo el coche - Motor V-12 de 110 HP, de funcionamiento mucho más silencioso - Nuevo eje trasero con engranajes tipo hipoidal, que comporta una notable mejora - Extraordinaria estabilidad y suavidad de marcha - Sorprendente potencia económica, que alcanza de 6 a 8 kilómetros por litro de nafta - Variedad de carrocerías y modelos, que permiten una amplia elección de diseños.*

LINCOLN MOTOR COMPANY

FABRICANTES DE LOS AUTOMOVILES LINCOLN Y LINCOLN-ZEPHYR.



DIRECTOR
F. ORTIGA ANCKERMANN

ILUSTRACION MENSUAL ARGENTINA
ABRIL DE 1938

Eulalia

Eulalia se llama. Y a fe que hubiera sido insigne bellaquería de sus señores padres bautizarla de otro modo. Porque Eulalia debía ser fatalmente su nombre. ("Eulalia" quiere decir "la bien hablada"). El apellido lo pasaremos en silencio. Lo tiene todavía muy pichón. Más vale no hablar de ello. Estas "fuerzas nuevas" que ahora van surgiendo en toda la república—tan dinámicas, tan laboriosas, tan dignas de los mayores elogios por cuanto representan dentro del progreso de nuestra industria y de nuestro comercio—tienen unos apellidos imposibles. Imposibles de publicar en las páginas de ATLANTIDA. Quizá de aquí a cuatro o cinco generaciones los admitiremos, cuando la no interrumpida prosperidad los haya dorado en absoluto. O cuando se les caiga la última sílaba. O cuando se pronuncien a la española, o a la inglesa, que es más chic. Dentro de cuatro generaciones... Pero son muy excepcionales las "fuerzas nuevas" capaces de llegar incólumes hasta la cuarta generación. Conocido es el proceso de su origen, grandeza y decadencia: el padre almacenero, el hijo caballero y el nieto pordiosero. Observad a vuestro alrededor, y contaréis los ejemplos por millares.

Nuestra distinguida amiga y su interesante esposo constituyen la primera generación. Y se desviven, naturalmente, para que sus hijos se luzcan y brillen en la segunda etapa, la de los caballeros. Y a éstos ya les costará muchísimo menos allanar el fácil terreno en que sucumbirán los nietos.

Pero dejemos la familia a un lado, que ahora poco importa, y fijemos nuestra atención en Eulalia, la bien hablada. ¡Y qué bien habla la nuestra señora doña Eulalia! No como un libro, que eso cualquiera. Sino muchísimo mejor. Habla como los ministros cuando recitan discursos, como se escribe en los grandes diarios, como los espíquers cuando se florean en un comentario de circunstancias, como los profesores de la enseñanza secundaria, como los catedráticos de las facultades. Casi casi estaríamos por decir que la señora Eulalia habla como todo el mundo. Como todo el mundo que se precia de hablar bien, claro está.

Muy fresco tenemos el recuerdo de su preciosa charla porque, de vuelta de Mar del Plata, acaba de visitarnos. ¡Oh!, una visita de pura atención, de pura cortesía, como todas las que solemos recibir. Pasaba por aquí cerca, y para tener el gusto de saludarnos..., etc., etc. ¡Ah!, y para dejarnos, así como quien no quiere la cosa, unas instantáneas de los futuros caballeros. Algún rinconcito siempre habrá para publicarlas, en alguna página, aunque sea entre los avisos... A fuer de hidalgos, se lo prometimos, como es siempre nuestra invariable respuesta. Y terminada la visita, allá se han ido las fieles imágenes de la segunda generación al cesto de los papeles inútiles. Como es siempre nuestra invariable conducta en estos casos. Y en muchos otros.

Pero cedamos de una vez la palabra a nuestra exquisita interlocutora:

—Este año regreso encantada de mi permanencia en Mar del Plata. Para mí ha sido una estada muy feliz, en compañía de mis familiares. Y digo de mis familiares nada más, porque el año pasado nos acompañó el señor González, que era de la firma.

—¿De la firma?

—Sí, era el socio de mi señor esposo. Pero en junio fué víctima de una bronconeumonía, y con ese leit-motiv falleció al mes siguiente. ¡Oh! Créame usted que fué un deceso que nos afectó mucho. Para nosotros fué como si hubiera sido el deceso de uno de nuestros familiares más allegados. ¡Se hacen tan estrechos los vínculos mutuos en treinta años de constante manufactura de tejidos!... Discúlpeme usted que le cuente estas intimidades dignas de un boudoir. Usted dirá: "que haya un deceso más, ¿qué importa al mundo?".

—De ninguna manera, señora. Nos interesa mucho su conversación. Y la muerte del señor González, aunque no lo conociéramos, no nos deja indiferentes. Sobre todo teniendo en cuenta que era de la firma.

—En realidad no se debieran tratar así, en público como quien dice, las noticias tristes. Y máxime cuando son de índole necrológica y macábrica. Pero ya sabe usted lo que es llevar una vida intensamente social: enlaces por acá, surprises-parties por allá, sepelios por acullá... Y para que nada nos faltara desde el punto de vista social, mi hijo mayor, Norby, tuvo en Mar del Plata su correspondiente accidente de automóvil. Se habló mucho de eso en la Rambla.

—¿Tiene usted un hijo que se llama Norby?

—Sí, Norby. Es decir, se llama Norberto, como su señor padre. Norberto junior. El padre es Norberto senior. Pero a los dos yo les llamo Norby. Es más distinguido. Es más inglés. Y al menor, Lucas, le he puesto Lucky.

—También es muy inglés.

—¿Usted no lo conoce a Norby junior? Es un encanto. ¡Tiene un tipo tan distinguido, tan sportivo!... Una familia de lo mejor de Rosario que estaba veraneando en nuestro mismo hotel me dijo que Norby tenía toda la pinta de Don Chicho Chico. ¿Se da cuenta? ¡A lo que va a llegar el muchacho!

—¡Figúrese usted! ¿Y qué accidente fué el que tuvo?

—Un accidente de automóvil, naturalmente. Iba en su propio vehículo, que es de ocho cilindros, manejando él

(Concluye en la página 59)

ATLANTIDA agradece cordialmente a todos sus lectores, amigos y colegas las gentiles palabras y los cariñosos augurios que le han dedicado con motivo de su vigésimo aniversario.

Tanto en la Capital Federal como en cualquier punto de la República la suscripción a ATLANTIDA sólo cuesta CINCO PESOS POR AÑO

AÑO 21º — NUM. 855 ABRIL DE 1938

SUMARIO

PORTADA, por Federico Ribas

ATLANTIDA es publicada por la Editorial Atlántida, Casa Editora de EL GRAFICO BILLIKEN, PARA TI, TIPPERARY, LA CHACRA y EL GOLFER ARGENTINO

Precio del ejemplar de ATLANTIDA: 50 centavos en toda la República.

La suscripción anual en Argentina, en toda América y en España, por año: $ 5 moneda argentina.

En los demás países $ 7 m/n. Por suscripciones o ejemplares sueltos dirigirse al agente local o, en su defecto, a esta Administración.

Advertimos a los colaboradores espontáneos que en ningún caso se devuelven sus originales, y que sólo se abonan las colaboraciones que han sido solicitadas por esta Dirección.



Atlàntida

Ilustración mensual

fundada el 7 de marzo de 1918

Dirección General y Talleres: AZOPARDO Y MEXICO

U. T. 33, Avda., 4594 al 4599



Hay agentes de ATLANTIDA en todas las localidades de Argentina y países latinoamericanos como también en las principales ciudades europeas.

Representante General para la publicidad en Europa y Norte América: Joshua B. Powers, 17 East 42nd. Street, New York; en París: 21 Rue de Berri; en Londres: 14 Cockspur Street, S. W. y en Berlín: Pommer Strasse 72, W.

"LO ESCOGEMOS
como el coche del año!"

...Magazine of Art.

MAGAZINE OF ART

DESIGN OF THE NEW CARS

More Gadgets, More Chromium, More Striving for Effect

WASHINGTON

AL juzgar los modelos de automóviles de 1938, la autorizada revista "Magazine of Art", pupublicada en Washington (E.U.A.), dice lo siguiente:

"Los nuevos coches este año desilusionan. No importa cuán bien funcionen, cuán seguros y cuán económicos sean; los diseñadores han fracasado en crear automóviles de mejor presentación. En esta generalización hay una excepción: la Studebaker presenta el coche del año y el modelo más elegante en su historia. Raymond Loewy ha diseñado el exterior y Helen Dryden el conjunto armónico del interior..."

"... veamos otra vez el nuevo Studebaker. Lo escogemos como el coche del año por la agradable sencillez de su trazado; las curvas de los guardabarros, del techo y del baúl armonizan muy bien. Además, el efecto no es afeado por ornamentación superflua de detalles cromados. Los costados del capot carecen de las lumbreras innecesarias. Una estrecha franja metálica se extiende desde el radiador hasta la última ventanilla. En resumen, aunque es convencional en sus líneas fundamentales, el Studebaker tiene la apariencia de un coche para viajar. Nada impide el recibir esa impresión. He ahí el porqué Raymond Loewy ha logrado tan buenos resultados".

¿Qué mejor elogio? El Studebaker 1938, que primero suscitó la admiración de los hombres técnicos, entusiasma ahora a los que han hecho de buscar la belleza el norte de su vida. Es que el Studebaker es de verdad señorial. Es sobriamente hermoso, útilmente hermoso, y dentro de él palpita un motor — obra suprema de la ingeniería — con cuanto perfeccionamiento real es dado alcanzar.

Venga usted a verlo. Viaje en él, aprecie la suavidad de su marcha, su desempeño dócil, su reducido consumo. Luego, por poco más de lo que cuesta un automóvil barato, usted también sentirá el orgullo de poseer "uno de los 500" nuevos Studebaker llegados a la Argentina este año.



para "orgullo de los 500"



DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS EN LA ARGENTINA



BUENOS AIRES - Corrientes 1593 - ROSARIO - Salta 1530
CORDOBA - Avda. G. Paz 158. - PERGAMINO - J. A. Roca 131

HUMORISMO



El escultor — Me siento fatigado. Voy a descansar un rato.



El maquinista (al suicida). — Siento decirle que tendrá que esperar unos días porque estamos en huelga.



—De todo lo dicho, deduzco que tiene usted 46 años.
—¿Por qué?
—Porque mi yerno tiene 23 y es medio idiota...



—¿Está en casa la señora?



El verdugo — Perdone usted si le hago daño. Es la primera vez que ejerzo el cargo de verdugo.
El reo — ¡Hombre, qué casualidad! También es la primera vez que me cortan la cabeza.

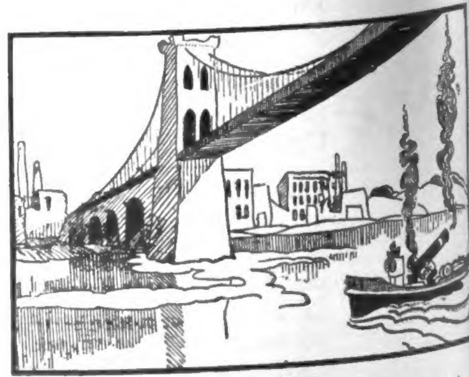


—¿Qué? ¿Otra vez te has servido de las puertas para romper nueces?





El inventor del paracaídas (al aviador listo para la prueba) — ¡Por Dios! ¡Ponga mucha atención! Si el paracaídas no llegara a abrirse, estoy completamente arruinado.



PRESUNCION
—¡Pepe, baja la chimenea, que pasamos el puente!

ULYSSE NARDIN

EL REY DE LOS RELOJES



LO DISTRIBUYE

JOYERIA **CASA ESCASANY** RELOJERIA

BUENOS AIRES

SUIPACHA 217 PERU ESQ. RIVADAVIA AV. DE MAYO 1145 TUCUMAN MAR DE



MARCHA SIN DIRECTOR

Elizabeth ... y Warner ...

Henry Armetta y León Erroll.

... Simone Simon y James Stewart.

Joan Bennett.

Hugh Herbert.

Grace Moore y Valentín Parera.

Robert Taylor, Bárbara Stanwyck, Víctor McLaglen.

ELEGANCIA PRACTICA

En los Hudson 1938 se concilia la elegancia de las líneas con la economía y la solidez.

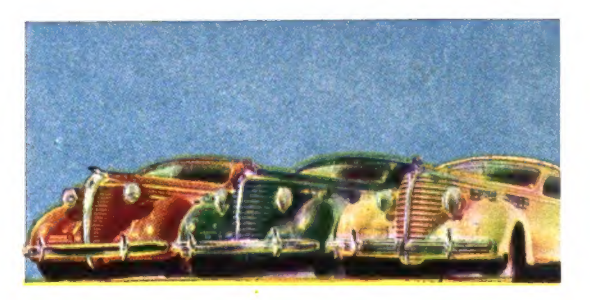
Los Hudson 1938 deben su escaso consumo de combustible — comprobado en innumerables pruebas bajo las más variadas condiciones — a la superior construcción de sus motores, obra de la pericia de los ingenieros de las fábricas Hudson. Esta misma construcción esmerada se advierte por lo demás en todos los detalles de los nuevos Hudson. Y esto es lo que explica su notable longevidad, que hace que aún después de varios años su valor de reventa sea elevado. Admire un Hudson 1938. Luego pruébelo. Por lo que le ofrece, le cuesta menos que cualquier otro coche.

Visite nuestros salones de exposición o pídanos una demostración sin compromiso para Vd.

BUXTON LTDA. Posadas 1245 - Santa Fe 868 - Rivadavia 3421

HUDSON

CON LA MANO ELECTRICA



HUDSON
TERRAPLANE

★

HUDSON 6

★

HUDSON 8

6 PUNTOS EXCLUSIVOS:

La Mano Eléctrica - Dirección Fiel - Eje de Control Radial - Frenos Automático-Duales - Marcha Rítmica - Eliminador automático de corrientes.

Nuestros conocidos en Nueva York

UNA FIESTA EN EL MAROCCO



La famosa estrella teatral Gertrude Lawrence y el Hon. George Ward, de Londres.



Jack Hulbert, actor inglés, acompañado de Genevieve Tobin



La señora de Edmundo Andersons (Toni Johnson), la esposa del rajá de Pudukota y el marqués de Polignac, muy vinculado a nuestra sociedad.



Jessica Pepper y Dorothy Compton, actrices en una obra de Jack Buchanan, cenan con William Kendall y el doctor Stanley Ungar, famoso cirujano yanqui.



El retratista Simon Elwes, el vizconde de la Rochefoucauld, lady Milbanke y Pedro Thursky y su esposa.

FOTOGRAFIAS ENVIADAS POR DON MARTIN DE ALZAGA UNZUE

JANE WITHERS

FRANCES DEE



FEVRE Y BASSET LTDA. S. A. Av. Centenario 3351 - Bs. A



Modelo de Patou en "satin" negro.

Abril . . .

EL sortilegio de los días otoñales, de plácidos crepúsculos, de mañanas tibias se rebela un tanto ante la volubilidad cosmográfica, la que no desdice la característica de nuestro clima, al hacer sus robitos a los privilegios típicos de la temporada con irrupciones de ráfagas furiosas o lloviznas persistentes, adelantando así, sin ningún consentimiento, la estación invernal.

Como tantas bandadas de golondrinas avezadas en sus inmigraciones, las mujeres porteñas, haciendo su propio alarde en rostros tostados por el aire de mar y de montaña, resignadas a su impositivo retorno, se consuelan en los preparativos de la próxima "season" y las recorridas en las casas de moda y estética son la preocupación actual.

Si bien a simple vista la moda sigue un curso sin violencias, para los expertos las características fundamentales están boceteando otro horizonte.

El talle se sugiere en efectos de (trompe-l'œil), engañando sobre su verdadero asiento. Los magos de la costura se han empeñado en no delinearlo y vemos muchas siluetas vagamente marcadas en dos o tres sitios, desde las caderas hasta el busto, con líneas, pliegues, pespuntes, etcétera.

Lo mismo se puede apreciar en los corseletes que acompañan los vestidos de calle y de noche, algunos fruncidos totalmente transversales, sostenidos por cordones en el frente o los costados.

Todas las búsquedas para introducir esa tendencia.

El segundo detalle muy sugerente que se insinúa con un poco de disimulo (consecuencia del temor muy fundado que un cetro mantenido con tanto empeño durante un largo período no se derrumba como un castillo de naipes) es la disminución de los hombros rígidos. Este aire marcial que nos comunicaba un dejo de importancia ya conoce el "complot" que delibera por anularle. Las mangas vienen naturales, y muchas corte "Vionet" o "ranglan".

El tercer argumento revolucionario y revolucionario sin prevención es la imposición de dividir completamente los vestidos. En las caderas, toman su curso y color, la parte del busto, muy "drapé" por lo general y en un tono en gran contraste con la parte inferior. Eso lo vemos en todas las "toilettes": las de calle, como las de vestir, como las de noche. Es una orientación audaz, desde que combinar colores vivos es un arte y un arte que no cualquiera se lo adjudica, a la vez que una silueta dividida es privilegio para ciertos y determinados tipos, y no accesible a la generalidad.

Las rayas en todas las combinaciones posibles. Los "tailleur" en combinación con telas lisas — ya sean las faldas o las "jacquettes". — El pequeño y corto saquito que tanto furor lleva, tal vez por el aspecto juvenil que comunica, está alternando con el clásico "tailleur" de un largo más acentuado y más derecho, como también con el semilargo, dejando a pocos centímetros la vista de la falda.

Los vestidos de noche optan por la falda ampulosa, casi siempre plegada desde la cintura, en telas vaporosas y muchas recordando clásicos estilos o bien por la línea envolvente, pero más recta que la anterior, desechando un poco la silueta sirena.

Sin embargo, para privilegiadas como por ejemplo Magdalena Bosch Marín de Udaondo o Sola Iturbe de Larrivière, no se les puede impedir hacer uso de su privilegio, contorneando sus líneas con creaciones adecuadas.

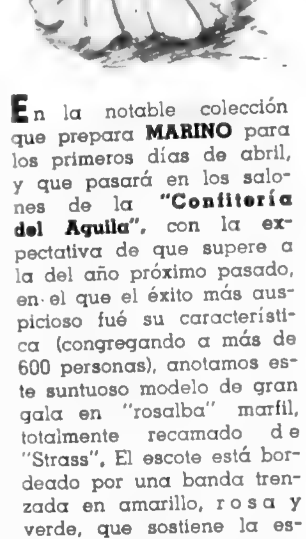
Los grandes escotes comprometen hábilmente la audacia con la modestia, cubriéndoles con finísimos tules o encajes, en "fichus" o simples "guimpes".

Los drapeados no solamente se ven en el "corsage". — Lanvin lo repite mucho en la falda, hasta la altura de las rodillas.

El "jersey" en lana y en seda, y el "satin" reconquistan su imperio con toda soberanía.

El encaje, si bien ha declinado para los vestidos de noche, se deja utilizar en las más variadas combinaciones, y así como Jacques Heim describe líneas con puntillas en un "tailleur" de "lainage" obscuro, Lelong combina bandas de encaje en tonos vivos con organzas de colores opuestos, mientras "Paquin" garabatea telas opacas con motivos de puntillas





En la notable colección que prepara **MARINO** para los primeros días de abril, y que pasará en los salones de la **"Confitería del Aguila"**, con la expectativa de que supere a la del año próximo pasado, en el que el éxito más auspicioso fué su característica (congregando a más de 600 personas), anotamos este suntuoso modelo de gran gala en "rosalba" marfil, totalmente recamado de "Strass". El escote está bordeado por una banda trenzada en amarillo, rosa y verde, que sostiene la espalda, para repetirse luego en la cintura y caer en lazos.

El mismo vestido visto de frente. Creación de Balenciaga.

Este modelo de **"Lanvin"** llama poderosamente la atención por su obra de un trabajo minucioso, todo en "alforcitas", como por su color, ese color nuevo de que hablo en mi crónica.

La cintura en lila y verde sigue la tendencia de los contrastes. Son muy importantes los vestidos de "soirée" y comida que exhibe **MARINO** en **SANTA FE 1227**.



El prestigio de los afamados productos de belleza "Klytia" de 26 Place Vendôme París, alcanzan el más alto exponente de garantía cuando son aplicados en Institutos de la categoría del de Silvio, cuyos salones de Santa Fe 902, esq. Suipacha, tienen por lema "La belleza es toda la mujer".

y "entredoses" en la forma más inesperada. Combinaciones dignas de sus creadores, y únicamente permitidas a los genios de la "gran varita mágica", los que no piden autorización a una "Pallas" por ejemplo, la Diosa de la "sagesse", para lanzar sus inspiraciones fantásticas.

En materia de colores, la gama de los "bleu" ha obtenido un verdadero resurgimiento. La paleta mágica de nuestros amiguitos del otro continente se ha enriquecido esta temporada. El tono azul, con preponderaciones de violeta, un colorido muy vibrante y absolutamente 1938 lo vi por primera vez en un modelo suntuoso que llevaba una de las figuras más interesantes de nuestro mundo selecto y elegante: María Antonieta Duhau de Helguera. Ahora lo veo en algunas colecciones de las grandes casas. Los colores definidos tratan de imponerse.

El "tango" — el "azul rey", el verde — pero el clasicismo del **imponderable y siempre chic** negro no pierde la oportunidad de decir "aquí estoy".

Lo que sí es que se ha resignado a la intromisión de adornos y notas de color, y en su comunión con el blanco, uno de los "hobby" de la mujer francesa, enmudece. Las flores lo adornan todo, pero en proporciones exageradas, en grupos enormes con tallos y hojas. No son ya las flores chatas y discretas Y... en fin... a título de conclusión, en un hálito de regocijo y tal vez reconocimiento femenino, no puedo dejar de transcribir el halago que nos concede la moda actual, que pese a la evolución contemporánea, con vestigios de comprometer nuestra idiosincrasia, nos permite demostrar que seguimos siendo, y más que nunca, bien y enteramente femeninas.

María Angélica

La antigua Peletería Americana, en Santa Fe 1229, expondrá desde los primeros días de abril la suntuosa y original colección de pieles recientemente recibidas y que son el más alto exponente de selección.

He admirado estas capas en hermosos zorros plateados, en que sus líneas ponen de manifiesto un exquisito gusto, lo mismo que el tapado tres cuartos en leopardo, de incomparable "chic", a la vez que sumamente práctico.

La Maison Adrienne, en Santa Fe 1225, está activando la presentación de sus famosas colecciones, las que son realmente un notable conjunto y que se pasará en la primera quincena de abril. Los modelos son excepcionalmente originales.







Dibujos de Zulema Pita.







Ha pensado Ud., señora, en su cabello? Sin duda que no ha olvidado su permanente, su tintura, ni su peinado, ¿pero le ha concedido la importancia necesaria a su conservación y estímulo, la base fundamental, para ponerlos en las condiciones requeridas de soportar los tratamientos a que Ud. los somete?

EVA, con sus experiencias Internacionales en sus salones de belleza en **Paraguay 656,** es la más indicada para aplicarle el infalible procedimiento que devolverá su brillo y sedosidad que su veraneo, la intemperie y los mismos estragos de los diferentes tratamientos a que Ud. los ha impuesto le han restado.

En la primera fotografía podemos apreciar a una de sus buenas colaboradoras en la tarea de friccionar el cuero cabelludo manualmente después de haberle aceitado para luego someterlo a las irradiaciones ultravioleta, estimulando las glándulas sebáceas que le nutrirán luego. En la segunda figura la tarea se ejecuta con el cepillo especial, que es uno de los eficientes estimuladores.





Los favoritos del público

En el anterior número de ATLANTIDA dimos noticia de que la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas de los Estados Unidos había proclamado como nombres máximos del cine actual a Charles Boyer, Paul Muni, Greta Garbo y Luise Rainer. El público yanqui no opina lo mismo. En una gran encuesta que acaba de realizarse allá, el honorable vulgo ha votado libre y democráticamente, eligiendo sus diez favoritos. Entre los cuales no figura, ni por casualidad, uno solo de aquellos cuatro ases. He aquí los predilectos de la masa soberana:



1. SHIRLEY TEMPLE.



2. CLARK GABLE.



3. ROBERT TAYLOR.



4. BING CROSBY.



5. WILLIAM POWELL.



6. JANE WITHERS.



7. ASTAIRE-ROGERS.



8. SONJA HENIE.



9. GARY COOPER.



10. MYRNA LOY.

Crédito?

BARATTI

MUEBLES

CORRIENTES 1145

PIANINOS MODERNOS

$ 1.200, $ 1.400 y $ [illegible]

Alhajas Finas



Sólo cuando el diseño es exquisito, cuando la ejecución es impecable y cuando se utilizan las piedras preciosas de más alta calidad, puede decirse que una alhaja es verdadera y auténticamente fina.

Así son las alhajas que vende Mappin & Webb, cuya sólida y universal reputación de seriedad ha sido adquirida durante más de medio siglo de trato sincero y leal con la clientela más elegante y conocedora del mundo entero.

Visite Ud. nuestra exposición de joyas finas, sin compromiso alguno de compra.

MAPPIN & WEBB

28 FLORIDA 36 **Buenos Aires**

RECUERDOS LITERARIOS

LA ESPUMA DE GOMEZ CARRILLO

por MANUEL UGARTE

A los pocos días de llegar a París — hablo del año 1900 — encontré a Gómez Carrillo. ¿Cómo no lo había de encontrar si ocupaba todas las encrucijadas de la ciudad, atento siempre a parecer eje y centro de cuanto intentaban los latinoamericanos en Francia?

Como yo era por entonces joven y desconocido me recibió auspiciosamente. Era la época en que Carrillo hacía publicar en los periódicos inverosímiles artículos contra Estrada Cabrera, para salir después desafiando a los autores. Combinación despreocupada y sutil que le permitía obtener dádivas caudalosas del dictador de Guatemala.

Lo primero que me sorprendió en él fué la maestría para levantar espuma con un detalle, ya se tratase de fabricar crónicas (porque él las hacía en serie), ya se tratase de poner en evidencia sus méritos. En este último orden de ideas — si hay ideas en la habilidad — sacaba consecuencias paradojales de una simple mención en un periódico y hacía rebotar en forma de apoteosis el elogio más anodino. Tan vanidoso era que todo lo contaba por miles. Añadía ceros hasta al número de la casa en que vivía. Así creía siempre manipular grandes influencias y fastuosos capitales. Banquero de la ilusión, acabó por creer en su propio engaño y realizó el imposible de que el eco superase al ruido inicial.

Me parece estar viéndole aún, en aquel departamento caótico del faubourg Montmartre, donde la ropa y los libros andaban por el suelo. Soñando conquistar París se instaló en la zona de los diarios, dispuesto a librar batalla. Le acompañaba siempre un revuelo de gentes sin ubicación precisa: periodistas fracasados, cómicos famélicos, espadachines sin escrúpulos. Entre esa confusión aparecía de pronto alguna gloria auténtica. Porque Gómez Carrillo tuvo el arte de conquistar y retener a cuantos le podían ser útiles. Así recorría los cafés literarios de aquel tiempo (donde eran proverbiales su empaque impertinente y su largueza), paseando una alma irónica de comentarista marginal.

Pero al hablar de Gómez Carrillo hay que considerar dos cosas: la obra literaria en sí y el renombre desorbitado que algunos le están haciendo expiar ahora, con ayuda de silencios, también injustificados y artificiales. Su inclinación a la "reclâme" pareció dar más de una vez razón a los que decían:

—¡Si Darío tuviera la habilidad de Carrillo! ¡Si Carrillo tuviera el talento de Darío!...

No hay que desconocer, sin embargo, el mérito y la importancia de su obra, dentro de la literatura hispanoamericana. Sería injusto discutirle un puesto entre nuestros buenos escritores. A pesar de la falta de convicciones, a pesar de la falta de apego a nuestra América, a pesar de la zona frívola en que él mismo quiso encastillarse, Gómez Carrillo escribió páginas dignas de perdurar como modelo de elegancia y de estilo. Sus impresiones de viaje y, sobre todo, sus crónicas, impregnadas de un parisianismo oportunista, que no le impidió seguir pasando por "meteco", serán recordadas en el porvenir, porque pocas veces alcanzó nuestro idioma flexibilidad tan eficaz y relieve tan elocuente como bajo la pluma de este maravilloso descreído, para quien sólo tuvo importancia lo insignificante.

En el prólogo que escribí para un libro de Aurora Cáceres (libro en que la esposa divorciada refiere interesantes intimidades bajo el título de "Mi Vida con Gómez Carrillo") he dicho que nuestra mentalidad era diferente, como era diferente nuestro campo de acción en las letras. En realidad, no nos entendimos nunca y estuvo lejos de ser un amigo para mí. Pero en tres décadas de vida literaria nos encontramos a menudo en París, en Madrid, en Buenos Aires; nos distanciamos, nos reconciliamos... Así asistí, de cerca, a su vida absurda, vanidosamente ficticia a ratos, y a ratos inconfesadamente melancólica. Era un endemoniado de la literatura, una víctima de sus propias jactancias. Ante todo "hombre de letras", y hasta hombre de teatro, no descendía jamás de la escena ni perdía su sonrisa de bulevardero influyente y de esgrimista espectacular.

A pesar del cabello blanco, perpetuó hasta sus últimos días, en medio de grupos tumultuosos, la tradición pretérita de los cafés bohemios, multiplicando entre el humo de los cigarros — y de los aperitivos — los ruidosos debates inútiles, las vanas cartas de recomendación y las gratuitas represalias que nacían de su carácter desconfiado y quisquilloso. Atado al destino de Sísifo, se creía dueño de la hora y director de un mundo imaginario.

En medio de tan frágiles preocupaciones halló lugar, no obstante, para escribir páginas encantadoras. Porque lo que verdaderamente sorprende en su vida es la contradicción entre el artificialismo del escritor y los chispazos superiores de la obra.

La última vez que nos vimos fué en Niza, pocos meses antes de su muerte. Bajó de un estruendoso automóvil y entró a mi despacho, hablando de sus querellas con un editor. La conversación se orientó luego, sin saber cómo, hacia la longevidad, que suele ser en la vida literaria factor de triunfo.

—Veamos — le dije, — cuál de los dos morirá primero...

Y recurriendo a un expediente infantil cortamos dos tiras desiguales de papel, que un amigo presente ocultó en el hueco de la mano. A Carrillo le tocó la más corta. Y fué de ver la sonrisa a la vez profundamente amarga y forzadamente desdeñosa con que aceptó el augurio. Dentro de su carácter complicado luchaba la superstición con el escepticismo y a ambas cosas se sobreponía el ansia de esconder las impresiones. Porque Gómez Carrillo, al decir de sus mismos familiares, fué uno de los hombres menos transparentes, menos espontáneos, menos comprensibles que se puede imaginar.

La muerte anula todas las discordancias. Al hablar ahora de quien me hostilizó en sus últimos años con aspereza no quiero tener un recuerdo para las desafinaciones de ayer. Nuestros pobres orgullos y nuestras heridas de amor propio se desvanecen ante el destino inexorable que nos arrastra a todos hacia la tumba, dejando apenas un penacho espiritual sobre lo que fuimos.

Pero creo estar en lo cierto al decir que, después de todo, el olvido se justifica, porque a una vida superficial tiene que corresponder un renombre de espuma.



Gómez Carrillo en la época de sus triunfos.



Gómez Carrillo en sus últimos tiempos.

Leopoldo Frégoli



Frégoli, en viaje a Buenos Aires, con su empresario Paradossi.

• Hijo de un zapatero, Leopoldo Frégoli comenzó por ser aprendiz relojero. Tal circunstancia explica el "mecanismo" minuciosamente exacto, el "automatismo" impecable de su trabajo de actor. La menor imperfección del engranaje habría malogrado su arte de "transformista".

Su vocación fué precoz. En casa de los padres reunía a sus amigos los días de fiesta para imitar distintos tipos de la calle: los vendedores, el anciano general, la solterona y la señorita camino del conservatorio.

El padre no creía en su talento, pero un caso de "transformismo" le abrió los ojos.

Cierto día, una muchacha llama a la puerta preguntando por su hijo. Precisamente el padre le esperaba algo alarmado por la tardanza y así lo manifestó a la joven.

—¡Ah, no está! — grita la visitante. — ¡Mi amante Leopoldo me abandona para correr aventuras!

En seguida cae desmayada. El zapatero la lleva a una habitación y corre en busca de vinagre para reanimarla. Al entrar en auxilio de la desvanecida, encuentra a su hijo riendo a carcajadas por la broma, con el vestido femenino todavía en la mano.

La prueba era evidente. En adelante pudo Leopoldo desarrollar su talento con absoluta libertad.

Su carrera teatral se inició con el papel de valet en un melodrama célebre entonces: "Pietro Cossa". Un día le tocó hacer dos papeles en la misma comedia. Se desempeñó magistralmente con especialidad en las escenas donde ambos personajes se sucedían en el escenario sin intervalo alguno. Entonces comprendió el camino de su vocación.

Organiza, con esmerada prolijidad, espectáculos donde representa "sketches"... escenas cómicas y sainetes de su creación, adquiriendo pronto habilidad y desenvoltura extraordinarias.

Llega 1889. Tiene 22 años. Comienza la campaña ítalo-abisina. Barcos llenos de tropas parten de Nápoles con destino a Etiopía. El joven Frégoli forma parte de la expedición. Al llegar a Massauah, se le pide organizar pequeños espectáculos para sostener la moral de las tropas. En un improvisado teatro, con el mar por telón de fondo, reune diariamente al público más heterogéneo: oficiales superiores, soldados rasos, mercaderes etíopes, árabes, hindúes, indígenas de la montaña, áskaris, etc. Su don de transformación causa maravillas. Cantor, bailarín, imitador, mimo, ilusionista, en sucesivas apariciones, obtiene éxito inmenso.

Una vez el general Baldissera quiso invitar a las damas de la población y a los soldados para una función teatral. Frégoli se encargó de prepararla y distribuyó los papeles entre los hombres. Repentinamente fueron llamados a prestar servicios en el frente. ¿Qué hacer? Suspender la representación. ¿Si yo hiciera todos los papeles?, propuso Frégoli al general. Aceptó el jefe. Frégoli pasó la noche componiendo un "sketch" al que tituló "Camaleón".

A la hora indicada comienza la representación para desarrollarse normalmente ante los asombrados ojos de un público que se resiste a creer sea el mismo artista quien interpreta a la soprano en su papel de gran dama, al tenor, al barítono y al galán en sus roles masculinos.

—¡Ah! ¡Si pudiera multiplicar mis hombres así! — suspira el general.

Después de semejante golpe maestro, Frégoli quedaba consagrado: el famoso "Camaleón" sufrió algunas variantes sucesivas y se paseó por las grandes capitales del mundo. Constituyó una de las piezas de resistencia en el repertorio fregoliano, haciendo la fortuna de su autor. Entretanto, comienza a tejerse la leyenda de Frégoli.

Combate en Adua y cae prisionero de Menelik en 1896. Pretándese que efectuó un número de ventriloquía ante el Negus, quien, maravillado por su talento, le puso en libertad, regalándole mil quinientas liras en monedas de oro.

Abandonó Africa en 1890 y, llegado a Roma, pese a sus éxitos famosos de Massauah, tuvo dificultad de hallar empresario. Durante algún tiempo se vió en la necesidad de actuar en "Varietés de l'Exedre" por diez liras la representación.

Pasó luego al "Edén" donde fué aumentando fama y ganancias hasta culminar en la fundación de su "Compañía internacional de Variedades". Obtuvo en Florencia un contrato digno, alcanzando su espectáculo inusitado éxito. Especialmente los "Voleurs de grand chemin" atraían público cada vez más creciente. Su compañía "Fin de siglo" recorrió con igual éxito todas las ciudades de Italia, consagrando definitivamente la gloria de Frégoli.

Una vez célebre, el artista pasó a Madrid. Por aquel entonces estaban de moda las zarzuelas, género de inmenso lucimiento para él. Luego empieza su triunfal "tournée" por América del Sur, especialmente en Buenos Aires, donde debutó en el Nacional, de la calle Florida.

Atravesó repetidas veces el Atlántico, recorrió todas las rutas, representó su espectáculo en las principales metrópolis de Europa, llenando él solo todo el escenario con la interpretación de sesenta personajes distintos, hombres y mujeres. Regresó a Italia.

Frégoli, célebre en el mundo entero, se desconocía en París. Su aparición en la Ciudad Luz hízose en oportunidad de repercusión mundial: la Exposición Universal de 1900. Frégoli arrendó el Trianon - Concert, en el boulevard Rochechonart. Ocho días después, el teatro quedaba en ruinas devorado por un incendio. Se quemó íntegro el material del artista: 800 vestidos, 1200 pelucas, accesorios y decoraciones que le seguían a todas partes. Frégoli comenzó trabajando con dos "habilleuses" y dos baúles con vestidos. En 1900 entró a París con 16 personas de servicio, un administrador, un secretario, un director de escena, dos sastres, una modista, varios electricistas, mecánicos y tramoyistas. Hasta un bibliotecario había en su compañía. Lleva cuatrocientos baúles con vestidos, proyectores de films cinematográficos, instrumentos musicales, partituras, veinticinco decorados, todo lo cual viajaba en veinticinco vagones de ferrocarril. Tal fué el material reducido a cenizas en pocas horas. No se amilanó. Por un esfuerzo prodigioso de su voluntad logró reponer decoraciones y trajes para presentarse el 30 de enero en el Olimpia, contratado por los hermanos Isola, que le vieron en Londres.

Por espacio de siete meses hizo correr a todo París para admirarle en sus creaciones: "El teatro por dentro", "Los tics de vuestros grandes directores de orquesta", "Catalepsia", "Desdoblamiento de la personalidad", etc., piezas ideadas y representadas personalmente por Frégoli.

El célebre mimo de treinta y tres años, con su original acento italiano y su incomparable dinamismo, es un espectáculo nuevo. Cada representación suya llena el teatro agotando las localidades desde temprano.

Este diablo de hombre es puro nervio: le bastan tres horas de sueño. Llega a las siete, pasa en revista trajes y decorados, hace verificar broches y botones, se entera del buen funcionamiento de luces, máquinas y artefactos que usará desde las 9 hasta medianoche. Media hora antes

(Continúa en la página 59)



Tres caracterizaciones del famoso transformista.

PAISAJE DE NAHUEL
Por José

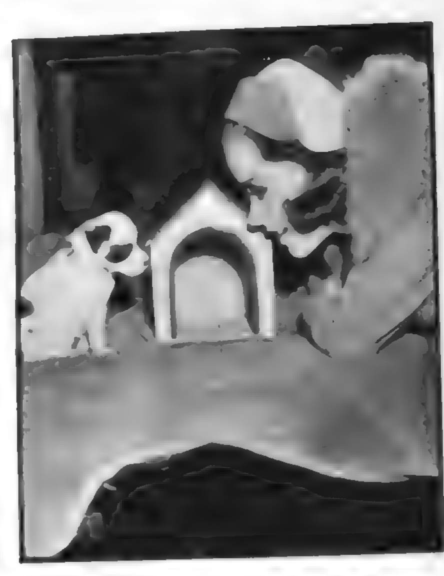


LOS ASTROS Y SUS ANIMALES FAVORITOS

PERROS CHICOS



HELEN VINSON, de la Warner Bros., ha adoptado un perrito negro y feo para que contraste con su belleza rubia.



MARSHA HUNT, de la Paramount, encantada con su microscópico dogo y el chalet que le hizo a la medida.



NAN GREY, de la Universal Pictures, es otra prueba terminante de que las rubias, cuanto más bellas, los prefieren negr...

PERROS GRANDES



EDWARD EVERETT HORTON, de la Metro, nos dice que los del sexo fuerte están en favor de los perros grandes.



NELSON EDDY, de la Metro Goldwyn Mayer, trata en vano de verle a su perrazo la cara, perdida en la maraña de pelos.



LESLIE HOWARD, de la Paramount, aparece aquí al natural, sin afeites rejuve... cedores, con su magnífico perro de ...

Y OTROS BICHOS

Los astros del cine tienen un solo amor sincero: el de los animales. Los animales, claro está, que no van al cine, que no los admiran, ni les piden retratos y se interesan muy mediocremente por sus divorcios. He aquí una galería de figuras muy conocidas con sus bichos favoritos. Como se notará, los perros gozan de los favores de la mayoría y los gatos han perdido mucho de su antiguo esplendor.



CLARK GABLE, de la Metro Goldwyn Mayer, con una cotorra, cuya vistosidad y cháchara le recuerdan a las estrellas



DOUGLAS JUNIOR, de la Warner Brothers, abusa evidentemente de "la más noble de las conquistas del hombre."



GLENDA FARRELL, de la Warner Brothers, con vivo sentido de lo ... tal, prefiere los ...



JOAN CRAWFORD, de la Metro Goldwyn Mayer, posee tres favoritos, o, mejor dicho, tres hermosas salchichas alemanas.



IMPERIO ARGENTINA, de la Paramount, como buena morocha, los prefiere blancos. Blancos y bien surtidos, como se ve.



ROCHELLE HUDSON, de la Fox Pictures, con dos mellizos cuasi lapones, que parecen dos lindísimos oseznos del norte.



GLADYS SWARTHOUT, de la Paramount, está satisfecha de su pequeño pelo de alambre, que prueba la teoría del contraste.



IVE BROOK, de la Paramount, sacrifica impecable línea de sus solapas en aras su amistad con este espléndido danés.



WILLY FRITSCH, de la Ufa, abrazado a su fiel amigo, que posa con todo orgullo y paciencia ante la cámara fotográfica.



MAURICE CHEVALIER, de la Paramount, le canta indistintamente en francés y en inglés a su perro, que lo escucha atento.



DOUGLAS FOWLEY, de la Universal Pictures. No se sabe si le está enseñando a cantar a su perro, o si él aprende a ladrar.



IAN NIXON, de la Fox Pictures, no rivalizar su belleza con la de este oso ejemplar de gatita de Angora.



GARY COOPER, de la Paramount, se trajo de Africa este amigo, que para serlo del todo sólo le falta pedir dinero.



SHIRLEY TEMPLE, la pequeña artista de la Fox, se siente granjera del lejano oeste, y cría ahora a un delicioso chanchito.



LILY PONS, de la R. K. O., ama a los pájaros exóticos, con los cuales trata de rivalizar en voz y en plumajes vistosos.



EL TEATRO COLON POR DENTRO

Por N. L. GIRALT

La peluquería interna, donde se preparan las cabezas de los personajes. En un ángulo de la mesa, la peluca usada por Caruso en "Pagliacci".

El Teatro Colón cumplirá el 25 de mayo del corriente año treinta años de existencia. Durante seis lustros las máximas estrellas del arte lírico han recogido en su sala los aplausos de la sociedad argentina.

No vamos a evocar aquí, sin embargo, la fastuosidad de las grandes noches de gala, animadas inicialmente con la presencia del presidente de la República, doctor José Figueroa Alcorta, y del intendente municipal, don Manuel Güiraldes.

¿Qué porteño que se precie de tal no ha asistido alguna vez a las funciones del Colón? ¿Quién no ha seguido a alguno de los grandes divos que por allí desfilaron, o no ha sentido su espíritu aprisionado por las maravillosas sugestiones de los grandes conciertos? En cambio, muy pocos han tenido el privilegio de descubrir el mundo fantástico que por dentro vive el teatro, ya que el suntuoso cortinado de terciopelo rojo que cierra el espectáculo al final de sus grandes representaciones establece, también, una línea divisoria entre la poética y falsa realidad del escenario y su auténtica vida interior que animan cantantes y artesanos, músicos y obreros. Esta es la que queremos mostrar aquí.



En la sastrería: El traje, valuado en dos mil pesos, que usó Lauri Volpi en "Ernani". A un lado, la toilette de Raquel Berenguer en "Traviata".

CAMARINES DE TRADICION ARTISTICA

A ambos costados del escenario, en la línea de prolongación de los palcos bajos, están ubicados los camarines destinados a las principales figuras que integran los conjuntos de ópera. Cada uno de esos camarines tiene en su puerta un número que en ellos adquiere pleno valor de evocación histórica. Por los mismos han desfilado tenores, sopranos, barítonos, mezzosopranos y bajos de renombre universal, que en ellos han impuesto en su hora el sello de su personalidad y las variantes que les señalaba su capricho.

La más alta clasificación artística e histórica le corresponde al camarín número 6, destinado a los tenores protagonistas de las grandes óperas. En la elegante sencillez de ese pequeño cuarto de vestir han saboreado las emociones posteriores al triunfo escénico figuras de tanto prestigio en el arte lírico como el inolvidable Caruso, Gigli, Anselmi, Schipa, Kiepura, Lauri Volpi y von Pataky. Cada uno de estos grandes señores del arte dispuso a su gusto el sobrio mobiliario del camarín número 6, debiendo destacarse entre todos ellos por la preocupación casi femenina con que cuidaba hasta los más insignificantes detalles de ornato de la pequeña estancia, el último de los nombrados, el tenor alemán Kolomán von Pataky.

El más amplio y moderno camarín con que cuenta el teatro Colón lleva el número 12 y está desde hace treinta años destinado a la soprano de turno. Se halla delicadamente decorado con muebles sobrios y elegantes en los que predomina el dorado opaco de la época de los Luises. Ese camarín, que se comunica con un moderno cuarto de baño, fué ocupado hace treinta años por la soprano Lucía Crestani, que con el tenor Amadeo Bassi y el barítono Bellantoni cantara "Aída" en la función inaugural de nuestro primer coliseo. Otras figuras de renombre universal desfilaron después por ese mismo lugar.

La lista es calificada y extensa; por eso vamos a enunciar sólo

(Concluye en la página 74)



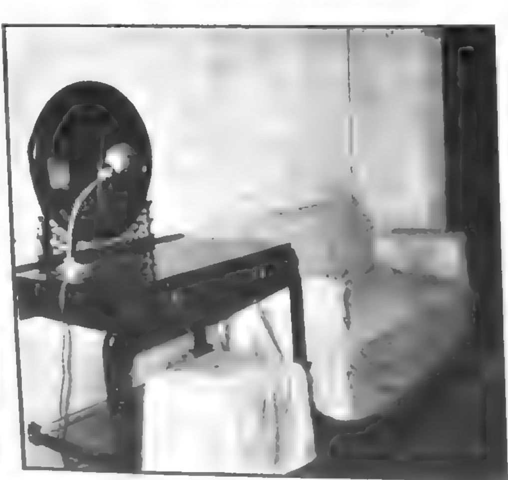
Estos faraones de papier-maché y estos caballos de calesita son los elementos decorativos que asombran al público de "Aída"...



En la zapatería: las botas del "Zar Saltán", los zapatos de "Un ballo in Maschera", calzados que llevaron Gigli, Lauri Volpi, etc.



En revuelta confusión, yacen los "riquísimos" muebles que luego tan buen papel desempeñan en los palacios reales...



Un rincón del famoso camarín Nº 12, reservado exclusivamente a las sopranos de universal renombre.



Un ángulo del célebre camarín Nº 6 por el que sólo han desfilado los máximos divos ... Gigli, Lauri Volpi, Von Pataky...

Paul Muni en su admirable caracterización de Emilio Zola.

Delia Iriarte Udaondo.

Adolfo Blaquier Unzué, Teresa Blaquier Unzué de Hirsch, Julia Elena López Roca, Carlos Demaría Sala y Fernando Larreta Anchorena.

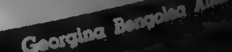


Final de Temporada

Susana Villar Palacios.



María Elena Larreta Llavallol de Cullen Crisol.



Georgina Bengolea Allende.



[illegible] y Martita Gómez [illegible]

Dora Detry de Pereyra [illegible]



Julia Elena Quesada Zapiola.

[illegible] nuestro, enviado especial Sr. [illegible]nceschi.

Justa Cané Bustillo, María Victoria Ibarlucea Quirno y Lucrecia Peña Salas.

Inés Méndez Gonçalves y Concepción Casado Sastre.

Marzo en Mar del Plata

María Eloísa Berisso Obejero.



Inés Victorica Roca Chevalier.

Elisa Müller Requena.

Mercedes Bosch Luro, y [illegible] Dun[illegible]an Vel[illegible]



Susana Mignaquy de Inchauspe y su hija Juanita Inchauspe Mignaquy.

Sofía Pereyra Iraola.

Gran Mundo



MARTA SOCAS

IRENE SOCAS

MAR
HILERET DE

FOTOS SERGIO





LA DECADENCIA DEL PROTOCOLO

Por Leandro Pita Romero

Asistí, desde el lugar que le es permitido a un curioso, a las fiestas y ceremonias del día de la trasmisión de poderes presidenciales. Nada más familiar y tranquilo, y para un europeo recién llegado, nuevo. Mientras el Presidente jura, los diputados y senadores se agolpan familiarmente en torno a la mesa presidencial. No hay etiqueta en el traje de los parlamentarios. Incluso se ve algún cómodo y fresco palm beach. Luego, un paseo en coche abierto por la Avenida de Mayo. Las gentes dicen: "Mira Ortiz. Es aquel que saluda con el sombrero. Aquel otro es Castillo" No es un público emocionado o partidista, sino las mamás con sus niños, que no han podido hacer camping ese domingo y brindan a sus criaturas el barato y breve espectáculo del desfile de los marinos y los cadetes, que pasan apuestos como la más vieja guardia de un imperio. En vano desde la radio los locutores aseguran que la multitud está electrizada. Eso producirá sus efectos en los radioyentes lejanos y si acaso será una mentira que se cuele en la Historia. Pero el que esto escribe formaba parte de esa multitud electrizada y la verdad es que no sintió ni en sí ni en cuantos veía y oía la corriente del entusiasmo, sino más bien el ambiente apacible y desinteresado de un pueblo feliz.

¿Qué más? La entrega del bastón y las insignias, el abrazo de los dos presidentes, el que llega y el que se va, y héteme al general Justo en un modesto taxi abierto, camino de su casa, entre los aplausos y saludos de una buena parte del público.

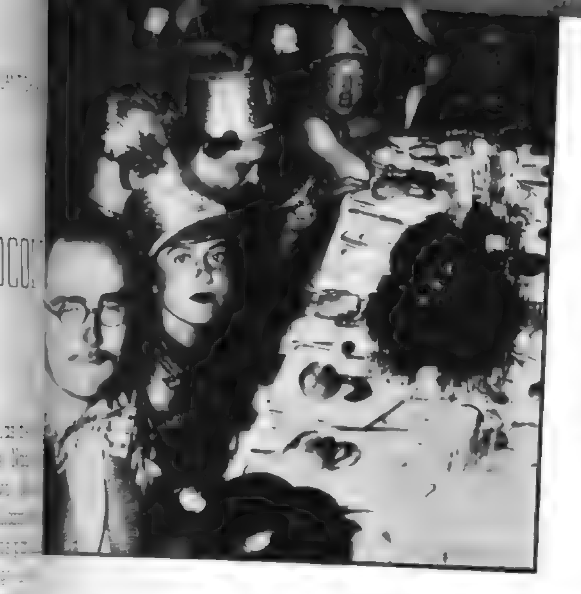
No puede realizarse mayor ceremonia con menor protocolo. Lo joven que es este país se muestra en toda su insolente pujanza en esa sencillez con que envuelve a la soberanía. Este pueblo ¿es hijo de aquella España tan estirada y ceremoniosa del siglo XVI, en que no había acto regio, por íntimo que fuese, ni aun en la esfera recatada del amor, que no estuviese sometido a cánones y ritos? La Argentina en eso parece pariente más próxima de los Estados Unidos de América, que han recibido la herencia inglesa a beneficio de inventario y no han querido cargar con las pelucas, bastones, casacas, sombreros apuntados y demás guardarropía de ópera con que allí se visten todas las grandes fiestas del Estado. Cuando se contempla en alguna revista de Nueva York esa risa ancha y sincera de Roosevelt, que parece un reclamo de su dentista, mostrando todos sus blancos dientes, se mide y pondera todo lo que América supone de oposición al viejo sentido decorativo y afectado de Europa, todo lo que estas tierras vigorosas y mozas van corrigiendo de los hábitos del viejo mundo.

La decadencia del protocolo es una de las victorias de ese sentido ágil y deportivo de la existencia, que no concibe sino como una cosa grotesca los incómodos uniformes bordados en oro y las prácticas engorrosas que complican los actos culminantes de la vida. Claro que para el que está acostumbrado y educado en ellas, eso — como todos los hábitos — es lo cómodo y fácil, y lo otro un desenfado sorprendente y desagradable. Pero lo cierto es que el protocolo se va muriendo poco a poco, y quedará reducido a los límites del decoro indispensable. Se ha ido el imperio religioso de los zares. Han desaparecido las dos monarquías más ceremoniosas de la tierra: la austríaca y la española, aquélla heredera de ésta en lo relativo al protocolo. Aunque ahora fueran una y otra restauradas, como algunos de sus secuaces esperan, vivirían mucho más sencillamente que antes, porque el destierro es siempre una escuela de libertad y de modestia, y porque para recobrar el poder perdido hay que deber demasiados favores a gentes que no tienen sangre real, ni siquiera azul, y así los reyes al volver a sus tronos ya no se coronan tanto por la fuerza del derecho divino como por el esfuerzo de un partido político, y eso va siempre en mengua de la majestad.

No quedan, pues, en la anciana Europa, sino dos cortes que conservan su estilo: la inglesa y la romana del Vaticano. La inglesa es más tradicional que brillante, más conservadora que aparatosa. Pero no se inmuta aunque entre en palacio el laborismo, si los votos del pueblo lo han llevado allí. Ese pueblo es también conservador, y aunque en algún momento se sienta movido por un vientecillo romántico y dé vivas al joven rey Eduardo cuando va a perder su trono por amor, como en un lejano cuento de niños, agradece a sus reyes la rígida esclavitud a las viejas virtudes isleñas, y cuanto más opacamente las practican, cuanto con menos garbo y escándalo han pasado por la vida, más de corazón rezan y lloran los súbditos, agarrados a las verjas del parque real, cuando sus reyes se enferman o se mueren.

(Concluye en la página 66)

La gran fiesta del circo en Mar del Plata



Durante el diner travesti: Carlos Demaría Sala, Magdalena Peña Salas y Marcela Torres Duggan de Helguera.



Los ciclistas que realizaron proezas en un tandem 1900: Carmen Quintana Sánchez Elía y Eduardo Magrane Casado.



Los tonys: Julio García Victorica, José María Ramos Mejía (hijo) y Marcelo Scheiner.



Julia Emma López Roca en su número de canciones cariocas.



Carmen Cossio Salas y Fernando Larreta Anchorena en el malón de los indios.



Carlos Rivas, Otto Bemberg, Carmen Quintana Sánchez Elía, Julio Uriburu, Susana de Alvear, Inés Victorica Chevalier y Carlos del Corral.



Los payasos hacen su entrada en el picadero: Salvador González Guerrico, Raúl Monsegur y Armando Braun Menéndez.



Las ranas y sapos: Stella Cárcano, Mercedes Leloir Unzué, Adela Iriarte Udaondo, Luisa Zuberbühler de Bullrich, Enrique Bullrich y José Luis Murature.



Acrobacia coreográfica.

De nuestro enviado especial R. Ramos.



El numeroso público que asistió a la interesante fiesta del circo fué muy difícil de identificar, pues el disfraz era obligatorio para todos los concurrentes.

LA CASA MUSEO



El escultor Rogelio Irurtia y su esposa, doña Lía Correa Morales, en el patio español Renacimiento. En el fondo, fragmento central del proyecto de monumento a la Independencia, presentado con poca suerte en el concurso del centenario de 1910.



El comedor estilo español



Chimenea estilo Renacimiento español, muebles Luis XVI. Obra en mármol del escultor Irurtia. Mesa de caoba antigua, viejos candiles de bronce.



Salón principal.



Tres esculturas de Irurtia. Cuadros de Angeli della Valle, Italo Botti, Lía Correa Morales y otros artistas argentinos. Mesa de marquetería francesa.



Salón principal. Arca italiana. Tapicería oriental sobre la puerta. Sofá de caoba y brocado rojo.

LA
CAS
MU

DEL ESCULTOR ROGELIO IRURTIA Y DE SU ESPOSA, DOÑA LIA CORREA MORALES



Puertas salientes en viejas maderas esculpidas.



Vista de la fuente y el jardín.



Un ángulo del salón. Sofá de caoba antigua, tapizado en brocado granate. Cuatro obras de Irurtia realzan el ambiente.



Cómodas de marqueterie, Imperio español, raíz de limonero y caoba. Mesa y sillas italianas antiguas. Tapices orientales. Obras de Irurtia.



Arcas antiguas talladas. Oleo de la Sra. Lía Correa Morales. Cabeza de uno de los "Burgueses de Calais", de Rodín. Al fondo, mueble flamenco.



Dos arcas antiguas españolas talladas. Mesa y sillas italianas antiguas. Cuadro de Lía Correa Morales.

El Dr. Eduardo Blanco Acevedo fuera de la política

Por Selma Núñez

El reportaje es el género literario del porvenir. Llegaremos a él como hoy se ha llegado a la biografía, con una verdadera sed de conocimiento del alma, de las acciones y de las ideas de otros hombres, para reforzar los nuestros en esa lección suprema que es el estímulo.

El reportaje es, además, un género literario completo. Tiene algo de la novela, del ensayo, de la poesía, porque nos permite descubrir, criticar, imaginar, reflejar, interpretar. Al principio parecía no ofrecer más que una sola perspectiva: la de la frecuentación pasajera de un personaje elegido por las circunstancias en un momento determinado de su vida, o en un momento determinado de su vinculación con los hechos, ya fueran políticos, artísticos, económicos. Ahora, con el reportaje, se va más lejos; invade otro campo de la vida universal; entra en la organización interna de los países y en las vinculaciones de cada uno de ellos con los demás; está en el paisaje, que es infinito como la luz y que puede tener tantos aspectos como personas haya que lo contemplen; está en las ideas que pasan, en los sucesos que modifican el curso del vivir, en todo. Aun si se redujese al solo conocimiento de los hombres, de su personalidad, de sus ideas, el reportaje permite siempre al que lo cultiva aventajarse en terrenos generosos para el descubrimiento; constituye un precioso campo de experimentación, muy superior, a veces, al de la misma psicología, pues la completa con otros recursos humanos de comprensión, de captación, que son más simpáticos que los ofrecidos por la ciencia.

¿Y qué decir de las sorpresas que tal suerte de labor depara al que la ejercita? ¿No es una verdadera gracia del arte el descubrir vocaciones y hombres, el transitar espíritus y cosas insospechados?

Yo fuí, en cierta ocasión, a visitar a un músico, músico para la crítica, músico para la fama, músico para la popularidad y me encontré con un filósofo. El hombre se hubiera batido a duelo con los instrumentos y con los pentagramas por dar a la pluma toda su alma; pero no lo dejaban. Ya se había hecho un nombre glorioso en los escenarios y no tenía derecho a volverse atrás, para emprender el camino de la vocación contrariada.

Otras veces ocurre, también, que uno se sorprenda no sólo de no encontrar en el reporteado lo que buscaba, es decir, un músico, un hombre de ciencia, un poeta, un soldado, sino de comprobar que el tal reporteado está tan vacío por dentro que da pena. Las desilusiones para el que practica la difícil tarea del reportaje son, en este sentido, más frecuentes de lo que nadie se atreva a sospechar. Sólo que, ¡ay!, como en este caso no le queda a uno otro recurso posible que el silencio cortés, tales desilusiones no tienen otro destino que el fondo común de experiencia que el escritor o periodista va adquiriendo, para cuando se le antoje hacer uso de él o para enterrarlo discretamente, con todos los honores del olvido.

Con el doctor Eduardo Blanco Acevedo conocí un matiz distinto a los muchos que me ha sido dado descubrir a través de mi carrera periodística. Me sorprendí sobre el conocimiento que ya tenía del hombre, y me sorprendí sobre la sorpresa. Realicé al revés la desilusión que lleva a la experiencia sin halago y proclamo ahora la venganza suprema de muchos de los silencios corteses que me han tocado en suerte.

El día en que lo visité, muy de mañana, era la primera vez que veía a este hombre cuya notoriedad viene trascendiendo desde las ya lejanas horas en que la Gran Guerra sacudía al mundo y envolvía a Europa en una ola de desesperación y de terror. Me acuerdo que entonces se había hecho famoso en Francia un pabellón hospital que llevaba el nombre del Uruguay. En ese pabellón, el joven Blanco Acevedo, que no pasaba aún de los veinticinco años, realizaba intervenciones delicadas y asombraba con ellas a los facultativos franceses más acostumbrados a esas lides. Era en el propio palacio del príncipe de Wagram, que puso a disposición de la Sociedad de Auxilios a los Heridos su casa, en la que una señora piadosa, Mme. Thomson, instaló, por medio de

(Continúa en la página 76)



El Dr. Blanco Acevedo, cirujano jefe del Hospital Barón Edmond de Rothschild durante la gran guerra. En el centro, el Gral. Bosch

Paris le 23 mars 1919

Monsieur le Docteur

J'ai l'honneur de vous accuser réception de votre lettre et de vous remercier de votre aimable invitation qu'il ne m'est malheureusement pas possible en raison d'engagements antérieurs d'accepter. Je regrette d'autant plus de ne pouvoir être des vôtres que j'aurais voulu vous dire toute notre admiration pour votre [illegible] et [illegible] toute notre affectueuse gratitude pour la noble nation uruguayenne qui a si largement soutenu notre effort dans notre lutte pour le Droit.

Veuillez, Monsieur le Docteur, agréer les assurances de ma haute considération.

P. Deschanel

Carta de Duchanel, entonces Presidente de Francia, al Dr. Blanco Acevedo.



El Dr. Blanco Acevedo en el Hospital Cochin, de París, en compañía del profesor Jean Louis Faure y los médicos y personal interno del establecimiento.

Consejo de ministros bajo la presidencia del Dr. Ortiz. De izq. a derecha: Ing. José Padilla, ministro de Agricultura; Dr. Jorge A. Coll, de Justicia e Instrucción Pública; Dr. Pedro Groppo, de Hacienda; Dr. Diógenes Taboada, del Interior; el Presidente de la Nación, Dr. Roberto M. Ortiz; Dr. Manuel R. Alvarado, de Obras Públicas, y vicealmirante León Scasso, de Marina.

UNA REUNION DEL GABINETE



Los ministros de Agricultura, Justicia e Instrucción Pública, Hacienda e Interior, ordenando sus carteras y tomando notas antes de la reunión.

Los ministros de Obras Públicas y de Marina escuchando la palabra del Presidente.

FOTOS POLZINETTI



1

2

5

6

Ocho modelos

1 Vestido de fiesta en or- gandí rosa con flores color pastel y adornado con amplios volados.

2 Traje para todo andar de lanita souple color marrón. Lo complemen- ta una capa color beige.

3 Conjunto para fiesta. Vestido de terciopelo negro con amplio y largo tapado de reps de seda blanca.

4 Traje de noche de pi- qué blanco. Capa de encaje color verde.

5 Trabajado en nido de abeja y cordonné de seda azul es este vesti-

FOTOS ANDERS



3



4

Och modelos

do rosa para fiesta, en el que un lazo color azul ofrece la nota de color.

6 Tapado de noche en crêpe satin castaño claro, adornado con cuatro alforcitas.

7 Para llevar sobre un vestido rosa: corsage trabajado con nido de abeja. Bolero en cloqué negro estampado con flores bleu.

8 Vestido estampado con grandes flores rosa sobre fondo lila. Como adorno, un ancho lazo de terciopelo lila, que también se aplica en el escote.

MODELOS LELONG



7



8

¿Quién es CULBERTSON, el del bridge?

POR RENÉ RICHARD



La victoria de 1918 libró a Francia del invasor para entregarla a otra invasión: la de sus buenos aliados, que acudieron a beber con ella el vino embriagador escanciado por Madelón.

A la salida de la Escuela de Ciencias Políticas veíanse los tipos más diversos de la Santa Alianza de los pueblos: irlandeses, checos, yugoeslavos y tipos generosamente compuestos de una amalgama de todas las sangres. Tal, por ejemplo, ese muchacho de veintiséis años, alto y delgado, de rubios cabellos, la frente en pirámide que posaba sobre sus interlocutores unos ojos grises y penetrantes. Hablaba seis idiomas con igual facilidad, explotando los recursos de su espíritu ágil y asimilador, en presencia de los hombres, y desplegando junto a las mujeres la languidez de su encanto eslavo.

Llamábase Ely Culbertson. ¿Era norteamericano como su padre, el ingeniero Elías Culbertson, catador de minas en el Cáucaso y la Moldavia? ¿Era rumano, por su nacimiento en Rumania? ¿Era ruso como la madre, hija de un general cosaco? Sonreía cuando tales preguntas se le hacían, declarando solamente ser anarquista.

—Lo cual significa — repuso un camarada — que quieres ser rico a todo trance. Y lo conseguirás, pues has nacido profeta: te llamas Ely, hijo de Elías.

Entretanto, Culbertson volvió a la Rusia de los Soviets donde tenía bienes. Contaba hallarse en favor con el gobierno, por ser revolucionario militante. Pero halló sus propiedades confiscadas y buscó refugio precipitadamente, de nuevo, en París.

La lección era provechosa. Con sus dotes naturales Culbertson se sintió capaz de conquistar buen lugar en el mundo capitalista.

¿Dónde ir sino a Estados Unidos, lugar propicio para los hábiles aventureros? Ely tenía treinta años. Su contacto con París afinó su juego y agudizó su apetito. Ajustó bien los dos tonos de su registro: la obsequiosidad de un servidor deferente y la insolencia deliberada del petimetre.

¿Bastarían sus elegancias rusonapolitanas para conquistar a Nueva York? Es de creerlo, por lo que veremos a continuación.

• Mr. Ely Culbertson volvió a París en 1937 llevando fastuoso tren. Ocupó un departamento lujoso en el Hotel Jorge V. Preguntado por los beneficios producidos por el sistema de su invención, dijo al repórter:

—Declaro al fisco una entrada anual de quinientos mil dólares, es decir, quince millones de francos, producto del bridge y del Método Culbertson, distribuidos así: "Conferencias y cursos para profesores, 200.000 dólares. Obras sobre el bridge: 100.000 dólares. Artículos diversos con mi nombre impreso (naipes, lápices, marcadores): 100.000 dólares. Mi esposa Josefina, antes de nuestra separación: 65.000 dólares. Mis artículos periodísticos: 30.000 dólares. Mi club, consultas técnicas, radio y revistas: 75.000 ¡Et voilà!"



Culbertson y su esposa, perfectamente divorciados, siguen atendiendo alegremente su empresa de bridge.

• ¿Por qué maravilloso medio Ely Culbertson, desembarcado en el puerto de Nueva York sin un centavo en 1921, alcanzó semejante opulencia y escaló el rango, no de profeta, diagnosticado por su camarada, sino de pontífice del bridge universal?

Durante dos años la fortuna mostróse esquiva con el joven emigrado, cuya "nonchalance" eslava no se avenía a mezquinas ocupaciones cotidianas.

Ely esperaba su golpe de suerte, cierta noche en que un compañero le propuso:

—¿Quieres jugar?

—¿Dónde?

—En el Knickerbocker Whist Club.

Semioriental como era, Culbertson jugaba el bridge con gran fineza. Decidió asombrar a sus "partenaires" esa noche. Fué tan brillante que batió el record de la semana. Como los miembros del club, intrigados, se acercaban a felicitarle calurosamente, recurrió al método violento, que forma también parte de su sistema:

—¡Los americanos no saben jugar bridge! ¡Solamente los europeos poseen la ciencia y las fuerzas!

Dicho esto se retiró.

• Ya tenía Ely una reputación. Faltaba hacerla rentable. Para ello elaboró un método capaz de asombrar a un país de calculadores. Estudió millares de manos en todas sus posibilidades y dedujo de tal estudio algunas grandes leyes generales, a las que agregó ciertas teorías personales sobre el remate. Publicó bajo el título de "Sistema Culbertson" su famoso Libro Azul que dictó leyes a todas las tribus de todos los países dedicados al bridge.

El profeta no se equivocaba. Pese a la crítica de adversarios, acusándolo de haber recopilado principios de conocidos maestros, el "Blue Book" se convirtió en breviario de millones de jugadores, pues aseguraba el medio fácil de jugar bien el bridge y ganar mucho dinero.

Culbertson vendía esperanza y no disipaba del todo los sueños que provocaba.

Pero el éxito de un libro no basta a la fortuna de un gran ambicioso. El Libro Azul inspiró a su autor una empresa arriesgada: comercializar el bridge en Estados Unidos, primero, luego en el mundo entero. Eficazmente ayudado por su mujer, Josefina, y auxiliado por su genio de la publicidad, el humilde emigrante de ayer imaginó una organización gigantesca. En pocos años preparó a cuatro mil profesores para difundir su método, exigiéndoles 15 dólares para recibirse, diez dólares anuales para ejercer la enseñanza y 25 dólares para asistir obligatoriamente al congreso.

Culbertson cuenta con su Crockford's Club, niño mimado de su fecunda imaginación. Posee íntegramente todas sus acciones. Es el "rendez-vous" lujoso y chic de la 62 Avenida. Allí se reunen jugadores de la alta sociedad. El pontífice del bridge le presta gran atención. Noche a noche saluda con aire majestuoso a sus huéspedes, y pasa luego a la cocina para vigilar el "diner", uno de los más prestigiosos de Nueva York.

(Concluye en la página 64)

De un viejo Album

Un veraneo en Ascochinga en 1904: Pancho Madero, Gregorio de Laferrère, Maneco Montes de Oca, Rufino Varela Ortiz, Francisco J. Beazley, Fernando Alemán y Juancito Varela. Con la guitarra: María Esther



Foto [illegible]

Llavallol de Roca, Celia Martínez de Varela, Elena Madero Alzaga de Torres, Celina Madero Alzaga de Videla Dorna, Florencia Varela Ortiz de Fernández Górgolas, Agustina Roca de Uriburu y Josefina Roca de Castells.

María Teresa Llavallol de Atucha

[illegible]

María Pereyra de Le Breton

Foto [illegible]

Manuela Lloveras

Foto [illegible]

Foto del Dr. Francisco de Ayerza.

Los alumnos del Colegio Lacordaire en 1889, año de su fundación. He aquí los nombres de algunos de ellos: Vicente Míguens, Adolfo Berraondo, Francisco Bailleres, Alberto Vivot, Alberto Blaquier, Tiburcio Benegas, Pedro de Elizalde, Martín Boneo, Lanusse, Bartolomé Mota, Mom, Emilio Obligado, Guillermo Goñi, Sebastián Ocampo, Castiñeiras, Manuel Ocampo Giménez, Robustiano Patrón Costas, Eduardo Zuberbühler, Chenaut, Jorge Drago Mitre, Enrique Amadeo Artayeta, José María Malaver, Santiago Frizzi, Luciano Míguens, Raúl Castro Videla, Pablo Nogués, Iriarte, Enrique Zavalía, Manuel Varela, Chenaut, Carlos Seguillosa, Manuel Belgrano, José M. Quián, Juan A. Lanús, Carlos Castro Videla, Emilio Quesada, Adolfo Blaquier, Arturo Prins, Manuel de Uribelarrea, Eduardo Avellaneda, Lucilo del Castillo, Ernesto Nogués, Andrés Varela, Mariano Marenco, Rafael Rams, Ricardo Malbrán, Eduardo Girondo, Juan García Tezanos Pinto, Augé, Miguel Terry, García Magdaleno, Antonio Leloir, Eduardo Benegas, José M. Míguens (abanderado), Alberto Tedín Uriburu, Francisco Van Praet, Lafuente Machain, Saturnino Martínez de Hoz, Sylla Monsegur y Benjamín Nazar Anchorena. A la izquierda, el Reverendo Padre Moles, Pueyrredón, fundador del Colegio.

La correspondencia entre María Antonieta y María Teresa

Stefan Zweig en su interesante obra sobre María Antonieta restablece la verdad histórica de muchas leyendas e intenta justificar, en parte, la conducta de la desgraciada reina de Francia.

Explica su ligereza y frivolidad como consecuencia psicológica de una decepción matrimonial, torturante para la joven archiduquesa.

Al sostener esa tesis, apóyase el celebrado autor en la lectura de numerosas cartas cambiadas por María Antonieta, desde su llegada a Francia, con su madre, María Teresa. Correspondencia prolongada hasta la muerte de la anciana emperatriz de Austria. Ellas revelan toda la existencia de una época. Descubren el secreto de un espíritu y de un corazón.



María Teresa, emperatriz de Austria, madre de María Antonieta.

La publicación íntegra y completa de esta correspondencia se debe a Georges Girard. Circularon antes muchas cartas apócrifas de María Antonieta, fabricadas con fines mercantiles, lo cual despertó escepticismo con respecto a las otras.

El conocimiento de las cartas auténticas de María Antonieta nos conduce a conocer de cerca a la joven reina y explicarnos su nerviosidad, su ligereza, su frívolo desasosiego, motivo de tan acerbos reproches. Durante mucho tiempo, María Teresa consideró a su hija como a niña pequeña.



María Antonieta y sus hijos
Cuadro de Mme. Vigée-Lebrun.

Velaba continuamente sobre ella, vigilando sus amistades, actitudes y diversiones. Mensualmente, un correo metódico cambiaba cartas entre Viena y París. Por cada correo de París, la emperatriz recibía una carta de María Antonieta y dos del embajador austríaco en la capital francesa, donde se hallaban anotados los menores gestos de la Delfina, puntualizando los asuntos en que debía insistir la emperatriz.

Enterada con tanta exactitud, María Teresa podía hablar a su hija como si estuviera a su lado, para sugerirle en todo momento la conducta a seguir. Hablábale con absoluta libertad, en la creencia de que sus cartas eran inmediatamente rotas por María Antonieta.

Le da consejos sobre la salud, sobre la manera de conducirse privadamente y en público. En su primera carta, fechada el 21 de abril de 1770, es decir, el mismo día de partir a Francia la joven princesa, le redacta un reglamento de conducta. María Antonieta debe leerlo mensualmente a fin de no olvidar cláusula alguna.

Debes orar al levantarte — escribe María Teresa — y hacer una breve lectura espiritual, "aun cuando sea de medio cuarto de hora", pues todo depende "del buen comienzo de la jornada" y de la intención con que se empieza. Lo cual torna buenos y meritorios hasta los actos más indiferentes".

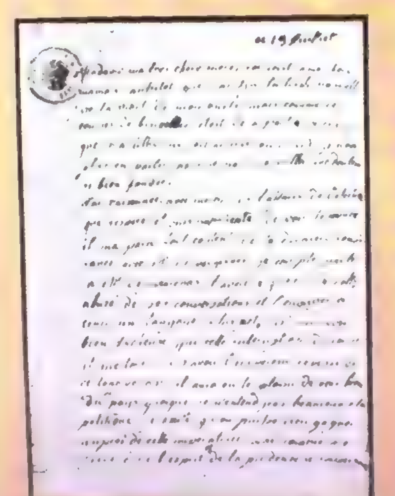
La insta luego a no leer nada sin autorización de su confesor. A que no tenga curiosidad. "Es un punto bien temible a vuestro respecto", insiste la emperatriz.

Finalmente le pide obediencia a "su buena madre", cuya única preocupación es su salud y su felicidad.

En las cartas procedentes de Austria se hacen siempre referencias a este reglamento. Se reprocha a María Antonieta una disipación, confesada por ella misma cuando escribe a la emperatriz:

"Debo acusarme, dice en julio de 1774, de disipación y de pereza por las cosas serias. Deseo y espero corregirme para responder a la confianza del rey sin mezclarme jamás en intrigas". Pero las buenas intenciones no se cumplen. María Antonieta es curiosa, amiga de diversiones y negligente. "Os descuidáis demasiado, aún en la limpieza de vuestros dientes — escríbele María Teresa; — es asunto de capital importancia".

La princesa no descuida menos sus cartas "cada vez más malas y faltas de corrección". Algunos reproches van siempre repetidos como "leit motif", otros se modifican a medida de transcurrir el tiempo. Cambian los temas en diez años y se transfiguran muchos sucesos. Si al principio María Antonieta hubo de ser reprendida por negligencia en su toilette y arreglo personal, pronto se le reprochará todo lo contrario. ¿Acaso no hablan todas las gacetas del singular peinado de María Antonieta? Mide treinta y seis pulgadas de altura, haciéndolo aún más monumental con la superposición de moños y de plumas.



Una de las cartas de María Antonieta a la emperatriz María Teresa

María Teresa amonesta: "Ya sabéis mi opinión: seguir moderadamente las modas sin jamás exagerarlas. Una reina joven, bella y atractiva no necesita recurrir a tales locuras. Por el contrario, la sencillez del arreglo realza la figura y es más conveniente al rango de una soberana. Ella da el tono y el ejemplo. Todo el mundo se apresurará a imitaros hasta en vuestras más pequeñas extravagancias. Yo que sigo paso a paso la existencia de mi reinita a quien tanto amo, no puedo evitar reprocharle esa frivolidad teniendo,

(Continúa en la página 55)

RETRATO DE KATHARINE HEPBURN, POR BACHRACH



La casa del grillo

SATIRA DOMESTICA

POR ALFONSO REYES

I

MARTES

Cuando vino la mañana
que quería alborear,
salto diera de la cama,
que parece un gavilán.

Saltó de la cama. Tentaleando, volcó el vaso sobre la mesilla y sintió caer, en la oscuridad, el hilo de agua.

Nunca pudo hallar la pantufla del pie derecho (o del izquierdo).

Con una pantufla en un pie y un zapato en el otro, el espacio ofrece una cuarta dimensión. A través de esta dimensión, dió con la cabeza en la luna del armario y todavía tropezó tres veces antes de alcanzar el tirante de la persiana.

Pleno día, de luz amarilla y grosera. Rechinaban las golondrinas. Frente a la ventana — nueva geórgica — la acacia casada con el farol, suma del paisaje madrileño.

En el grifo de la fría no había agua; y en el de la caliente, helada. Allí se dejó el torpor del sueño aligerados los párpados y la nuca.

La hora del desayuno no tiene sorpresas. Y el periódico de la mañana es un amigo bilioso, solterón.

¡Solterón!

La palabra se le quedó en el hueco del alma, y estaba timbreando todavía cuando se asomó a la ventana, para consultar la hora — ¡en las nubes!

Poco a poco su ánimo empezó a brillar como un espejo sin vaho. Las golondrinas venían casi a rayar su frente. Llameaban, a lo largo de la calle, en los terrenos sin construir, tres amapolas espontáneas, casi intrusas. Y después, el campo desaparecía en el mar del aire. La luz matinal reverberaba.

...Y la conciencia del día aciago, solitario, mientras la casa se gasta de desuso, el desorden irrumpe por entre las cosas domésticas, diezma los ejércitos de la cocina y confunde las reservas de arcas y armarios...

Un día amanecen todas las cortabas raídas, traspillado el gabán, desvencijado el sillón; y a un mismo tiempo, hay que reponer los pequeños utensilios de vestir, comer y dormir, faltos todos de providencia. Así sucumbe todo, sin la restauración incesante del hilván, remiendo y zurcido, menesteres de esposa, de santa y de araña.

Y grita de pronto, amenazando a la calle con el puño cerrado:

—¿Yo vivir solo? ¿Yo no tener a quién decir: "Cósanme este botón"?

Y, a los pocos meses, se casaba.

II

CAPITULACIONES

Por mayo era, por mayo
cuando los grandes calores,
cuando los enamorados
van servir a sus amores.

—Voy a hacerte — le dijo — mi confesión, con la sequedad de un corte de caja. Voy a hacerte mi psicología mínima o esencial.

(Parque de tenis. Rodaba la pelota blanca en el pasto verde. En la pista, blanca, se perseguían dos conejos. Cielo de barrio apartado. Es por la tarde).

—Los grandes enemigos de mi vida — continúa — han sido, por su orden: primero, la timidez (cobardía); segundo, la pereza (voluptuosidad); tercero, la mala educación (poca sociabilidad y cultura incompleta).

"Mis virtudes, mis fuerzas en la vida, por su orden: primero, el don verbal; segundo, la inteligencia; tercero, la duda metódica, o más claro, la desconfianza. Quizá debo decir: la malicia, según más allá lo explicaré.

"Tengo, además, una cualidad mixta: el disimulo.

"Los maridajes de virtud y defecto siempre han exacerbado en mí los defectos. Ejemplo de una combinación funesta que siempre me ha perjudicado: timidez-malicia. Este ha sido mi peor monstruo enemigo.

"Por más que busco, nunca creo haber sido verdaderamente vanidoso. ¡Ojalá lo supiera ser, a veces, con cálculo! Porque donde digo "malicia" no quiero decir "doble intención", ni siquiera condición positiva ninguna, sino una cavilosidad contemplativa, una sagacidad singular para adivinar intenciones ajenas, con su poco de manía de persecución.

"Tampoco creo que la imaginación haya hecho estragos en mí. Mi desdén a la vida es enteramente intelectual, sin decepciones del corazón. La tristeza nunca fué para mí más que un reflejo de la incomodidad material. El hombre me parece más hecho para soportar los dolores que las molestias. La muerte de un ser querido se puede tolerar mejor que una casa húmeda o un forúnculo pertinaz en la nuca.

"Pero, con todo, soy de una sensibilidad enfermiza. Sólo que no me detengo en el sentimiento como en un plano último. Siempre puedo ir más allá, siempre puedo contemplarme sufriendo; expectación del todo intelectual, y sin sombra ya de un sentimiento aparente.

"Mi imaginación ha tendido siempre a ponderarse con cierto clásico equilibrio. Pero puedo soñar despierto durante largas horas: lo cual viene a la vez de mi pereza y de mi literatura.

"¡Mi pereza! ¡Soy tan perezoso! En el fondo, naturalmente. Porque como no me deja la vida, como estoy rodeado de cosas mal hechas y torcidas que sólo yo creo poder enderezar, agoto frecuentemente mis días, y mis noches, en una actividad febril.

"Mi timidez es la causa de todos mis fracasos. Yo no soy, precisamente, un fracasado. Pero he tenido algunos fracasos, de que quizás sólo yo me doy cuenta. Sin mi timidez, de que también sólo yo me doy cuenta, yo sería un grande hombre. El disimulo me permite disfrazarla bien. Me consuelo de ella pensando que es cosa principesca, propia de un ser exquisito abandonado de pronto en mitad del aire de la calle. Y en efecto, esa es, casi, mi propia historia.

"No he tenido crisis religiosa. Me educaron en una creencia templada, y la Virgen me hacía milagros con gran naturalidad. Pero no recuerdo a qué hora dejé de practicar, ni me he preocupado de ello. Mi padre era cristiano histórico, no religioso, aunque tampoco ateo. Quiero decir que del cristianismo tomaba lo que atañe a este mundo, sin preocuparse del otro. Mi madre no se interrogaba: rezaba. A veces, creo llegar a la emoción religiosa, y sólo llego a la emoción verbal. El encanto de mis propias palabras tiene poder para arrancarme lágrimas. ¿No hay quien quiere alcanzar a Dios, encaramándose sobre una montaña de palabras? Si hiciera profesión de creer, yo acabaría en eso. "Místico" se llama, en lengua española, al que escribe párrafos muy largos.

"Mis pasiones, siempre exaltadas, no han tenido consecuencias funestas, gracias a la timidez y al disimulo. Debo añadir que este disimulo lo voy perdiendo con los años, a medida que me animalizo y se me cierran más las junturas del cráneo; a medida que, como en la edad de los asnos, la mandíbula va imperando más sobre el encéfalo. En todos los sentidos, cada día soy menos egoísta. A veces, cuando me comparo al muchacho fuerte que he sido, me reprocho a solas: "¡Pero si me muero por los demás!" Con todo, me parece que hoy quedo mucho menos bien que antes con el prójimo, quizá por la falta de disimulo. La sinceridad ¿será un defecto?

"Al revés del caro Disraeli, tengo la debilidad de dar explicaciones de cuanto hago; y a veces, a gente que no debiera. Esto viene, por una parte, de mi afición a conversar y de mis bellas experiencias amistosas de los veinte años: yo he tenido amigos únicos, con quienes se hablaba de todo; y por otra parte, viene de la intelectualización excesiva, de la fiebre crítica, de la necesidad, primero, de entender bien, y segundo, de explicar bien lo que he entendido, de explicarme por medio de la palabra. (La palabra hablada: yo, hasta cuando escribo, hablo). ¡Un deber de literato, trasladado inoportunamente a la estrategia del trato humano! "Perdido, mas no tan loco que descubra lo que siento", dice un antiguo poeta de mi afición. Y yo, que ayer me tenía por capaz de disimularlo todo, hoy, que todo me sale a la cara y que todo quiero que me salga, me pregunto: "¿Por qué llama loco este poeta al que dice lo que siente?"

"Debido a esta posición crítica, me considero a mí mismo con desinterés, y aún me juego malas partidas en provecho de los demás. Yo no sé mentir sobre mí mismo, sobre el precio de mis mercancías, como lo saben hacer todos. Los hombres mienten hasta para repetir una conversación que acaban de sostener. Yo, ni entonces. Cuando se discute, cedo siempre, porque no me disgusta dejar complacidos a los demás. Le doy importancia a lo que escribo, no a lo que hablo. Además, fácilmente se me convence (en esto no hay nadie, nadie que se me parezca) de que me he equivocado. Cuando me censuran, me informo de las censuras con cierto interés científico y puro.

"Alguna vez, a mis pasiones se mezcló la pereza, en su aspecto de voluptuosidad. Y entonces mis pasiones me dominaron.

"Sin mi timidez, yo sería el más libre de los hombres, y no hubiera dado sitio preferente en mi vida a tal o cual semi-audacia pasajera.

"De un momento a otro, el mundo me parece totalmente distinto. Un gesto, una palabra de mi interlocutor me hacen plenamente desgraciado o feliz. Y, con conocerme esta condición, soy tan perezoso que no sé cambiar de sitio cuando estoy melancólico, que sería el remedio seguro. (Nunca lo he probado).

"Hasta hace algún tiempo, lo único que me quedaba era el sentimiento de continuidad de mi obra literaria. Después, viví en París muy aislado y me puse a dudar de mí. Acaso porque me faltaba el ambiente de los amigos, y ese sabor leve de vanidad indispensable para crear con placer. (No cabe duda que, en el fondo de toda creación, hay petulancia. Por eso me pregunto a veces si la Caída y la Creación no serán lo mismo). De regreso aquí, donde todos somos hermanos, voy recuperando algo de mis fuerzas.

"Mi mejor carácter es la lealtad de mis afectos. En un mundo técnicamente perfecto (no sé si me entiendes) yo sería, sin disputa, el hombre más bueno.

"Tengo una cara de niño porque no uso del tabaco ni del alcohol. Por eso también mis ademanes carecen de ese garbo que da a muchos la vida de club, entre el humo adulto y los vicios severos.

"Me aburro, porque vivo solo.

"Y ahora tú me dices lo que quieras."

Ella, a pesar de todo (terquedad del romanticismo), creyó oír cantar



un ruiseñor. Por entre los labios, como si tuviera un alfiler en los dientes, dejó salir un "Sí" sibilante. Y la verdad es que — alucinada — se casó con su "Sí".

Era una muchacha muy buena y mansa, cabellos castaños, ideas azul perla. Sin ser bella, tenía en la cara esa suavidad que tanto nos gusta a los de aquel pueblo. Era una mujer... ¡oh, muy de nuestra tierra!

III

A PRIMERA SANGRE

Castellanos y leoneses tienen grandes divisiones.

Los dos sillones mecedores en el mirador; y el mirador, jaula de cristal y leves cortinas sobre la calle.

Se mecen. De tiempo en tiempo se incorporan un poco, entre sonrientes y duros, y subrayan con el ademán: "sí, sí", "no, no".

Divide el terreno una mesita redonda de tres patas, donde no hay más que un dedal de oro.

Se les podría dibujar entre orlas de hojas y flores, con una cartela en blanco debajo.

Los compases vivos de silencio, los puntúa, desde el fondo de la alcoba, el reloj.

—Cuando llegamos, ya estaba la cena preparada para los doce. Mi madre era una gran madre de hijos y esposa de esposo...

—Oye, perdona. ¿Nunca te he contado? ¿Lo de la tacita de té que rompí una vez? Me llevaron a enseñar a las visitas como chica educada. ¡Una desgracia! La primera taza de té que me dieron se me cayó. Mi padre iba a enfurecerse; pero mi madre se apresuró: "Ahora ésta, rica; ahora, ésta más". Y yo rompí otra y otra. No hubo más que tomarlo a risa. Así es mi madre.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac.

—¿Sabes que me gusta mucho tu cuento? Un día, de vacaciones en casa, le rompí a mi madre un jarrón de porcelana esmaltada. Yo tenía ya dieciocho años, pero me eché a llorar de vergüenza. Y nada: "Me lo pagarás cuando crezcas".

—Mi madre es de lo más cuidadosa. Piensa en todo y, sin embargo, nunca se inquieta. La recuerdo en aquella sala: con medio guiño daba una orden al criado; con una sonrisa, tapaba una pregunta indiscreta, y mientras alargaba una mano a uno, con la otra le salía al paso al otro; pero todo con lentitud: le sobraba tiempo. Así se ha conservado tan joven, tan linda.

—Mi madre es morena, pequeña, más bien delgada. Nunca está quieta. Tiene que ver con el grano de los caballos, la harina de la despensa, las berzas de la huerta. Es un general. Anda tintineando las llaves.

—Pues yo creo que tengo de mi madre la afición por las cosas finas y pequeñas. Tenía unas tijeritas de plata...

—Mi mejor herencia es el gusto del aire libre. Eso no tienes tú de donde heredarlo.

Un relámpago imperceptible... ¡Tocada! La nobleza agrícola venida a menos y la burguesía urbana en ascensión se contemplan en silencio.

—¡Pero si no me haces caso!

—¡Ni tú a mí!

Y al fin:

—Anda, basta ya. Deja eso. ¿Vamos a asomarnos a la otra ventana?

—Vamos.

¡Horas locas! ¡Cuántas de éstas! Células microscópicas de que se hacen los días.

IV

CUIDADOS

Hijas de quince años, hijos en los brazos.

La cara arrugada del niño vivía en sus ojos: dondequiera creía estarla mirando. Y lo mejor era el grito aquél, la clarinada de saludo a la vida que pareció llenar la casa.

En aquel grito se deshizo, purificada, la pesadilla de pinzas y vendas, olores acres, agujas de inyección.

¡Adiós a las noches de buen sueño! Yo pesaba, dentro de la pompa de jabón de su conciencia, la sólida realidad de un niño. ¿Lo soportaría la pompa de jabón? ¡Qué cuidados, qué angustias! Hasta que, con los años, la pompa de jabón se trueque balón de football.

Y nerviosidad, y mal estómago.

—Mira: si quieres hacerme feliz, que me den el bicarbonato al instante cuando lo pida, porque es que tengo fuego aquí.

Y el agobio de trabajo, quién sabe por qué:

—No me dejes, te lo ruego, no me dejes que me ponga a hacer colecciones de cuanto publican mis amigos en los periódicos. Es tiempo perdido. Ayúdame: recuérdame a tiempo que no me ponga a tareas de mera erudición, si no tienen la creación por fin inmediato. Las cosas de actualidad, la política y todo eso, ya lo sabes, tampoco me deben importar que quemen toda esa papelería, que me canso de verla. Y que no me hablen cuando estoy escribiendo, sobre todo. Y un horror a chocar con los muebles, a tropezar con las personas.

—Ya te he dado la regla de mi felicidad: que no me andes sobre las pantuflas.

(Unas pantuflas bordadas, primorosas).

Y aquel sobresalto, aquel sobresalto:

—¡Mujer! Ten cuidado: cada vez que le das el pecho a ese niño parece que se te va a ahogar, como traga y tose.

V

LA DICHA DEL HOGAR

Yo estando en la mi casa con la mi mujer real.

Gustaba de comer lo que ella cocinaba. Ella cocinaba muy pocas veces porque eso la hacía perder el apetito. Lo que perdía de apetito propio, lo ganaba en ver el apetito de su marido:

—¡Donde tú pones la mano..! — decía él, galante. Pero no por galantería, sino por gusto verdadero.

Ella, sin tener amor propio de cocinera, lo era excelente. El nunca podía entender cómo era posible poseer una cualidad sin jactarse de ella. Y pues que ésta es, casi, la definición de la virtud, él consideraba la buena mano de su mujer para la cocina como el ejemplo más puro de la virtud, y aún la virtud misma.

Pero ella se resolvía muy pocas veces a perder el apetito; es decir: muy pocas veces se decidía a cocinar.

—Guisar, hijo mío, es cosa que estraga el estómago.

Y aunque no lo decía tan claro, de sus vagas explicaciones, de sus semi-ideas, de sus larvas o fintas de pensamiento (nunca iba ella a fondo) he aquí lo que se sacaba en limpio:

Que la cocina, aunque procede por recetas como la química y la farmacia, no es una ciencia exacta, sino más bien un arte impresionista.

Que la misma receta, en cada ocasión, produce un resultado completamente distinto. En eso se diferencian (¿por qué, Señor, por qué?) los verdaderos alimentos de las medicinas. No hay otra regla mejor para distinguirlos: medicina es lo que, a fórmulas iguales, produce resultados iguales. Alimento es lo que, a fórmulas iguales, produce resultados diversos.

—Como que, hijo mío — apoyaba, — a veces hasta la forma, la presentación sola cambia el sabor de un alimento. Mira lo que pasa con el pan: sin con igual masa haces una rosca y un trenzado, aquélla no sabe lo mismo que éste, ni tienen la misma consistencia, ni el mismo tacto, ni el mismo olor, ni tardan lo mismo en enfriarse, ni...

Así, pues, la cocina es arte impresionista. No se puede sazonar con tabla de logaritmos, sino con la punta de la lengua. Para dar el punto al guiso, hay que estarlo probando. Y estar probando — y probando un guiso a medio hacer — es perder, al menos la primera mitad del apetito. Primera razón.

Segunda razón: que el olor, como en los cuentos utópicos, es un alimento verdadero. Y quien cocina, se pasa una hora, y a veces más, envuelto en una nube de olores. Los absorbe y pierde el apetito.

Por fortuna, a él sólo le gustaba que su mujer cocinara por lujo o por excepción. Lujo, excepción, que pagaba siempre con un regocijo sólido y sin palabras.

A diario, no le hubiera agradado. Los menesteres domésticos, pensaba, empequeñecen el alma de la mujer, le echan tierra a los ojos, la hacen perder la buena conversación y la finura de las manos. Dos visitas diarias a la cocina envejecen a la mujer más que un parto. Y así, a través de la excesiva modestia de su primera época y del buen pasar que la siguió, se esforzaba por apartar a su mujer, casi siempre, de los abusos de la cocina.

Y así, en esto del ir como del no ir a la cocina — cuando sí, porque sí, y cuando no, porque no — reinaba en aquel matrimonio el acuerdo más edificante. Y él veía, en aquella virtud de su mujer, virtud para los días de fiesta, el perfecto símbolo de su dicha, el árbol central de su tienda plantado en este desierto de la vida.

VI

DOS ESCUELAS

Los aires andan contrarios, el sol eclipse hacía.

El niño tenía que verlo todo blanco. Su cuarto tenía que ser blanco. Sus muebles, blancos. El simbolismo de los colores tiene su etimología — su origen de razón. — Y es que sólo la luz blanca, suma de todos los matices, puede formar y educar un ojo sin prejuicios. ¿Muebles de color para una retina en desarrollo? ¡A tanto equivaldría ponerle a la criatura unas gafas de color! Si verdes, todo lo vería después en rojo. "Es más turbio que la luz del día", decía uno que se había acostumbrado al dormir de día y velar de noche. Y él no quería educar monstruos, no.

Ahora bien: cambiar de súbito un ajuar o un moblaje es cosa demasiado grosera para ciertas sensibilidades. Lo mejor sería procurar una metamorfosis: pintar de blanco los muebles de la alcoba. Pero enviarlos al taller sería dejar enfriarse el nido. La voz resuena tristemente en los cuartos vacíos, y hasta parece que evoca a los fantasmas. Por otra parte, llamar al obrero a casa es resignarse a descubrir por todos los pasillos las huellas de unos pies extraños, por todas las alfombras un camino de gotitas de pintura, y por todo el aire de la casa un cierto olor de hombre en faena.

¿Por qué no pintar los muebles ellos mismos? ¿No eran jóvenes todavía? Y, sobre todo, ¿no se querían con locura?

(Continúa en la página 68)



LA NIÑA CRESCENCIA

Por D. NOVILLO QUIROGA

Dos recios aldabonazos ponen en conmoción toda la casa.

Los pájaros, alborotados, estallan en un escándalo de trinos y aleteos.

"Guanamí" se adhiere con airados ladridos.

Chasquean los pies descalzos de las chinitas que estaban lavando el patio.

"Abuelito" suspende el vaivén de su abanico.

Yo, vuelvo la cabeza.

Y desde la cancel, una voz aniñada y chillona, anuncia: — "¡Señora, es la Niña Crescencia!"

La "niña" Crescencia...

Sus ochenta y tantos años no paran en deformidades.

Bajo la sombrilla de un verde rabioso, y aprisionada entre los colorinches que la ciñen, la "niña" Crescencia es una desopilante "machietta".

Adelanta a los tropezones, con un pasito menudo, inseguro y saltarín, como esquivando obstáculos.

A la larga, llega hasta nosotros.

Su voz de serrucho ríspido aserrando maderas duras, saluda: — "¿Cómo ti'hayás, Socorro? No vine p'al almuerzo porque no me sentía bien. ¿Recibiste unos higos que te mandé?

(Abuelita retribuye el saludo, agradece el obsequio y cumplimenta los higos).

Antes de tomar asiento para la cotidiana tertulia, la "niña" Crescencia me favorece con una seca inclinación de cabeza que hace temblar — con amenaza de desplomarse — toda esa complicada armazón de bucles, rollitos, motas, guedejas y moños que en su fragmentada peluca reunen, sin armonizarlos, los colores del arco iris. Medio *cegatona* y todo, la "niña" Crescencia ha podido sorprender en mis labios una sonrisa burlona.

Bajo el archipiélago de las cejas teñidas con betún — archipiélago porque su caída en retazos les hace parecerse a islas de vegetación frondosa pero aislada, — una mirada de sus ojos quiere fulminarme.

No puede aguantarse... y estalla: —"Mirá, che, Socorro: vengo en queja".

(Su mano, que es una araña peluda y azulosa, se crispa sobre la sombrilla que amenaza saltarme un ojo).

—"Vos tenés qui'acabar con estas guarangadas, che, Socorro".

—"Pero... ¿qué pasa, Crescencia?" — interviene abuelita, conciliadora.

—"¡Nada! ¡Bonita cosa la que pasa! ¡Muy *monona* la gracia qui'ha garrau l'alhajita 'e tu nieto!"

—"¡Ah! ¿Es conmigo la cosa?" — interrumpo, haciéndome el sorprendido.

—"¡No! Si ha 'e ser con el Nuncio... Sí, señor, con usté, su bandolero".

(La crispadura de su mano se hace convulsiva; la sombrilla es un florete trémulo que ya, desembozadamente, busca dañarme).

—"¡Epa! Baje el pértigo, misía..." — protesto.

(Eso de *misía*, la "niña" Crescencia no lo aguanta).

—"Cayesé, so mal criao".

Abuelita interviene: — "Bueno, mujer, pero aclará de qué te quejás..."

—"Atinada, repriendé áiste *cualquiera*. Desbrutecélo pa qui'aprienda qui'áuna niña no se la trata'e misía..."

—"¡Perdón, niñita Crescencia!" — apunto con burlona humildad.

—"Ni eso tampoco. Yo ya no soy una mocosa pa que me salga con *niñita*... Digame Crescencia, como todita su vida mi'ha dicho. O si quiere'etiquetas, trateme'señorita..."

—"¡Bueno, basta!" (protesta abuelita). "Hablá, mujer: ¿qué te han hecho?"

—"Casi nada... Qui'anoche, como no tomé mi tilo, m'estaba desvelada. Y entonces, p'hacer tiempo a qui'aclarara, me puse a resar un rosario..."

—"Me parece muy bien hecho..." — interrumpo.

—"¡Cayesé la boca, deji'hablar a la gente! Bueno, q'estaba resando 'l rosario, y en eso me gólpian la ventana. Yo no cáia qué pudiera ser. Y en eso un hombre me dice di'ajuera: — "Niña" Crescencia, yo soy un chasque que manda el inginiero gringo". (Vos sabés q'el inginiero gringo es ese moso qui'anda queriendu'empliarse conmigo. ¡Lo más güen moso él! Fijáte qui'Amelia me dijo..."

—"Bueno, sí, mujer..." — interrumpe abuelita, previendo la interminable confidencia acerca del fantástico *festejante*.

—"Bueno..., ¿en qué'stábamos? ¡Ah, sí! Bueno, y me dice'l chasque q'el inginiero gringo estaba en el fierro carril pa construir un ciroplano. Y como no podía priesentarse 'n persona, había comisionau unos propios pa darme una serenata... Y q'él venía 'pedirme licencia pa darla. Y yo que no m'imaginaba lo q'iba'salir, le dí nomás la licencia".

(Continúa en la página 61)





Mary Cassatt

El arte de Mary Cassatt — su nombre es gloria de la pintura contemporánea — es una exaltación del amor maternal en seductoras variaciones sobre el mismo tema. Sus cuadros y grabados hablan de la palpitante emoción maternal. Pintó a todas las madres del mundo con sin igual maestría.

Técnicamente posee el vigor de un hombre. Pinta con viril energía y dibuja con seguridad. Degas, el pintor de su admiración, el maestro huraño de su elección, reconocía — a pesar suyo — que Mary Cassatt tenía talento: "Je n'admets pas q'une femme dessine aussi bien que cela", dijo cierta vez. Maravilloso aguafuertista, Degas influyó seguramente en el procedimiento usado por ella en sus más célebres puntas secas. Así obtuvo los efectos de simplicidad y armonía de los coloridos japoneses, característicos en las estampas de la artista franco-americana.

Norteamericana de origen, francesa por elección, Mary Cassatt nació en Pittsburg (Pensilvania), en 1843. Su familia reconocía lejano origen francés, que apresurábase a reivindicar Mary con singular orgullo.

Veinte años tenía al trasladarse a Europa. Estudió en España las obras de Velázquez y más tarde se estableció en París. La influencia de Manet y Degas la inclinaron al impresionismo.

Empezó el público por admirar los delicados pasteles de Mary Cassatt: madres en amorosa contemplación ante las infantiles gracias y los movimientos inexpertos de un sonrosado angelito. Madres sosteniendo en brazos a su infante desnudo o mirándole reír en su regazo.

Su fama de grabadora completó su obra de pintora.

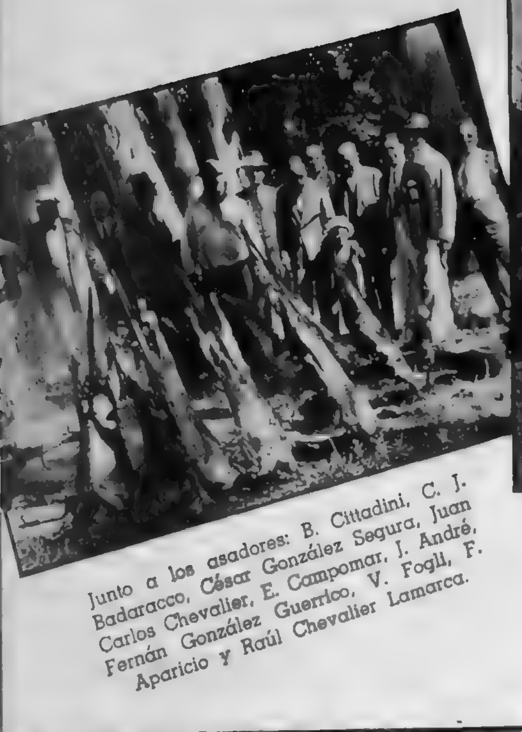
Mary Cassatt pintó durante toda su larga existencia, ya en su finca de Mesnil Theribus, en el Oise, ya en su palacete de los Campos Elíseos. No disminuyó su cotidiano fervor por los rostros sanos de las mamás sonrientes con su bebé en los brazos, envueltas las gráciles figuras en la visión pagana de los jardines, del campo libre y ubérrimo, de las mañanas primaverales, y aún octogenaria conservó el juvenil optimismo de su paleta. Murió en Mesnil-Beaufresne en 1926.

"MATERNIDAD"

"LECTURA"

"MADRE CON SU HIJO"

Una fiesta en la estancia "Ojo de Agua"



Junto a los asadores: B. Cittadini, C. J. Badaracco, César González Segura, Juan Carlos Chevalier, E. Campomar, J. André, Fernán González Guerrico, V. Fogli, F. Aparicio y Raúl Chevalier Lamarca.



Juan Carlos Chevalier con una parte de las cuarenta y cuatro copas y los premios ganados por él en los concursos de tiro al pichón realizados en Mar del Plata en estos últimos años.



Bajo la sombra de la arboleda. Mesa ocupada por la señora Mercedes Lamarca de Chevalier y por César González Guerrico, J. G. Grognet, Bruno Cittadini, R. Bartrés y F. González Alzaga.



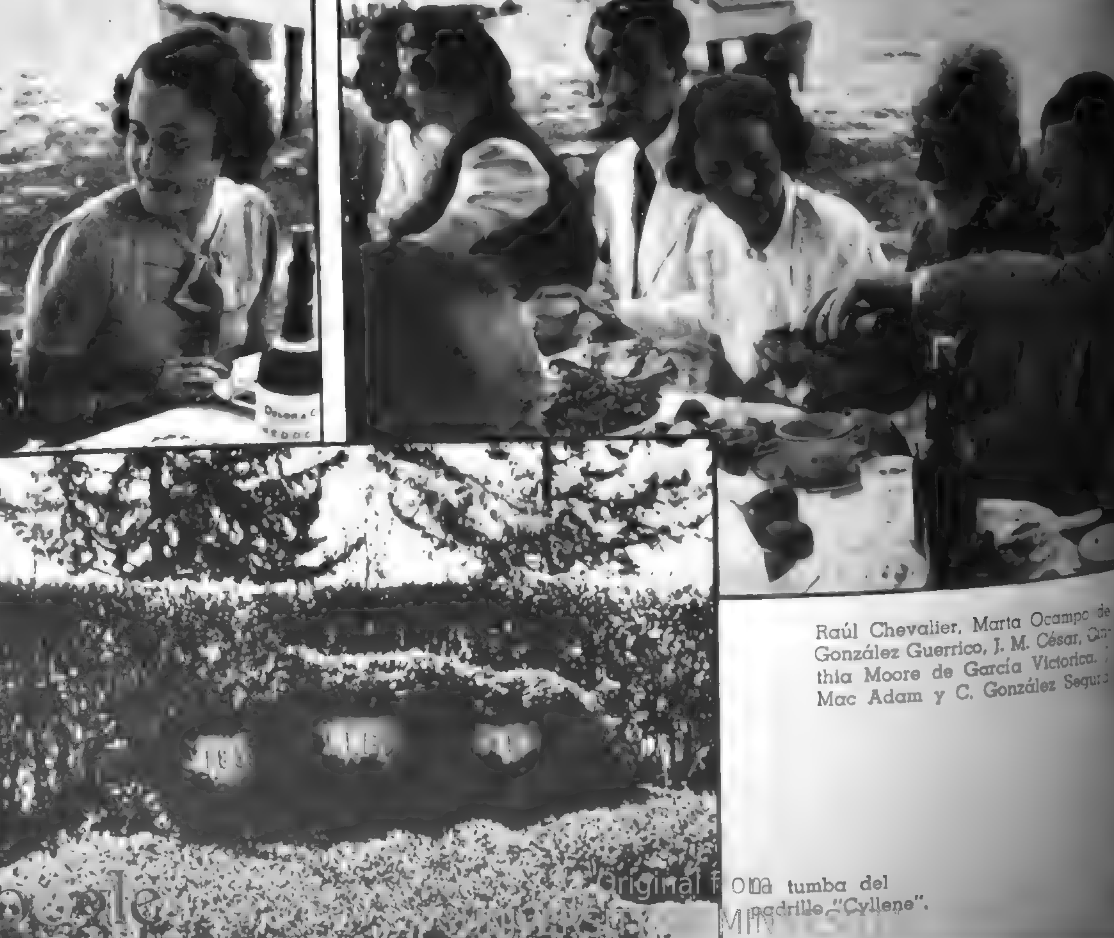
María Angélica Chevalier de Victorica Roca y César González Segura.



A. Bozzi, L. P. O'Farrell, E. Campomar, F. González A...
F. González Guerrico, A. García Victorica, J. C. Che...
J. G. Grognet, V. Fogli, B. Cittadini, G. Weyand, Colom...
E. Chevalier, C. González Alzaga y C. González Gu...



Durante el almuerzo criollo: Marta Ocampo de González Guerrico, Raúl E. Chevalier y Celia Danuzzo Iturraspe de Sauze Juárez.



Raúl Chevalier, Marta Ocampo de González Guerrico, J. M. César, Cynthia Moore de García Victorica, Mac Adam y C. González Segura.

La tumba del padrillo "Cyllene".

Fotos de nuestro enviado Sr. Franceschi.



Luisa Josefina Moreno Hueyo.

Los alegres concurrentes a la fiesta.

María Moreno Hueyo.

Ricardo Cullen Crisol.

Sras. Santamarina de Riglos, María Elina Molina Crisol de Ledesma, César González Alzaga y Miguel Cullen.

María Elena Cullen Crisol.

Manuel Rodríguez Alcorta.

Magdalena, Mónica y Eduardo Frías Uribelarrea, Carlos Cossio Lamarca y Martita Estrada Roca.

Niño de Peralta Ramos.

Horacio Rodríguez Larreta.

Patricia O'Farrell, de Caperucita Roja a caballo.

Inés y Estrella Acevedo Anchorena.

Fiesta infantil de disfraces en la quinta de Rodríguez Larreta en Mar del Plata

Fotos de nuestro enviado especial Sr. Franceschi.



George Arliss por Haworth



Shirley Temple por Covarrubias

Vistos en



Joan Crawford por Lissey

Edward G. Robinson por G. Web



ole por Covarru...

Eugene O'Neill y Jimmie Durante por Covarrubias

Will Rogers por Haworth

...stos Caricatura

Spaghetti ...



La Baronesa Colette de Boecop

FOTO CARREÑO

Nueve veces la vuelta al mundo

Por CLARA SOBREMONTE

Colette de Boecop ha dado nueve veces la vuelta al mundo. Es hija de Francia y francesa por definición, que es como decir una mujer elegante, con bastante criterio para no ser vulgar y con el suficiente esprit para no resultar aburrida.

Desde los diecisiete años sabe trazar itinerarios y no los hace mejor ni peor desde que es baronesa, por su casamiento con un noble holandés que cuida en Java sus enormes plantaciones de té, de quina y de caucho. Como es condición de las mujeres europeas esa especial inquietud que les impide conformarse con la vida vegetativa y exclusivamente hogareña, tan del agrado de las americanas y sobre todo de las americanas del sur. Colette viaja. A lo largo de los viajes ha descubierto su vida. Primero, reconociendo que cuantas dificultades se puedan presentar a una mujer que anda sola por el mundo, circunvalándolo, sin secretarios, sin dama de compañía, sin perro, no constituye una razon para que renuncie a su gusto por viajar, que a veces puede ser, también, su necesidad de viajar. Segundo, haciéndose escritora. Tercero, declarándose periodista. Y cuarto y último, como dicen los documentos judiciales, dejando a la baronesa en su casa y lanzándose al mundo sin protocolo, con el nombre modesto y democrático de Claude Eylan.

Pues bien; Claude Eylan es una mujer de tal vez cuarenta años, la edad en que se empieza a vivir, según el autor de cierta sensacional novela. Viste sencillamente, con trajes de esos que nosotras las mujeres llamamos "de andar". Se ha convencido de que una periodista no tiene tiempo para las toilettes pomposas, y las ha suprimido del catálogo de sus costumbres y de sus usos. En la cabeza lleva siempre un turbante, tocado que adoptó hace más de diez años, en la India, porque también le resulta cómodo y porque eso le evita el inconveniente de tener que pensar demasiado en modistos, coiffeurs y demás personajes allegados a las mujeres superficiales o, mejor expresado, a la superficialidad de las mujeres. Es correcta esta viajera Claude Eylan; es discreta, es original, todo lo cual se explica ya en esta primera confesión que me hace y sobre la cual empiezo a conocer un espíritu que ya se me había adelantado algo en las referencias de otros y en la producción literaria de la escritora.

—Yo no tengo interés en recorrer el mundo con mi título a la vista — me dijo. — El seudónimo me da ocasión de recrearme como un modesto viajero y de escribir como todos los escritores escriben, porque ese es mi oficio. Además, el que me lea, si no me conoce ya, ni siquiera sabe que quien tal o cual cosa dice es una mujer, porque Claude puede ser lo mismo un señor con toda la barba que una dama, como en mi caso.

No es una travesura. Esta mujer tiene el sentido varonil de la vida, que no es privativo de los hombres, ni redunda en descrédito de las mujeres, como cualquiera podría suponer. Lo varonil es una expresión de alma y estriba en la actitud que cada uno adopte frente a la vida y a todas las circunstancias eternas o pasajeras que la rodean. Además, un libro es también una actitud y eso muy bien lo sabe Claude Eylan. Cada actitud suya responde a algo que ha visto, a algo que le ha impresionado: hombres, pueblos, ciudades, costumbres.

—No puedo comprender — protesta — ese interés de la mayoría de las mujeres que escriben por poner en evidencia sus sentimientos, ya sea en la poesía, en la novela o en el teatro. Se erigen en personajes de sus obras y todo es en ellas anecdótico, pero desde el punto de vista de su personalidad, de los acontecimientos de su vida, de sus pasiones, de su sensibilidad, sobre todo de su sensibilidad amatoria. ¿Será condición expresa de las mujeres la de que no les llame la atención todo aquello que les sea ajeno, pero que también está en la vida como sustancia preciosa del arte?

Por eso los temas que le interesan a Claude Eylan, los temas que desarrolla en sus libros y artículos periodísticos, carecen siempre de ese matiz autobiográfico que muchos escritores, sin necesidad de que sean mujeres, dejan traslucir en sus producciones. Todo lo que ella dice, lo dice objetivamente. Lo subjetivo es razón de su vida, pero fuera de la literatura. Ved uno de sus libros de viaje; por ejemplo, "De Singapour a Moscú"; ved una de sus biografías, como ser "La vida y la muerte del rey Alejandro de Yugoeslavia", y encontraréis esa suprema condición de la escritora, que consiste en excluirse a sí misma del paisaje y en actuar ante él como simple espectadora.

Su amistad con el rey Alejandro le podía haber dado ocasión para escribir un libro menos egoísta de sus propios sentimientos, pero no quiso o, más bien, no lo pudo evitar.

—Era un hombre realmente bueno — me dice. — Tenía un delicado espíritu de caballerosidad, que en más de una ocasión puso a prueba conmigo. Y voy a referirle una anécdota muy divertida respecto de él, que acabo de recordar. Estando yo en Yugoeslavia, Alejandro ofreció un banquete a la oficialidad, al que asistían, como era costumbre en estas comidas, unos tres mil hombres del ejército. Tuvo la ocurrencia de invitarme y tuve la ocu-

(Continúa en la página 71)

Bodas y Noviazgos


FOTO GROSS

Nelly Eppens con Felipe Carlos Basavilbaso.


FOTO GROSS

Inés Hume, hija de don Alejandro S. Hume y de doña María Isabel Vayo, cuya boda con Carlos A. Menéndez Behety será bendecida el 22 del corriente mes, en N. Señora de la Merced.


FOTO GROSS

Susana Martínez Castro, hija de don Martín Martínez Castro y de doña María Luisa Guevara Lynch, cuyo compromiso con Horacio Castro Videla se ha anunciado recientemente.


FOTO GROSS

Juanita Duhau Ham, hija de don Luis Duhau y de doña Lucía Ham, cuyo enlace con Manuel de Uribelarrea será bendecido en el próximo mes de agosto.


FOTO SCHONFELD

Margarita Obligado, hija de don Antonio Obligado y de doña Carmen Espinosa, ha formalizado su compromiso matrimonial con Gustavo Yanzi Molina.


FOTO WILENSKI

Lucrecia Ruiz de los Llanos, hija de don Rafael Ruiz de los Llanos y de doña Raquel Davison, cuya boda con Arturo Méndez Quesada se efectuará el 5 de mayo.


FOTO N. N.

María Elena Olivera Martínez, hija de don Domingo J. Olivera y de doña Dolores Martínez, cuyo compromiso con Ricardo J. Segura se ha formalizado.


FOTO PALAZZO

Clara de la Torre con Carlos Alberto de Azevedo en la iglesia de San Martín de Tours.


FOTO GROSS

María Martina Areco [illegible] de don Ismael Areco y de [illegible] cuyo enlace con [illegible] Ramos se realizará [illegible]



Robe destinada para Madame Larivière, una de las damas organizadoras del Pabellón Argentino en la Exposición Internacional realizada en París.

Modelo de Chanel.

LOS MODELOS PERSONALES

por C. CACIOS FRANCO.



CARTAS DE PARIS

PAUL VALERY, PROFESOR

por CARLOS SOLDEVILA

Hace veinticinco años, una multitud anhelosa en la que se mezclaban los estudiantes de la Sorbona con las damas de la aristocracia, los académicos célebres con los escritorzuelos casi anónimos, los políticos deseosos de renovar sus tópicos oratorios con las elegantes burguesas de la "rive droite", invadía un aula del Colegio de Francia. Henri Bergson, insigne filósofo del intuicionismo, explicaba un curso público.

Sus teorías sobre los "Datos inmediatos de la conciencia", sobre el "clan vital" y la "evolución creadora" eran escuchadas en un silencio religioso, eran absorbidas y paladeadas como si se tratase de un néctar, por aquel público heterogéneo que ocupaba totalmente los duros bancos y que se apretujaba en los estrechos corredores. ¡Un éxito! ¡Una apoteosis! El París de los estrenos y de las grandes fiestas mundanas se había convertido a la filosofía...

¿Todos y todas seguían de veras el pensamiento del ilustre disertante? ¿No había una pizca de snobismo en las actitudes de arrobo y en los gestos de admiración de aquellas damas entusiastas que ya habían recibido el mote de *bergsonettes*?

No nos metamos en honduras; no pequemos de maliciosos. Aceptemos el hecho buenamente, sin analizarlo en demasía. El hecho era alentador y simpático. Un filósofo de verdad, uno de los pocos que iban a quedar en pie sobre el umbral de nuestro siglo, atraía y retenía a un público no especializado, sin hacerle la menor concesión, ciñéndose a exponer con una precisión no exenta de poesía los altos problemas del espíritu.

• El milagro no se repite todos los días, ni siquiera todos los años. Indudablemente, los numerosos cursos que se dan en la Sorbona y en el propio Colegio de Francia, y que tejen el pabellón siempre flamante de la sabiduría gala, no carecen de público. Tienen, desde luego, su segura y obligada clientela de estudiantes que, siguiendo una tradición que deja algo desconcertado al forastero, amontonan sus abrigos sobre la mesa del profesor hasta levantar en cada uno de sus extremos una pirámide de lana húmeda. Tienen el grupo de los caballeros de edad, funcionarios jubilados, rentistas que procuran pasar la tarde a cubierto, en locales con calefacción y sin gastar un centavo. No les falta tampoco, además de las estudiantas en cada curso más numerosas, una curiosa representación del sexo débil, integrada por solteronas de aire provincial, por matronas, muy "pot-au-feu", que toman notas con ahinco sobre un cuaderno borroso y desvencijado, notas, Dios me perdone, que se me antojan destinadas a dormir en el fondo de un cajón lleno de chismes en desuso... No les falta auditorio a los conferenciantes habituales de la Universidad y del Colegio de Francia. Pero hay auditorio y auditorio.



PAUL VALERY.

El que tuvo Bergson hace veinticinco años no lo había vuelto a tener nadie. No lo ha vuelto a tener nadie hasta el viernes pasado en que Paul Valery, el pensador y el poeta, inauguró — profesor novel — su curso sobre los problemas de la creación artística.

Entiéndase: no quiero decir que el auditorio del autor de "Charmes" estuviese integrado por los sobrevivientes del público que aplaudió al autor de "Matière et memoire". ¡Oh, no! ¡Dios nos libre! Una revista de este género a veinticinco años de distancia hubiera resultado un espectáculo demasiado triste, excesivamente filosófico. Eran otros hombres, otras damas, otros personajes, otros sombreros — horribles casi todos, como lo exige la moda de este invierno, — otro vocabulario, otra curiosidad. No digo yo que buscándolo bien no se hallase entre los oyentes de Valery algún ex oyente de Bergson, que venía a remover el rescoldo de sus entusiasmos de preguerra. Pero quede sentado que la mayoría del público de Valery está compuesto por valeristas puros y sin mezcla.

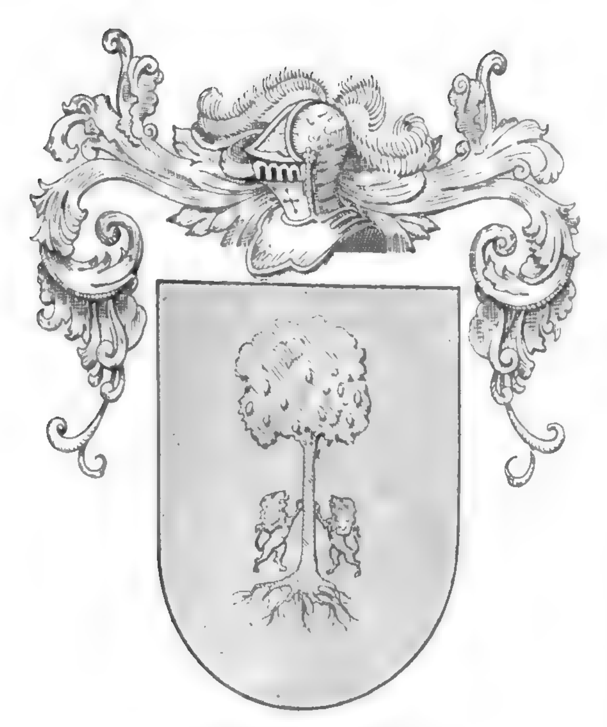
¿Valeristas? Sí, señor. Tal como suena. Ese hombrecito de rostro enjuto, de bigote espeso, cuidadosamente recortado a ras de labio, de ojos azules bajo cejas nutridas, de andar ligeramente balanceado, de voz opaca en que los avisados descubren dejos mediterráneos, ha fundado una secta. Habrá sido sin querer, no lo discuto. La verdad es que ni en lo físico ni en lo moral parecía destinado a este género de empresas. Y que toda su obra dice y repite en diversos tonos: "No me sigan"... "No se entusiasmen"... "Sólo sé que no puedo saber"... Pero está visto que, por lo menos en Francia, no hay como predicar el anti-sectarismo más puro, no hay como dar muestras de la agilidad más evasiva, no hay como rehusar con energía adhesiones y fervores, para encontrarse convertido en ídolo y en leader, en apóstol y en guía.

• ¡Un ídolo que condena todas las idolatrías! Un guía que nos conduce a un callejón sin salida y que no los anuncia de antemano con frases perfectas y rigurosas. Un apóstol que renuncia al don de lenguas y nos obliga a aprender su propio vocabulario enemigo de facilidades y de comodines!

Y es precisamente esto lo que agrada. Lo que nos agrada, porque al analizar este fenómeno no hago más que rebelarme contra mi propia inclinación, que probar de aguar mi propia fiesta, que *bouder mon plaisir*, para decirlo con la frase consagrada. Sí: lo confieso sin ambages, estoy algo tocado de valerismo. ¿Qué le vamos a hacer? Alguna debilidad hay que tener en este mundo y ésta que yo mismo llego a descubrir sin trabajo y a proclamar sin vergüenza no debe ser de las peores.

Pero dejemos a un lado estos deta-

(Concluye en la página 58)



LINAJES ARGENTINOS:

PINEDO

Don José Agustín de Pinedo nació en la ciudad de Burgos, Castilla la Vieja, donde treinta años después contrajo enlace con doña María de Aguilar.

Fué su hijo don José de Pinedo y Aguilar, nacido en la misma ciudad, quien se casó en la catedral histórica con doña María Fernández de Valdivieso. Fueron sus hijos: 1º Antonio Gaspar de Pinedo y Fernández de Valdivieso, nacido también en Burgos, Regidor de Madrid, Tesorero de Su Majestad, que casó en Madrid con María Josefa de Montufar y Fraso, nacida en la misma ciudad, hija de don Sebastián de Montufar y Porras, Oidor de la Real Cancillería de Granada, del Consejo de Castilla, Fiscal del Supremo Consejo de Guerra, Caballero de Santiago, y de doña Josefa Traso y del Cerro, oriunda de Chuquisaca.

2º Agustín Fernando de Pinedo y Fernández de Valdivieso, nació en Burgos en 1745. Ignacio de Pinedo y Montufar y Fraso, bautizado en Madrid en el año 1729, fué coronel de los Reales Ejércitos, Tesorero de las Reales Cajas de la Paz, Caballero de Santiago, y contrajo matrimonio en el año 1768 con Bartolina de Trujillo, y en segundas nupcias con María del Carmen Bilbao la Vieja y Cuendica, Segunda marquesa del Aro, nacida en La Paz, hija de Joaquín José de Bilbao la Vieja y Peñaranda, y de María Cuendica Ceballos de Escalada, tercera marquesa del Aro — n. p. — de Pedro Antonio de Bilbao la Vieja, Corregidor de Omosuyo, Comisario General de la Caballería de La Paz, y de Angela de Peñaranda Valverde Rengifo de Avendaño, n. m. de Joaquín de Cuendica, Corregidor de Lavijaca, y de Josefa de Ceballos Escalante Pacheco, marquesa del Aro.

Fueron hijos del segundo matrimonio: Antonio José, bautizado en La Paz, 5º Marqués del Aro, Caballero de Alcántara; María Josefa, que casóse en 1805 con José de Iriondo Alberdi; 3º Manuel José, nacido en La Paz en 1784, fallecido soltero. 4º Francisco María. 5º Juan Bautista.

Antonio de Pinedo y Montufar nació en Madrid en 1730, fué Coronel de Milicias Regladas de La Paz, contrajo enlace en primeras nupcias en La Paz, con doña Micaela Bilbao la Vieja y Peñaranda, nacida en La Paz en 1735, hija de José Antonio Bilbao la Vieja, Corregidor de Omosuyo, y de Angela Peñaranda Valser de Rengifo de Avendaño, y en segundas nupcias con Rafaela Josefa Crescencia de Pinedo Arce, hija de Agustín Fernando de Pinedo y Fernández Valdivieso, General de los Reales Ejércitos, y de María Bartolina de Arce Báez de Alpoin.

Hijos del primer matrimonio, fueron: María Antonia, que falleció en la infancia. 2º José Bernardo Mariano, fraile mercedario, Comendador de la Merced en La Paz; 3º José Antonio; 4º María Vicenta; 5º Lorenzo; 6º Mariano Domingo José. Estos 4 últimos fallecieron en la infancia.

Hijos del segundo matrimonio, fueron: 1º José María Rafael, fallecido en la infancia; 2º María Josefa Faustina, 3º Antonio José Eleuterio, 4º José Francisco Ramón, los tres fallecieron solteros; 5º José Manuel, 6º María Ignacia Josefa, casada con Fernando de Oyuela Negrón, y 7º María Rosa Ramona, que falleció soltera.

José Manuel de Pinedo y Pinedo casó en 1825 con Josefa de Grimau y Gutiérrez de Larrazábal Aspiazú, hija de Cayetano de Grimau y Salinas y de Esperanza Gutiérrez de Gálvez y Balbastro, de cuyo matrimonio fueron hijos: 1º María Encarnación, que falleció soltera; 2º Candelaria, casada con Vicente Amadeo Croce; 3º Manuel José de Pinedo Grimau, casado con Isabel Rico Fuentes, de Montevideo.

LOS PINEDO EN LA ARGENTINA Don Agustín Fernando de Pinedo y Fernández de Valdivieso, nació en Burgos, pasó al Río de la Plata como Capitán de Caballos, radicándose en Buenos Aires, donde fué Corregidor y Maestre de Campo General, General de los Reales Ejércitos, Gobernador del Paraguay en 1772-1778; fundó en 1773 Villa Real de la Concepción y luego Villafranca; el historiador Jinny le considera el más progresista de los gobernadores del Paraguay. Elegido luego Presidente de Charcas en 1778, se trasladó a Buenos Aires, donde contrajo matrimonio con María Bartolina de Arce y Báez de Alpirú y Labayén, nacida en Buenos Aires en 1692, hija de Alfonso de Arce y Soria, Coronel de los Reales Ejércitos, Gobernador de Buenos Aires, y de María Claudia García de Arcos. Su esposa era sobrina tataranieta del primer santo argentino: San Roque González de Santa Cruz.

Hijos de este matrimonio fueron: Agustín José; Juan Pablo, que falleció soltero; Ana Gertrudis Francisca, casada con Juan Andrés y Arroyo, Contador Mayor del Virreinato del Río de la Plata, Caballero de la Real Orden de Carlos III; Rafaela Josefa Crescencia, casada en primeras nupcias con José de Pinedo Montufar, y en segundas nupcias con José de Mendinueta Gayoso; José Aldeadato, que falleció en la infancia; María Damasia Concepción, casada con Isidoro de Casamayor y Cárdenas; Ambrosio Nicolás Mariano, que falleció soltero; Felipe Santiago José, que fué presbítero.

La familia de Pinedo se halla entrelazada con numerosas familias de rancio abolengo, entre las que podemos citar: Aguilas, Fernández de Valdivieso, Montufar y Traso, Trujillo, Bilbao la Vieja, Marqueses de Aro, Peñaranda, Ceballos, Escalada, Rengifo de Avendaño, Cuendica, Iriondo, Arce, Grimau, Gutiérrez Gálvez, Larrazábal, Aspiazú, Salinas, Balbastro, Amadeo Croce, Pico, Fuentes, Cobo, de las Cuevas, Coppa Pozzi, Tabossi, Cordelias, Bonorino, Arce, Báez, Alpoin, Arcos, Labayén, Soria, García Arcos, Romero de Santa Cruz, Tapia, Vargas, Arroyo, Andrés, Mendinueta, Gayoso, Casamayor, Albizuri, Echaurri, Sagasti Larrazábal, Irigoyen, Calderón, de la Quintana, Quesada, Dolz, Herrera, Marcó del Pont y Reyna, Rubio Molina, Duarte, Halbach Bolaño, Paz Cueto, Miguens, Basavilbaso, Chassaing Martínez, Udaondo Peña, Ortiz Basualdo, Corominas, Lemoine Jordán, Cornillo, Dhers, Saavedra Obejero, Medrano, de la Iglesia, Brach Ibarguren, López O'Gorman, Obarrio Hammer, Acevedo Cabrera, Gondra del Campo, Oliver, Moreno Rocha, Maura, Madero, Buján, Igarzábal y otras.



GENERAL AGUSTIN FERNANDO DE PINEDO Y FERNANDEZ VALDIVIESO
(Cuadro de Monvoisin)

ESCUDO DE ARMAS De oro, el pino de sinople con piñas del mismo metal, terrazado de su color y dos leones de gules empinantes al tronco.



Especialmente para el hombre elegante, que gusta cuidar el detalle de su toilette, ha creado Atkinsons su famosa Loción Colonia! La acción de la incomparable Loción Colonia es doble: Asea y fortalece el cuero cabelludo, manteniendo el cabello en forma impecable, sedoso y brillante, y además lo perfuma con su aroma único e inconfundible! En su fragancia fresca y persistente encuentra el caballero el perfume discreto, varonil, que acentúa su per sonalidad con un sello de impecable distinción En frascos de $ 0.70, 2.60, 3.80, 6.95, y $ 8.

Loción Colonia

ATKINSONS

PAUL VALERY, PROFESOR

(Conclusión de la página 55)

lles personales que, en el fondo, no interesan a nadie. Volvamos a la sala número 8 del Colegio de Francia, tan densa de público que los ujieres han de abrir paso poco menos que a viva fuerza al cortejo oficial del ministro de Instrucción Pública que, lo mismo que André Gide y Georges Duhamel, viene a rendir homenaje al autor de "Narcisse" y de "La jeune parque". Cuando Valery, calados los lentes, se puso a leer su texto, su primera lección de profesor, un estremecimiento recorrió las apretadas filas de sus oyentes. Se cruzaron sonrisas de inteligencia. Se ahogaron suspiros de emoción. Los que a fuerza de madrugar y de paciencia habían logrado calidad de testigos presenciales, se dieron cuenta de su privilegio.

La Real Academia Sueca puede seguir denegándole el Premio Nobel. Su patria no es de las que se cansa de admirar y de mimar a sus grandes escritores. Tendrá otros defectos, pero no se la podrá acusar de ingratitud ni de inconstancia en este género de devociones. Hace más de veinte años que este poeta difícil y este pensador riguroso conquistó un público, obtuvo una consagración, despertó un entusiasmo... Primero, fué el autor favorito de los editores de lujo. "Verse magníficamente impreso", decía él mismo, "es un juicio muy precioso y muy temible". Y sus breves ensayos no sólo resistían la prueba, sino que sobre el rico papel y a través de los exquisitos caracteres adquirían de golpe el valor de lo clásico. Después le nombraron académico, a la primera tentativa, contra todas las previsiones. Hoy le crean una cátedra en el Colegio de Francia. Y su debut se convierte en una apoteosis. Si, además de todo esto (que está tan bien, que es tan bonito), se consiguiese que una parte siquiera de su serenidad y de su rigor, de su desprendimiento y de su intrepidez, penetrase en esas masas que propenden como nunca al fanatismo!

LA CORRESPONDENCIA ENTRE MARIA ANTONIETA Y MARIA TERESA

(Continuación de la página 42)

en cambio, otras razones de satisfacción y de orgullo por su conducta".

Como puede advertirse, la emperatriz alterna críticas y alabanzas. Alguien supondrá insoportable esta tutela ejercida por María Teresa sobre su hija. Quizá la califique de odiosa. Nada sería más injusto. Debe recordarse que María Antonieta sólo tenía 15 años al llegar a Francia. Es edad muy necesitada de buen consejo. La emperatriz sabe darlos excelentes y dicta a la delfina su conducta frente al marido: "La única felicidad de este mundo radica en un afortunado matrimonio. Hablo por experiencia. Semejante dicha está en manos de la esposa, si sabe ser complaciente, amable y alegre".

A veces teme ofender a la mimada e inexperta princesa, escribiendo con ternura: "No interpretéis mis frases como reprimendas malhumoradas. Tomadlas como expresión de máxima ternura y preocupación por vos."

En otra carta escribe: "No llaméis sermones ni riñas a mis consejos. Decid mejor: Me quiere tanto mamá que sólo vive preocupada de mi bienestar."

María Antonieta se defiende a veces airadamente contra algunas acusaciones. La emperatriz se regocija, pues ve en ello la prueba del candor y sensibilidad de su hija.

A decir verdad, la situación de esta niña que, por matrimonio, ha dejado de serlo, es trágica. A pesar del casamiento oficial, permanece siéndolo. Su matrimonio, realizado en 1770, solamente se consuma en 1777. Tan extraña situación es la comidilla de la corte. Su posición es excepcional y algo ridícula. María Antonieta lo sabe. Hablando de una hermana suya, próxima a ser madre, en desacuerdo constante con los médicos, exclama: "Me entregaría ciegamente en cualquier mano, sin discutir, con tal de llegar a tal resultado". Y cuando, en 1778, a su vez espera un hijo, escribe:

"Había perdido en tal forma la esperanza de enorgullecerme con la maternidad, que mi felicidad es hoy mayor; a tal extremo de parecerme un sueño".

(Concluye en la página 60)

EULALIA

(Conclusión de la página 5)

mismo el volante. Porque ya sabrá usted que este año no están de moda los chóferes. Unicamente los usan los extranjeros y las personas provectas que ya han entrado en la senectud. Pues iba Norby con unos amiguitos y unas chicas muy distinguidas corriendo a todo lo que daba la máquina, como es natural en estos casos, y con escape libre. Pero como por la mañana habíamos tenido unas copiosas precipitaciones pluviales, el pavimento encontrábase sobresaturado de humedad. Y al llegar a la intersección del camino de la Explanada y la bajada de Playa Grande, siendo aproximadamente las 20 y 30 horas, patinó el vehículo, fuése sobre una de las cunetas que se hallan a ambos lados de la carretera. y se produjo el susodicho accidente. Los amiguitos y las chicas resultaron felizmente ilesos. Y digo felizmente, porque como no se hicieron nada, nadie habló de ellos. En cambio a Norby lo encontraron las autoridades policiales, que llegaron algunos minutos después, de lo más decúbito dorsal, con fracturas internas de pronóstico reservado y escoriaciones en el cabello. De primera intención fué conducido al nosocomio local, pero cuando se dieron cuenta de quien era lo trasladaron al mejor sanatorio de Mar del Plata. Cómo sería de distinguido el sanatorio que nos cobraban cincuenta pesos de emolumentos diarios, sin contar los honorarios de las extras y los aranceles de las propinas. Pero dimos el dinero por muy bien gastado porque en la Rambla, en los hoteles, en Playa Grande, en Camet y en las salas de entretenimientos no se hablaba de otra cosa. ¡Fué un verdadero triunfo social!

—Y el chico ¿estaba muy mal?

—No, no tenía nada. Los galenos que lo atendieron de prima facie se equivocaron, como es de práctica. Pero el suceso había alcanzado tal repercusión y había asumido tan vastas y brillantes proporciones, que lo dejamos a Norby en el sanatorio casi un mes. Lo tuvimos que sacar porque de tanto permanecer en el lecho se estaba enfermando de veras. Lástima, porque no se imagina usted qué delicado espectáculo constituía el conglomerado de visitas que rodeaba todos los días el lecho del dolor. ¡Parecía un romance de cinematógrafo!

—Sin duda, sin duda...

—Narro todos estos pequeños pormenores para que cuando publiquen la foto de Norby pongan abajo un fugaz reportaje comentando el acontecimiento. A todos cuantos estuvieron en Mar del Plata les será grato conservar ese número de ATLANTIDA como recuerdo del accidente. Y créame que van a vender muchos números en el partido de 6 de Septiembre, donde habitan los familiares de las chicas que acompañaban a Norby. A Norby junior, claro está, que al senior no sería yo quien lo autorizara a semejantes performances.

Dijo doña Eulalia.

Y regresó.

LEOPOLDO FREGOLI

(Continuación de la página 22)

de levantarse el telón da un vistazo al público estudiando la fisonomía de sus espectadores. Viste con impecable elegancia un clavel blanco siempre en el ojal, "chic" en todo momento.

A las nueve, última inspección rápida al escenario y una orden:

—¡Arriba el telón!

Por espacio de tres horas representa él solo una obra, dando ilusión de actuar en escena numerosa compañía de actrices y de actores. Sale por una puerta y entra de nuevo encarnando personajes distintos, con tal rapidez en la transformación que el escenario nunca parece desierto. Tiene la "souplesse", la movilidad, la rapidez espiritual y presteza corporal características del comediante italiano.

Ni bien sale del escenario, tres ayudantes se precipitan a su encuentro: uno le arranca la peluca para ponerle otra, el segundo tira las cintas que desprenden al traje masculino, el tercero presenta el vestido femenino. En diez años de práctica su hábil abrochador sabe cerrar los últimos resortes cuando la cabeza del actor se muestra al público o tiene medio cuerpo en escena. Frégoli se viste y se desviste mientras camina. Con absoluta tranquilidad, sin nerviosismo alguno baja la cabeza, recibe la peluca, tiende brazos y piernas para endosar vestiduras con precisión automática tan admirable como el mecanismo de un reloj. Durante ese tiempo, canta. Su voz se transforma como su cuerpo, desde la voz nasal hasta el timbre cálido y abierto de violoncelo. Desde el agudo tono estridente y chillón de una mujer colérica hasta el cavernoso y bajo más profundo. Canta igualmente bien trozos de soprano, de barítono o de tenor, exigidos por el reparto. Sabe parodiar y modular en la forma más cómica del mundo. Si habla precipitadamente se muestra vertiginoso. Pasa de una a otra voz, tartamudea, cecea, pronuncia las frases sin respirar, pero jamás equivoca una sílaba. Modula con tanta virtuosidad su voz, que los espectadores creían oír tres o cuatro cantores juntos.

Frégoli compendia veinte artistas en uno solo. Actor multiforme, desempeña roles de veinte diestros especialistas, haciendo sucesivamente de bailarín, de clown musical, de prima donna, de cantante excéntrica, de príncipe, de comediante y varía sus composiciones desde el noble y venerable padre al fogoso enamorado pasando por camarero, por coqueta, por pisaverde y por marido engañado.

En "El teatro por dentro", el escenario representa una sala de espectáculos al revés.

(Concluye en la página 63)

EXPOSICION REALIZADA EN PARIS

Las crónicas telegráficas recibidas de la capital francesa informaron en fecha oportuna de la exposición de sus obras realizadas en la galería Schoeller por nuestro colaborador don Héctor Cárdenas y bajo el patrocinio del ministro argentino señor Tomás A. Le Bretón. Ofrecemos ahora una nota gráfica recientemente recibida, tomada el día de la inauguración, donde vemos algunas de las figuras argentinas residentes en Francia y de gran figuración social en París.



Florinda Fernández, condesa de Castellane, y nuestro colaborador Héctor Cárdenas.



Sra. Enriqueta Basavilbaso de Catelín, el ministro Dr. Tomás A. Le Bretón y su esposa, doña María Pereira.

Sra. Rosa González de Peña Zemborain, Príncipe de la Tour d'Auvergne, André Schoeller, Abel López y Ricardo Peña Zemborain el día de la inauguración.

LA CORRESPONDENCIA ENTRE MARIA ANTONIETA Y MARIA TERESA

(Conclusión de la página 58)

Tema escabroso y delicado, que permanecería en el misterio, a no haber influído tanto en el carácter de la despreocupada princesa, tornándola agitada, frívola, con inconsecuencias de conducta originarias de su perdición.

Por mucho tiempo la conturbó la dicha ajena, dicha desconocida para ella. Veíase "sofocada" ante esa alegría, teniendo plena conciencia de ser un estado natural y legítimo. Por no amargar semejante alegría natural de los otros, ocultábase para llorar su tristeza. Pero ni bien secaban las lágrimas en sus ojos, corría a olvidarla en fiestas y diversiones. Placeres bien inocentes, por cierto, a los cuales se dió carácter de culpables.

Por las cartas, siempre viajeras entre París y Viena, adviértese un cambio fundamental.

La niña de otrora ha conservado su frivolidad, pero es ya consciente de su importancia. Muéstrase respetuosa y confiada en la madre; pero la correspondencia delata algunos disimulos, engaños e impaciencias de la joven reina. Ya no es delfina, sino reina de Francia. ¿No hay sorda irritación en estas palabras? "Me aflige ver que mi querida mamá cree todos los cuentos e informes exagerados desfavorables para mí".

Astutamente ha tomado por hábito escudarse con el nombre del rey. Si va a bailes y salas de juego con el conde de Artois y otros jóvenes, es siempre con permiso del rey.

Si el duque de Guines es bien recibido en su sociedad, no lo es menos en el círculo del rey. Si el rey se manifiesta espléndido con la marquesa de Polignac — cosa muy halagadora por cierto, — no es ella quien lo ha pedido.

¿Qué responder a semejante astucia?

En 1775 prodúcese un incidente que motiva seria intervención de María Teresa. El conde de Rosenberg, hombre de confianza de la emperatriz, ha recibido de María Antonieta una carta irrespetuosa para el rey, donde se revela mezclada en toda clase de intrigas políticas. Rosenberg no se creyó autorizado a ocultar la carta. Gran indignación de José II, que preparó una severa amonestación para su hermana. Pero fué María Teresa quien le escribió el 30 de julio:

"No puedo ocultaros mi gran consternación ante vuestra carta dirigida a Rosenberg. ¡Qué estilo! ¡Cuánta ligereza! ¿Dónde está el corazón generoso y bueno de la archiduquesa Antonieta? Sólo veo intriga, odios vulgares, espíritu de persecución, burlonería... Intrigas dignas de una Pompadour o una Barry para conquistar un sitio elevado, pero indignas de una reina".

A lo cual contesta María Antonieta: "Ser comparada con una Pompadour o a una Du Barry, para cubrirme de epítetos injuriosos, no es cosa conveniente a vuestra hija".

Pero después añade: "Mi querida mamá juzga impropio el estilo de mi carta. Inclino la cabeza esperando me juzgue, en otras circunstancias, tan favorablemente como creo merecerlo".

María Antonieta manifestóse satisfecha con la explicación, pero guardó inquietud. Vinieron a sumarse otros sinsabores para la emperatriz. Los tiempos son duros para Austria. Debe defenderse contra Prusia. María Antonieta está en condiciones de fortalecer la alianza entre Viena y París. Así lo exige el interés de ambos países. En más de una ocasión, Francia demuestra chocante indiferencia. María Teresa pide a María Antonieta intervenga ante el rey y los ministros, sin comprometerse personalmente.

Así permaneció hasta su muerte, ocurrida el 29 de noviembre de 1780, dando a su hija pruebas de inextinguible ternura, ternura llena de ansiedad maternal.

Diríase un presentimiento de su trágico fin, una visión del desgraciado porvenir de María Antonieta.

Por ello encontramos tan conmovedoras las exhortaciones materiales que llenan las páginas de la correspondencia materna, como las mundanas gentilezas de esa joven reina para quien el mundo sólo significaba el placer de vivir.

LA NIÑA CRESCENCIA

(Continuación de la página 46)

—"¡Ajá!" — aprobó abuelita, con sorna.

—"Bueno, y unos guitarreros entraron a templar, y después vin'un preludio, y después arrancaron con unos compuestos de lo más floridos que cantaron, ¿sabes?... Pero se tráian el cuchiyo abajo'el poncho. Y en cuantito arrancaron con el segundo pie... ¡Vieras los versos! ¡Una purita inmundicia! Yo hervía de rabia, che. Aisos forajidos..., ¡no podía mandarlos a cantar safadurías mi candidote, l'inginiero gringo! Quise manotiar el pito pa yamar al gobierno pa que los pusiera n'el cepo a los safaos, pero no lu'hayé. Entonces m'eché encima una cubija y agarré la tasa pa rociarlos. Me arrimé despacito a la ventana, y... ¿qué oigo?... qui'uno'e los cantores, mientras puntiaba un alegre, le decía áise facineroso: —"Pasemé l'otro pié, Dieguito". (Y estaban sofocando las risadas). Y en eso dieron un golpaso tremendu'en la ventana, y él mismito, el bandolero'e tu nieto, me gritó: "¡Ché, Crescencia, abríme que soy el inginiero gringo y vengu'a quedarme con vos!" ¿Te parece bien con una niña?

(Abuelita llevó el pañuelo a la boca para sofocar una carcajada).

Yo, con la dignidad de la inocencia ofendida por una vil sospecha, reaccioné:

—Mire, Crescencia; en todo eso debe haber una confusión lamentable. Yo soy un caballero incapaz de faltar el respeto debido a una niña. Usted, seguramente ha visto mal, y me ha confundido con algún cachafaz de esos que andan haciendo judiadas a deshoras de la noche. Además, sabe lo amigo que soy de su candidate, el inginiero gringo... ¿Cómo puede suponer entonces que voy a ponerme a ofender a la novia de mi amigo?

Eso fué "santa palabra".

La rabia de la "niña" desapareció como por ensalmo. Y lo corroboró con un más suave:

—Tá bien, entonces. Así ha'e ser nomás.

Y dirigiéndose a mi abuela, me desagravió con un:

—Si este cachafaz sabe ser simpático cuando quiere.

Aunque parezca imposible, la "niña" Crescencia alguna vez fué joven.

Había llegado soltera a los ochenta y tantos..., pero a causa de un fracaso sentimental.

(Por la boca maligna de doña Pepa Ramallo pude saberlo).

Comentaban con Abuelita las chocheras de Crescencia, sus risibles amoríos imaginarios — para los que mi abuela tenía una sonriente tolerancia — cuando doña Pepa barbotó venenosamente:

—No, misia Socorro. Si esta Crescencia ha sido siempre media destorniyada. Acuerdesé de lo del general Mansilla. Bien se sabía q'el general estaba empliao con l'hermana e'don Juan Manuel — que Dios tenga en la gloria que merece — y que hasta Dios les había favorecido con hijos. Y sin embargo, acuerdesé, misia Socorro, del campanaso que dió pal baile en lo'e don Facundo. Ni era una chiquitita tampoco, pa sentarse en la falda'el general...

(Y yo, sorprendido y "escandalizado", no pude menos que decirme para mis adentros: "¿Ajá? ¡Muy bien, "niña" Crescencia! ¿Conque usted también había tenido sus "indios muertos?")

Arrugado, apergaminado en pliegues a lo escuerzo, el rostro de la "niña" Crescencia era un espanto. Pelada casi por completo, agravaba la calvicie vergonzante de sus pocos pelos blancos, con retazos de pelucas que le fueron regaladas por distintas dueñas. Sobre esos retazos extendía cepilladas desparejas de betún líquido, de modo que la fragmentada peluca era: a trechos, negra renegrida; a trechos, verdosa; a trechos, anaranjada; marrón, ceniza... ¡y el diablo en coche!

Añádase a esto una profusión de moños multicolores.

Las cejas — como ya he dicho — se dividían en varios sectores que la rústica tintura trocaba en "arratonada" pelusa...

Los pómulos, atravesados de arrugas, se teñían del rojo amapolado que daba el género humedecido de una colcha; rojo amapolado que, en tonalidades diversas, bajaba para pintar los labios marchitos y hasta el mentón de piedra pómez.

De las orejas, arrepolladas, pendían unos aros enormes.

Las prendas que ceñían su cuerpo enjuto, esquelético, de enana casi jorobada, eran como el muestrario de un "baratillo".

Allí entraban todos los colores.

Batas amarillo limón, polleras rosadas, medias azules a círculos verdes, al cuello un pañuelo rojo "incendio": Crescencia parecía una verdadera cacatúa.

Sobre el pecho de tabla: cadenas, collares, dijes y abalorios, hacían fondo a una herradura descomunal, que merecía su predilección por ser obsequio del general Mansilla, y que ella — en su lengua pintoresca — llamaba "La cerradura".

Confieso que los amores con el "inginiero gringo", su "candidote" — como ella decía por decir candidato — fueron urdidos por mí.

Era tal su falta de juicio — y tan precaria su visión — que: una noche de carnaval, como no me reconociera, me le presenté como un ingeniero (¡amigo mío!) que estaba en el pueblo para unos trabajos del ferrocarril. (Para mejor arreglar la cosa, le dije que yo me había embarcado esa tarde para la capital).

En mi papel de ingeniero alemán, no me mostré insensible a sus regocijantes coqueteos, y la cortejé asiduamente.

Durante la comida, mientras le servía de beber en abundancia, estreché el asedio. Y para los postres, cuando Crescencia estaba decididamente "entre San Juan y Mendoza"... ya nos tuteábamos, "formalmente" comprometidos.

(El inconveniente bravo del asunto, era que, con cualquier pretexto, apoyaba su mano sobre la mía. Y la impresión de esa mano húmeda, fría, viscosa, cuyo dorso azulado se afelpaba de una pelusa negruzca, me producía un asco escalofriante).

Después de la comida memorable

(Concluye en la página 65)

a



b



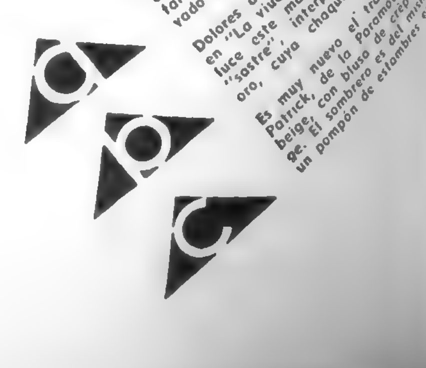
c



Los sombreros pequeños continúan siendo los favoritos de Hollywood; he aquí un [illegible] modelo de terciopelo [illegible] de celofán negro, ideado por [illegible] original adorno [illegible] y llevado con gracia por Astrid Allwyn, de la Fox.

Dolores del Río, quien desempeña el rol estelar en "La viuda de Monte Carlo", de Warner Bros., luce este magnífico traje de noche de línea "sastre", interpretado en laminado de [illegible] oro, cuya chaqueta lleva capucha de [illegible]

Es muy nuevo el traje que aquí presenta [illegible] Patrick, de la Paramount, interpretado [illegible] beige, con blusa de crêpe "polka" [illegible] ge. El sombrero es del mismo color [illegible] un pompón de estambres en la [illegible]



LEOPOLDO FREGOLI

(Conclusión de la página 59)

Frégoli, de espaldas al público del Olimpia, canta y baila a través de decorados transparentes, vuelve, pasa a manos de sus ayudantes, peluqueros, zapateros y tramoyistas, en una palabra, realiza sus transformaciones a la vista de los espectadores, con prodigiosa rapidez.

En "Lección de música", gracias a sus dones de ventrílocuo desempéñase a la vez como pianista, cantatriz y cantor aparentando la existencia de diversas personas cuyas voces se responden.

En su "sketch" "La honestidad" personifica, en una sala de redacción, al candidato electoral, a la dama de beneficencia, al pintor, a la cantante italiana, al marido, a la mujer, al amante y al regente de imprenta.

Pero es en "Eldorado" — "extravagancia para todos los gustos — original de Leopoldo Frégoli — con sesenta transformaciones" donde el artista despliega su talento máximo. Es el hombre Proteo, el hombre "music-hall" en una sola persona, bajo los aspectos más disímiles; un chino malabarista, una cantante francesa, un barítono, una novelista, un músico excéntrico, un gomoso, un ventrílocuo, un imitador de hombres famosos y de directores de orquesta, baila la danza serpentina de Loie Füller y, finalmente, hace pruebas de ilusionismo con su propia desaparición.

Con la mayor desenvoltura pasa de un personaje a otro. Apenas desaparece por una puerta bajo el aspecto de un ebrio con rostro empurpurado y vacilante paso, cuando entra por otra, encarnando a una dama mundana, super-elegante, cubierta de plumas y joyas deslumbrantes.

Actitudes, sonrisas y gestos se hallan perfectamente adaptados al nuevo personaje copiado con exacta naturalidad.

Como periodista, Frégoli posee el arte de captar el rasgo típico para fijar un carácter. Sus imitaciones de los grandes músicos dirigiendo su orquesta son espirituales retratos. En la cabina del apuntador se disfraza para imitar, en un segundo, a Mascagni, Gounod, Suppé, Wágner y Verdi. La orquesta hace oír un trozo de "Fausto", de la "Traviata", de "Cavalleria rusticana", de los "Maestros cantores" y la cabeza de Frégoli emerge maquillada en Gounod, en Verdi, en Mascagni, etc., para dirigir con la clásica batuta a la manera de esos músicos.

Llamarle mimo es poco. Frégoli constituía por sí solo todo un espectáculo.

Sus fantásticas transformaciones de inesperados personajes con velocidad inexplicable para el espectador, su asombroso dinamismo, su rapidez y justeza en maquillarse, hacen la delicia de los concurrentes al Olimpia. Por espacio de muchas semanas los diarios más importantes de París, los críticos de renombre y los escritores no hablan más que de Frégoli. Siete meses dura la memorable temporada fregoliana. Para el artista no puede ser más halagador como triunfo. Gana cien mil francos oro mensuales, es decir, alrededor de tres millones y medio de francos actuales, en los siete meses... Pero tiene considerables gastos. Veinte personas de servicio para trasladar, con sueldos y viajes correspondientes. Por otra parte, Frégoli es hombre generoso hasta la prodigalidad, lleno de caprichos y fantasías... Más que fortuna, posee gloria. De 1900 a 1910 Frégoli aparece con frecuencia en los escenarios del Olimpia, Alhambra y Trianon, dando sus espectáculos con ligeras variantes de circunstancia o de título.

Para demostrar la inexistencia de algún "sosías", como insinuara la incredulidad de quienes se resistían a creer en su arte mágico de transformista relámpago, utiliza el cinematógrafo, recién inventado entonces, para develar al público el secreto de sus metamorfosis.

Estalla la guerra. Frégoli recuerda su actuación como animador de las tropas en la expedición de Massauah, un cuarto de siglo atrás, y se dirige al frente en 1915, con propósito de divertir a los soldados italianos y levantar su espíritu, en la misma línea de combate, bajo el fuego enemigo.

Reaparece en París en 1916 con motivo de una fiesta benéfica. Firmada la paz, hace otro viaje al Brasil. Linda ya en la cincuentena. Pese a su gran energía, siente el esfuerzo exigido por su arte y tiene la sensatez de retirarse, abandonando las tablas en 1918, antes de ver declinar su fama.

Habita su villa suntuosa de Viareggio, a la sombra de frescos pinares, ante el azul del bello mar toscano, en la dulce placidez de la "Riviera ligure".

Le hacen magníficas propuestas para nuevas jiras. Si quiere, puede volver a reinar en París, utilizando los modernos inventos escenográficos, el cine, la iluminación, el grafófono.

Pero rehusa. Piensa en la traición de los años. Su perspicacia le dice también que su género ha pasado de moda. La presente generación no puede gustarlo, habituada a las actualidades trepidantes del cine norteamericano y a sus belicosas cacerías de gangsters.

"Mi número fatigaría inevitablemente al público de hoy — declara a sus amigos — y no quiero empequeñecer una reputación conservada intacta. Ahora descanso no transformándome más..."

Escribe sus memorias en tan dulce retiro y las finaliza pidiendo este epitafio sobre su tumba:

"Aquí, Leopoldo Frégoli realizó su última transformación".

Murió el 26 de noviembre de 1936, en Viareggio, a sesenta y nueve años, llevándose el recuerdo de toda una generación abigarrada y decadente que supo imitar y parodiar magistralmente en sus inolvidables espectáculos de "Compañía de Fin de Siglo".



LA VISITA DEL SEÑOR JAMES D. MOONEY

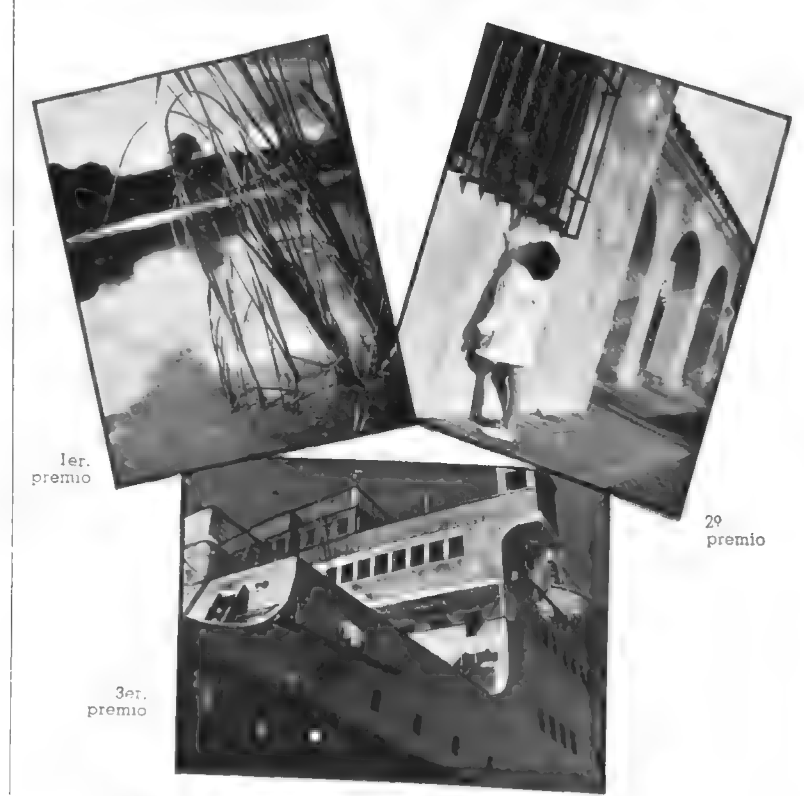


En viaje de inspección de los mercados sudamericanos ha llegado a nuestro país el señor James D. Mooney (x), vicepresidente de la General Motors Corporations y presidente de la General Motors Overseas Corporation.

El viajero, a quien acompañan su esposa y la señorita Martha Jane Mooney, aparte de sus notables condiciones de hombre de negocios, es reconocido por sus libros y artículos publicados en la prensa mundial como un escritor vigoroso, siendo su especialidad la economía política.

En esta oportunidad el señor Mooney tiene el propósito de apreciar los adelantos operados en la Argentina desde que la conoció, hace diez años atrás, hasta la época presente.

CONCURSO FOTOGRAFICO



Los tres primeros premios clasificados en el concurso recientemente organizado por la Agfa Argentina.

¿QUIEN ES CULBERTSON, EL DEL BRIDGE?

(Conclusión de la página 40)

Pero es en su cuartel general de "Bridge World", en el piso 19 del Rockefeller-Plaza, donde se ve a Ely Culbertson en plena acción, ya corrigiendo pruebas en su revista de combate, en la que los discípulos se defienden y se hunde a los adversarios, ya inspeccionando la organización de la Copa Mundial Culbertson, "The World Olimpic". En esa tarea sus empleados preparan, sellan y expiden paquetes conteniendo "manos" ya hechas y que serán abiertas el mismo día y a la misma hora por los millones de concurrentes a la copa.

—Si quisiera sostener una paradoja — decíanos un especialista americano — afirmaría que Culbertson no sabe jugar al bridge. Pero la verdad es menos cómica: el inventor del bridge-contract no ha ganado un solo torneo importante desde hace muchos años y no es posible incluirlo entre los diez mejores jugadores, practicando su sistema.

—Por eso es profesor — respondimos. — Unicamente se enseña bien aquello que se sabe mal.

¿En qué reside el poder de Culbertson, pontífice del bridge? Ante todo en su convicción olímpica de que nadie puede disputarle el trono. En momentos de sinceridad suele confesar:

– Soy, simplemente, la inteligencia más grande de la historia. ¿Qué hace falta para comprenderlo todo? Ser un poco loco. Luego yo, el mejor jugador del mundo, debo, necesariamente, ser más loco que todos los otros.

Tales paradojas entusiasman a los norteamericanos, y es gracias a estas fórmulas impresionantes, a sus frases crueles, repetidas por la prensa, que Ely Culbertson mantiene su reputación con más fundamento y seguridad que por matches victoriosos. Declara, por ejemplo:

—Un hombre que no se pelea nunca con la mujer en una mesa de bridge, está maduro para el divorcio. El bridge es para los esposos un medio de volcar los conflictos latentes. ¡Disputaos mucho y con frecuencia!

Los grandes diarios inscriben, en sus primeras páginas, la "boutade" del profeta, anteponiéndola a la política nacional e internacional.

La publicidad de Culbertson vive de pequeñas escenas bien arregladas, que se reparten en copias entre los redactores neoyorquinos. Cierto día, en el transcurso de un importante torneo Ely permaneció [illegible] segundos pensando su declaración. Su "partenaire", cansado, abandonó la mesa y el incidente se comentó ruidosamente en la prensa.

Otra vez — en 1932 — Culbertson lanzó un desafío de cinco mil dólares contra mil a Sidney Lenz, su rival peligroso, inventor de otro sistema. El match debía prolongarse por espacio de un mes, a partir del 7 de diciembre. Los periódicos le llamaban nada menos que el combate del siglo.

El día señalado, reporteros, cineastas y espiquers invadieron el departamento de Ely, en el hotel Chatham. El primer truco de Culbertson fué hacerse esperar una hora por sus adversarios. Al llegar, en vez de pedirles excusas, gritó:

—¡Mis anteojos! ¿Dónde están mis anteojos?

Y se puso a buscarlos, siguiendo métodos de inducción psicológica que explicó a los presentes. Finalmente los encontró envueltos en un piyama dentro de un cajón del escritorio.

América toda palpitaba ante las incidencias del match, bien conducidas por la publicidad, y devoraba detalles.

El segundo día, Mrs. Culbertson sufrió un desvanecimiento y se retiró de la lucha so pretexto de ocuparse un poco de sus dos hijos Bruce y Joyce. Y ciento cincuenta millones de seres humanos debieron apasionarse por el vahido de Josefina y por la educación de los pequeños Culbertson.

Por fin, el 9 de enero, terminó la carrera con la victoria del profeta.

● ¿Veremos un día legislar en política a este hombre? Después del plan Young y del plan Dawes, ¿habrá un plan Culbertson? Todo es posible si debemos creer en sus manifestaciones hechas en París con motivo de su último viaje.

El profeta Ely predijo una gran revolución en Estados Unidos. Semejante declaración impresionó mucho al auditorio por venir de un hombre que hizo una revolución en la calle y en las costumbres.

—Una revolución — dijo Culbertson — se cocina como un asunto de publicidad. Todo hombre inteligente es capaz de dirigir las masas a voluntad. ¡Mirad lo que hice con el bridge!

Luego agregó:

—¿Qué necesita un hombre para triunfar? Enemigos. De éstos, fabrico yo a voluntad. También amigos. Es muy fácil hacerme de un amigo. No tengo más que dedicar mi libro a cualquier cretino, escribiendo: "Al señor Dupont, uno de los mejores jugadores de bridge del mundo". Y firmo: "Ely Culbertson". Hace falta también "de la tenue" — prosigue el maestro. — Por ello voy siempre extremadamente bien vestido.

● Un camarada predijo, en París, al emigrante pobre:

– Ely, tú serás profeta.

Y Culbertson, diez años después, pudo considerarse el pontífice del bridge...

Pero en Nueva York muchísima gente le llama todavía: el Barnum del bridge.

La conclusión está entre esas tres fórmulas.

LA NIÑA CRESCENCIA

(Conclusión de la página 61)

del "compromiso", no volvió Crescencia a ver al "inginiero gringo" de sus sueños.

Yo simulé "volver del viaje".

Y cuando la enamorada "niña" me acosaba a preguntas, salía del paso con la mar de disparates: que el "inginiero gringo" estaba en Rosario, disponiendo la construcción del palacio que habitarían. Que había ido al Baradero para comprar el "ciroplano" en que harían el viaje de bodas. Que se había marchado a "la Uropas" para elegir los muebles "sobredoraos" — como ella decía — con que amueblar el "palacio". Que estaba en China, escogiendo el "ligerito" — nombre que ella daba a los automóviles — en que harían idílicos paseos...

Ella, todo lo creía.

Y, nueva Penélope de su imaginario Ulises, tejía y destejía la tela de sus sueños absurdos de enamorada senil.

En los últimos tiempos — quizá para ahogar la melancolía de la ausencia — la "niña" Crescencia comenzó a mostrar una decidida predilección por los licores espirituosos.

Ya no le bastaba el vino que — en los descuidos de mi abuela — se le servía "a pasto" durante las comidas. (Porque Crescencia, aunque vivía sola en su casita, almorzaba y comía con nosotros).

Ya no le eran suficientes las repetidas copas de licor que "mandaba a pecho", durante las sobremesas...

Ahora, había caído en la gracia de sentir dolor de muelas durante todas las siestas y, con tan "fausto" motivo, diariamente llegaba una chinita vecina de Crescencia con el mandado:

—Dice la "niña" Crescencia que está loca del dolor de muelas, y que si le hacen el favor de enyenarle de coñá esta boteyita, pa que se le pase'l dolor con unos buches...

Con los años, y a medida que se iba haciendo de más en más cegatona y se intensificaba en ella su afición por empinar el codo, la "niña" Crescencia adquirió otra "encantadora" habilidad: se hizo cleptómana.

Ajustada en la cintura por un cordón — entre enagua y pollera — puso una bolsa, abierta mediante un bolsillo disimulado.

Bueno. Todo era pasar junto a un objeto cualquiera, y la mano peluda de la "niña" se deslizaba despacito, sin apuro, mientras su rostro asumía un aire de candidez conmovedora.

Agarraba... lo que pudiera.

Y con la misma parsimonia, sin la menor precipitación, el robito iba a parar a la bolsa.

Durante las comidas, iba sustrayendo así: aros de servilleta, cucharitas, hasta ceniceros y cajas de fósforos.

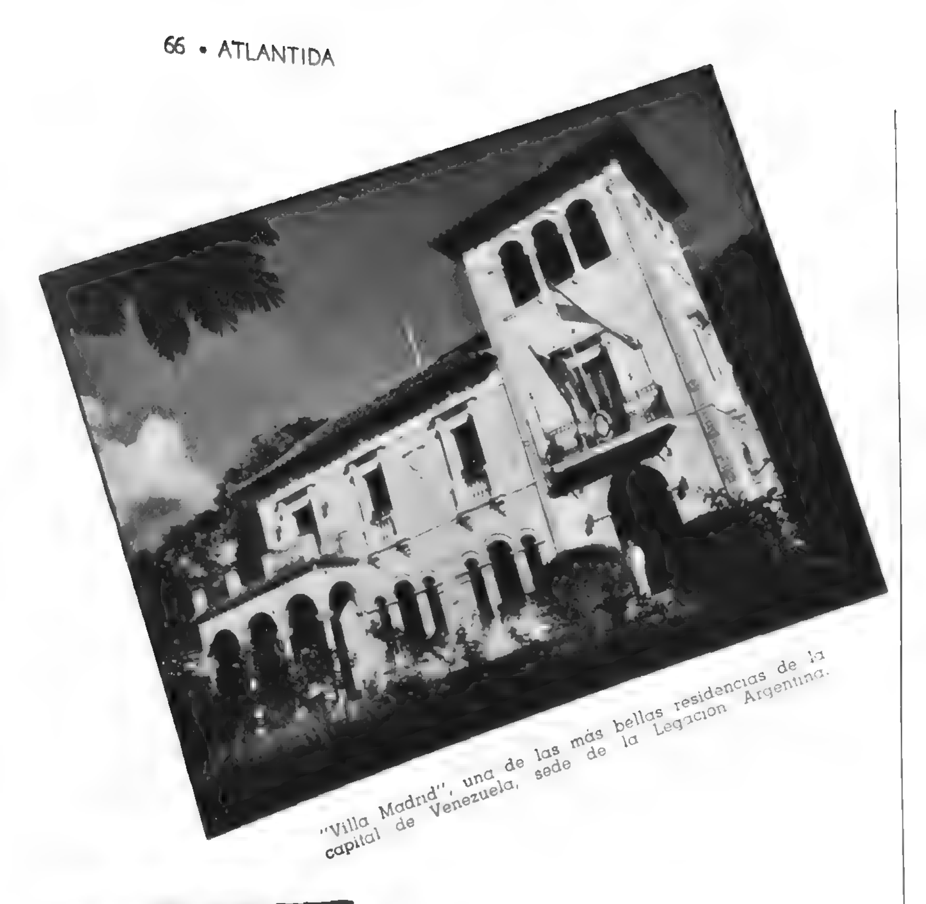
Y era de ver la lucha sorda que se empeñaba entre los de la casa, por alejarle el objeto de su codicia; y ella, por apropiárselo.

(Todo esto, sin que sus facciones revelaran el mínimo cambio de expresión).

En cuestión de modas modernistas, la "niña" Crescencia fué la más aventajada y vanguardista precursora.

Un día se hizo presente en casa de mi abuela con un descote descomunal de ajados encajes, y con la pollera tan corta, tan sobre las rodillas, que los palitos velludos que le servían de piernas, tenían de sobra para lucir unas medias cortas de hombre que yo le había regalado.

Al día siguiente de lanzar esa moda futurista, la "niña" Crescencia fué internada en un asilo.



"Villa Madrid", una de las más bellas residencias de la capital de Venezuela, sede de la Legación Argentina.



Dr. Honorio Leguizamón Pondal, ministro argentino en Venezuela.

La Legación Argentina en Caracas

Motivo de orgullo para los argentinos con residencia permanente o transitoria en Venezuela es la sede oficial de la representación argentina en Caracas, instalada en "Villa Madrid", una de las más hermosas residencias de la capital venezolana. Desempeña nuestra representación diplomática el ministro plenipotenciario doctor Honorio Leguizamón Pondal.

Nuestra embajada cumple desde ahí su labor oficial dentro del marco impuesto por el protocolo sin olvidar otras actividades sociales e intelectuales cuyas tareas de organización son compartidas por la esposa del ministro Leguizamón Pondal, doña Josefina de Assa Vicuña.

Fruto de esas actividades es la prestigiosa categoría de sus reuniones sociales y la creación de asociaciones y centros de estudios que, como los "Amigos de San Martín", facilitan el intercambio intelectual y reciben el eficaz apoyo del presidente de los Estados Unidos de Venezuela, Dr. López Contreras.



Doña Josefina de Assa Vicuña de Leguizamón Pondal.



Comedor de la ... -ísima colección de p... las vitrinas y...

Un salón de la residencia. En la pared del fondo retrato de la señora de Leguizamón Pondal, por Barthold.

LA PREDICCION QUIROSOFICA

Por JOAQUIN GOMEZ BAS

Daba lástima verlo; y a quienes lo conocíamos de muchos años antes, cuando irradiaba salud y desbordaba optimismo, nos causaba más compasión todavía; y lo contemplábamos con esa conmiseración imposible de disimular y que nos lleva a estar de acuerdo incondicionalmente con la más desacertada opinión de los amigos próximos a transmutarse en esqueleto.

Cada día que transcurría se empequeñecía más, se arrugaba como castaña pilonga, y había llegado a ser para nosotros, que lo apreciábamos sincera y profundamente, el primer tema de conversación en cuanto nos reuníamos en aquel improvisado círculo de aburridos con pretensiones de no aparentarlo, que indefectiblemente realizábamos en casa de un amigo magnánimo y un poco idiota.

A medida que íbamos llegando, luego del saludo de práctica esbozado con un simple cabeceo, surgía la pregunta, ya casi innecesaria a fuerza de ser la misma:

—¿Y? ¿Ha muero ya?

—Todavía no sabemos nada — respondía uno cualquiera, e iniciábamos una partida del juego que primero se nos ocurriera, pero sin entusiasmo, sólo por pasar el rato hasta que llegase otro de los asiduos con la noticia esperada y que nos haría levantar todos a una para ir a contemplar al pobre amigo en la postura eternamente supina.

Una vez llegados todos, y considerada la expectativa defraudada, nos tranquilizábamos y continuábamos jugando, ya con más interés, hasta vernos interrumpidos por el personaje de marras.

Infaliblemente, siempre era el último. Consciente de nuestra inquietud acerca de su cercana y segura desaparición, había adquirido la costumbre de aparecer cuando ya lo dábamos perdido para siempre, y hasta nos parecía advertir en su mortecina mirada una chispa fugaz de desafío, tal si quisiera demostrarnos que aún conservaba energías para mantenernos en la incertidumbre más tiempo de lo que suponíamos.

Luego, con un saludo breve, sentábase, y en un silencio que nos aplastaba, permanecía momificado en su silla, mirando sin ver a nadie, oyendo sin escuchar, como si estuviese solo, como si se hubiese sentado nada más que para que la muerte no lo sorprendiese de pie.

(Concluye en la página siguiente)

LA DECADENCIA DEL PROTOCOLO

(Conclusión de la página 32)

Diríase, pues, que el mantenimiento de sus hieráticas reglas de corte tiene más de apego a lo viejo que de amor a lo brillante. No se va a un baile a palacio en Londres sin calzón corto, por ejemplo. Era un rey tan liberal, y tan de manga ancha para muchas cosas, como Eduardo VII, y no fué el menor de los éxitos diplomáticos del embajador Paul Cambon el convencerle de que dispensase de ese deber al presidente Loubet y al ministro Delcassé, huéspedes de honor de Inglaterra, y que evitase así a todos las cuchufletas de los caricaturistas de París y las bromas de las revistas del boulevard.

En cambio la corte papal, sede de lo eterno e intangible, une a lo añejo lo brillante, y hermana a lo inmutable, que es condición divina de la nave de Pedro, el fausto romano. Cierto que, más a la derecha o más a la izquierda del término medio, hay Papas que no ceden un ápice del honor que les es debido, y Papas que sufren la tiranía de su alta dignidad; y así, después de un León XIII, cuya sandalia besaban humildemente las princesas, viene un Pío X, que añoraba el honesto placer de comer en familia una "macarronatta". Pero unos y otros ofrecen a la mirada de los hombres el fausto y esplendor máximos de la tierra, cuando bendicen desde lo alto de la silla gestatoria, precedidos de mitras, anunciados por trompetas de plata, escoltados por los Cardenales — púrpura y armiño, — y aclamados por el pueblo fiel — los brazos en alto, las rodillas en tierra; — o cuando en la tibia y dulce mañana de Jueves Santo conducen procesionalmente la Santa Custodia desde la Capilla Sixtina a la Paolina, bajo el alto palio de oros apagados, entre nubes de incienso y cantos litúrgicos, bajo el sol oblicuo que baja de los ventanales y lo envuelve todo en una gaya luz de Pascua... Después de ver eso no hay ya nada que admirar en el mundo en punto a la representación del poder y de la majestad. Y mucho más discreto que intentar un remedo caricatural, es renunciar al protocolo y adoptar el aire tranquilo de la reina Guillermina de Holanda, por ejemplo, o salir al balcón con los brazos abiertos y la cara iluminada por la risa y el optimismo como Roosevelt o como el nuevo presidente Ortiz.

CASA HARRODS: "OTOÑO-INVIERNO: 1938"

Un notable exponente de la moda es el catálogo de "Otoño-Invierno" que acaba de publicar la Casa Harrods. Su presentación — superior a todas las anteriores — se caracteriza por el lujo de detalles y por la profusión de sus grabados. Sus 130 páginas contienen todo cuanto la moda ha creado para la mujer, el hombre y el niño; nutrida exposición de artículos referentes al confort del hogar y, al final, amplio anexo de gran utilidad con instrucciones referentes a la forma de tomar las medidas. La portada, de Vidal Quera, en citocromía, es una nota artística y elegante.

Lo extraordinario del caso es que aquel ente semicadáver se extinguía irremediablemente sin estar atacado por enfermedad alguna. Se moría tan sólo porque le habían predicho que debía hacerlo en el término de dos años, inexorablemente.

Y tan al pie de la letra había asimilado la profecía, que tuvimos que reconocer nuestra impotencia para desarraigar de su espíritu la fatídica conjetura.

La autora del macabro presagio había sido una de esas pitonisas a tarifa estipulada según la candidez de la víctima, a la cual acudió nuestro susceptible amigo para que le pronosticara su porvenir.

Luego de un sucinto y espectacular examen de las líneas de sus manos, la quirósofa emitió su oráculo sañudamente, sin consideración alguna, quizá por haber sentido menoscabado su prestigio profesional ante los paupérrimos honorarios con que seguramente habrá compensado sus servicios nuestro no muy desprendido amigo.

A partir de aquel funesto día el aprensivo camarada se dejó languidecer estoicamente, sin intentar siquiera poner en tela de juicio el quiromántico pronóstico, y sin tener en cuenta para nada las sensatas palabras con que todos nosotros, conscientes de su excesiva sensibilidad y condolidos de su desventura, intentábamos llevar a su espíritu maltrecho la tranquilidad.

—No hagas caso — le decíamos; — la hora de la muerte no puede ser una predicción a plazo fijo. Vivimos porque no sabemos cuándo vamos a morir. Si esto fuera posible, no valdría la pena seguir viviendo; a algunos se les haría demasiado lejana para resistir tanto tiempo, y a otros les resultaría tan cerca que les parecería ridículo malgastar las últimas horas en seguir luchando por la vida. Ya ves cómo la Providencia, previendo esto, ha dispuesto que el hombre debe ignorar mientra viva el día que tiene señalado para inaugurar el hoyo.

No había manera de convencerlo; las palabras fatídicas habíanse metido tan profundamente en su caletre, que no podía alejar de sí la visión terrorífica que para él significaba la rectangular hoja del calendario en donde, con amenazantes curvas y rectas imponentes, se destacaba la temida cifra que señalaba la fecha de su desaparición.

Le aconsejamos por fin que acudiera de nuevo a la desconsiderada bruja requiriendo un examen detenido con la esperanza de una probable palinodia, recomendándole que fuese algo más espléndido en su remuneración, sistema infalible para conseguir consecuencias halagadoras.

Lo intentó; pero fué inútil; ya le quedaba solamente un año de vida.

Y nuestro pobre amigo siguió arrugándose, y nosotros haciendo todas las noches la consabida pregunta:

—¿Y? ¿Ha muerto ya?

Una noche faltó a la reunión; nadie supo más de él; inútiles fueron las averiguaciones que hicimos a su respecto. La tierra se lo había ingurgitado sin dejar rastros.

Recorríamos ávidamente los avisos necrológicos de los periódicos, pero abandonábamos desencantados la tarea; su nombre no aparecía por ninguna parte.

Un ocasional confidente nos comunicó la noticia ansiada, aunque no la que esperábamos.

Se había embarcado sin despedirse de nadie, sin dar dirección alguna.

Respiramos tranquilizados, y elevamos en silencio una fervorosa oración a su memoria.

—¡Pobre! — dijimos. — ¡Ha querido morir en su tierra!

Y más en silencio todavía le agradecimos el habernos evitado el gasto de la corona.

• Pero cierto tiempo después de la escena precitada, un sujeto imponentemente robusto me salió al encuentro en un parque solitario. La impresión me dejó turulato. No porque me considerase a merced de un descorazonado asaltante, sino porque, a pesar de su inconcebible metamorfosis, había logrado reconocer en el intempestivo sujeto al raquítico amigo que ya habíamos hecho difunto en nuestro recuerdo.

—¿Cómo? — le dije. — ¿Eres tú? ¿No te habías muerto? ¿Y la predicción de la quirósofa? ¿No habías ido a morir a tu tierra?

—No — me contestó con un vozarrón que parecía un tronido; — a mi tierra fuí a restablecer la quebrantada salud; ya no creo en brujas ni en sus oráculos, y reniego también de la quirología...

—Me alegro... ¿Y cómo fué eso?

—Porque poco antes de marchar fuí a verla por tercera vez...

—Y te dijo lo contrario, ¿verdad? — inquirí.

—Me volvió a decir lo de siempre, que ya sólo me quedaba un año de vida...

—¿Y entonces?

—Pero es que la última vez que fuí iba conmigo un señor deseoso también de que le predijeran el porvenir. Cuando salíamos me comunicó, con un júbilo que no le cabía en el cuerpo, que la pretensa adivina le había asegurado que iba a vivir arriba de cien años... Esa fué mi salvación...

—¿Y cómo?

—Porque apenas habíamos caminado veinte pasos, cuando de no sé qué tejado se desprendieron cuatro metros de cornisa, y cayendo sobre mi alborozado compañero me tuve que descubrir ante un cadáver.

—¡Qué pena me da esta chica! Sufre de histeria, de neuralgias, de neurastenia y de mixedematosis.

—¿Y dónde ha pescado todas esas enfermedades?

—En los libros de medicina que lee.

LA CASA DEL GRILLO

(Continuación de la página 45)

Al día siguiente era domingo. Pues manos a la obra: una bata vieja, unos pinceles, un frasco de esmalte blanco...

—¡Qué hermoso es trabajar cantando! — decía él. — Mi desgracia mayor es no poder hacerlo en mi oficio.

Y pintaba, empapando apenas la brocha fina, y escurriéndola y exprimiéndola cuidadosamente en los bordes del bote. Ella, en tanto, usaba la brocha más gruesa, y la empapaba bárbaramente, pretendiendo llegar de una vez al tono blanco vivo que él obtenía después de pasar la pintura dos y tres veces. Cuando él lo advierte se detiene, desorbitados los ojos. ¿Pues no mueve ella la brocha transversalmente? ¿Horizontalmente, contra el hilo de la madera?

—Se hace así: vertical.

—No, así: horizontal.

—No, así: y mojando poco.

—Que no: mojando mucho.

—Y en dos o tres veces.

—No: de una sola vez.

Ante esta terquedad, hay que suspender la obra. Se trata de dos escuelas de pintura antagónicas; de dos técnicas opuestas; de dos modos contrarios de interpretar la materia. En el fondo, se trata tal vez de dos conceptos distintos del universo. ¿Si resultara a la postre, que después de un año y medio de felicidad, no se entienden? Un principio de irritación malsana exagera el vuelo de sus ideas. En el modo de pintar de ella hay algo sanguíneo, brutal, improvisado, que a él le repugna profundamente. Sí: dos temperamentos irreconciliables se encuentran frente a frente. ¡Oh perspectivas de perennes disensiones domésticas! Y estalla:

—Bueno: pues se quedan sin pintar los muebles. ¡Ea!

—Pues que se queden, ¡ea!

(¡Ea!)

VII

EDUCACION

Uno las letras pintaba,
otro las letras leía.

Conforme pasan los días, los meses, los años, el sentido de la responsabilidad paterna se va endureciendo más y más hasta resolverse en manías. El niño crece. Lo quieren enjaular entre reglas. Su espontaneidad se escapa en pequeñas extravagancias.

Las reglas impuestas: en esta casa tiene que haber, cada año, un mes en que no se compra nada; una semana de cada mes en que no se sale a la calle; un día de ayuno cada semana; una hora del día en que no se habla. Carlyle callaba — para luego hablar por los codos, cuando escribía — todo lo que le duraba la carga de una pipa. Esto se llama la educación científica. Enseña la disciplina, la higiene, el ahorro, muchas cosas más.

(Oprima el duelo, la pasión aturda,
la usurera esperanza — aunque anticipa —
cobre en desilusiones lo que urda:
hay que tomar las cosas con la zurda
y callarlas el tiempo de una pipa).

"...A la manera — dice Montaigne — de los que aprenden aritmética y geometría por ciertos juegos de tablero". Pues ¿por qué no enseñarle la aritmética al niño jugando a los pares y nones, y luego a los dedos de la mano? Toda la ciencia algarítmica se encierra en estas cinco ramas: pulgar, índice, medio, anular y meñique; o, como decían allá en el terruño: niño chiquito, señor de los anillos, tonto y loco, "lambe-cazuelas" y mata-piojos. Lo del "tonto y loco" habrá que explicarlo como se pueda, esquivando las escabrosidades que trae Luis Vives, en sus impagables Diálogos Latinos. ¿Por qué no enseñarle al niño la geometría con los ojos y porciones simétricas del cuerpo humano, que tanto interesan a León Hebreo, sistema de relación entre el hombre y el universo que casi sólo falla en cuanto se llega al corazón, órgano por excelencia insólito?

Tirándose como pelotas las declinaciones, Montaigne y su padre practicaban el griego a lo largo del día. Buscar el medio de enseñar la gramática jugando al escondite y al corro. ¿No organizó Mark Twain todo un pelotón de tropas alquiladas para mejor entender y hacer marchar los tiempos del verbo en alguna lengua romance? (El italiano sin maestro, El latín sin lágrimas, la muela del juicio sin dolor, etc.)

La escuela tiene sus peligros: cierto ascetismo malsano que se crea entre los niños. Se forman asociaciones masónicas para soportar las injurias, los golpes entre los asociados; para arrebatarse los objetos: "Esto me gusta y esto me das". Un autor francés asegura que hasta se forman en las escuelas, como en algún cuento de Stevenson, Club de Suicidas.

Va creciendo el niño: al bebé de mantequilla sucede el párvulo de mazapán, y a éste, el desapacible grandullón de sustancia ya indefinida. Mientras se define el carácter, aparecen aquí y allá ciertas extravagancias, seudópodos de la amiba que empieza a andar.

Nadie nota sus extrañezas, pero van floreciendo en él condiciones incomunicables.

Cuando aprende el ajedrez, da en jugarlo solo, y hasta hace siempre pequeñas travesuras en favor de las blancas, que son, por lo visto, su debilidad.

Siempre se le desata el cordón del zapato en el pie derecho. No

creemos que sea indiferente; ya se desconfiaba del joven César porque andaba con el cinturón demasiado flojo.

Ha adquirido la costumbre de llevar siempre una piedra en el bolsillo. Asegura que es para equilibrar el peso del cuerpo, porque siente debilidad de un lado. Tiene un abismo a la izquierda, como Pascal.

Se ensaya en volverse de repente, porque espera sorprender detrás la nada absoluta, convencido de que el mismo va creando el mundo con los ojos — pequeña epilepsia larvada. Va a ser, de seguro, un filósofo.

Un día, se le ocurre que está demasiado satisfecho de sí mismo. Va a ser, de seguro, un moralista. Para corregirse, en vez de los buenos días y el adiós adopta esta fórmula extravagante: "Estoy muy equivocado". Las consecuencias pueden ser funestas o sublimes: consúltese la historia de la Etica.

Pero sus padres no se percatan de esta lenta penetración satánica llamada el espíritu, y siguen, tan satisfechos, desarrollando por la vida doméstica su cinta métrica del año, el mes, la semana, la hora: la educación científica.

VIII

OTOÑO

La que a nadie no perdona.

Ella se arranca subrepticiamente una que otra cana. El tiene ya las sienes grises. Lo embarga el cuidado del porvenir. Hay que pensar en la familia. (Y nunca pensó en otra cosa). De noche, se revuelca en la cama y emprende, a veces, aquel monólogo interior:

—Sobre la muerte como idea poética ya se ha dicho todo. De la muerte como idea práctica nunca se dirá lo bastante. Los sabios y los santos han aconsejado la meditación de la muerte como una lección para la vida. Querían demostrarnos así, de un modo palpable, la vanidad de los afanes humanos, los engaños de la diuturnidad. Pero yo no veo clara la utilidad de semejante lección para los hombres de este mundo. Ella puede convenir a los que renuncian y se matan o se dejan morir; no a los que verdaderamente viven. Me parece que, en efecto, la meditación de la muerte es saludable, pero del mismo modo que es saludable la meditación de la vida: para conducirla y prevenirla. A la muerte como ejemplo moral hay que sustituir la idea de la muerte como objeto de previsión y conducta. El agente de seguros puede ser, así, una transformación moderna del confesor: "Piensa en la muerte — nos dice a todas horas. — Prepárate para la muerte". Y en efecto, como decía Gracián, recogiendo la sabiduría de los estoicos que mil veces lo habían dicho ya, "es menester meditarla muchas veces antes, para acertar a hacerla bien una sola después".

"Estas consideraciones — prosigue monologando — pueden parecer un poco impías. Bien mirado, lo impío es entregarse a lamentaciones egoístas o a la no menos egoísta indiferencia por las cosas del mundo. Puesto que la muerte es un mal inevitable — aceptando que sea un mal y que sea inevitable — conviene que nos perjudique sólo a nosotros. No enterremos vivas con nosotros a nuestras viudas, como hacía el marido oriental. Que los nuestros puedan sobrevivirnos, esa es la ley. Sólo así nos perdonarán la injuria irreparable de abandonarlos en este valle.

"Y como no sólo de pan vive el hombre, ni es cierto que la felicidad suponga riquezas fabulosas; y como tampoco nos es siempre dable dejar todo el dinero que hubiéramos querido dejar, hay que saber dejar, sobre todo — y sin desatender a lo otro — aquella riqueza cuya mina está en nuestra voluntad: la obra sólida de la educación, las enseñanzas prácticas de felicidad que consisten en el buen trato, en la honradez sin ceño, en el aprovechamiento discreto del tiempo, en la buena elección de compañías y lecturas, en el hábito de no delirar por lo imposible ni aullar ante lo inevitable como perro a la luna, en el amor a la buena marcha de lo que traemos entre manos y, sobre todo, en el horror al miedo y al excesivo amor propio, que se disfrazan de mil formas para hacernos insoportable la vida. En suma, todas esas cosas humildes que, juntas, se compendian en una palabra orgullosa y se llaman, altivamente, la Virtud. (¡Cuidado con las mayúsculas! Pero ¿quién me habrá hecho a mí tan sabio?)

"Y ésta es la única lección de la muerte, y la muerte se inventó para eso. Y que otros lo digan con elegancia y contraste: yo no, que me gusta hablar de lo que interesa a todos los hombres en ese tono sencillo en que habla el vecino con la vecina... (¿Pero quién me habrá hecho a mí tan sabio? Aquí las ideas se confunden... Tal vez he empezado ya a dormir...)".

Conclusión, más o menos esperada:

—Mañana tomo un seguro de vida. El seguro murió de viejo.

IX

Y LA CAZA DEL GRILLO

Cri-cri, las horas, cri-cri,
las horas junto al fogón.
Cri-cri, se pasan los días.
Cri-cri, todo se acabó.

—Pero ¿qué estás hablando ahí a solas, que no duermes?

—Calla, mujer honrada, que vas a despertar al muchacho.

—Duerme a pierna suelta, como suele.

—Y tú ¿tampoco duermes?

—Es el grillo.

—¿El grillo?

—El grillo que se nos ha metido en casa. Ya te he pedido que me ayudes a buscarlo.

—¡Pero si los grillos no se encuentran nunca! Son como los duendes. A los duendes nadie los ha visto, y se beben la leche de la cocina. Toda casa que ha vivido tiene su grillo. El grillo es un enmohecimiento del tiempo.

(Cri-cri).

—¡Anda, ayúdame a buscarlo, que no me deja dormir!

(Cri-cri).

Y la escena, como bobería llena de presagios, como tragedia latente y que no se resuelve nunca, se prolonga en la media noche. Ambos han saltado de la cama (Cri-cri). Ella sacude las cortinas (Cri-cri). El se ha metido debajo de la cama (Cri-cri). Compadezcamos al género humano (Cri-cri).

¡Nada, que no aparece! (Cri-cri).

El sacude ahora las cortinas (Cri-cri). Ella se ha metido ahora debajo de la cama (cri-cri). En esto había de parar tanto afán y tanto sueño (Cri-cri). ¡Y pensar que nacimos para cazar grillos! (Cri-cri). Y todo lo que uno esperaba de la vida, cri-cri y más cri-cri. ¿Dónde están las nubes de antaño? (Cri-cri).

¿Qué se hizo el rey don Juan?
(Cri-cri).
Los Infantes de Aragón
¿qué se hicieron?
(Cri-cri).
(Cri-cri).
¿Qué fué de tanto galán,
(Cri-cri).
qué fué de tanta invención
como trujeron?
(Cri-cri).

¿Quién lo hubiera dicho hace años? Recuerdos de cuando nos conocimos (Cri-cri). Cuando éramos novios (Cri-cri). Cuando nació el niño (Cri-cri). Cuando dijo: "Papá" (Cri-cri). Ya vaciamos todo el armario, y nada, que no aparece.

—¿Qué hacemos?

—Seguir buscando, empezar otra vez, volverlo todo de arriba abajo, que me da en los nervios, que yo así no puedo pegar los ojos. ¡Métete en todos los rincones, debajo de todos los muebles, aunque te cueste la vida, por favor!

(Cri-cri).

Y vuelta a empezar. Y ya quiere amanecer. Y cri-cri esto, y cri-cri lo otro, y cri-cri lo de más allá.

—Mira: se me ocurre una idea genial. Encontrarlo es imposible, no hay halcón cetrero para esta garza. Canta de todas partes a un tiempo. Renunciemos a la cacería. Lo mejor que podemos hacer es participar en el concierto. Colaborar en las catástrofes es mejor que ser víctimas pasivas. Vamos a cantar a coro con el grillo.

—¡Vamos!

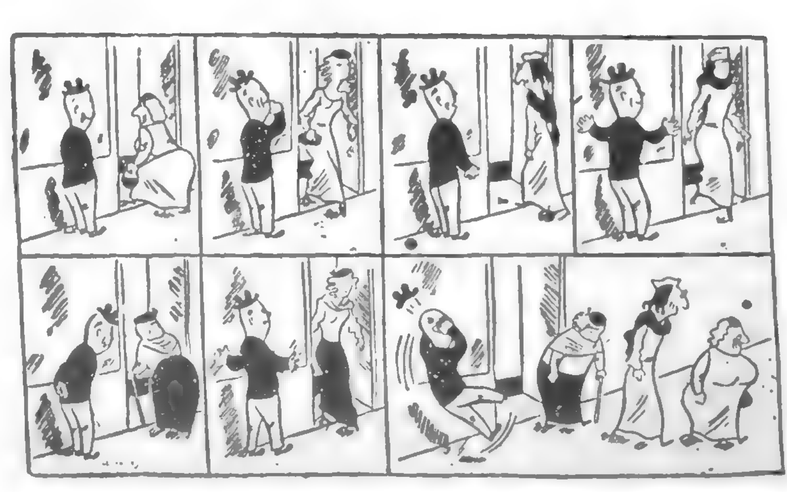
A tres voces: ¡Cri-cri! ¡Cri-cri! ¡Cri-cri!...

Risas en el cuarto vecino. Asoma la cara del muchacho, impertinente y burlona. El también ¡qué diablo!

A cuatro voces: ¡Cri-cri! ¡Cri-cri! ¡Cri-cri!...

El himno sube al cielo: ¡Cri-cri! Y a esto todos los autores lo llaman la felicidad.

●



Los milagros del Instituto de Belleza.

rrencia de asistir. El caso era raro, por lo visto, porque no había otra mujer en la mesa y, naturalmente, fuí el punto de mira de los tres mil comensales durante toda la comida. Al levantarse las copas de champagne el rey brindó por mí y acercó sus labios a la copa, pero sin beber una gota de líquido. Desconcierto general, ¡figúrese! Todo el mundo quedó sin probar el champagne y el anfitrión, dándome el brazo y como no concediéndole importancia al asunto, me sacó del comedor. La lección no fué mala.

Otro de los amigos de Claude Eylan es Mussolini. Lo visita siempre que llega a Roma y, aunque todavía no se ha decidido a escribir un libro sobre el jefe fascista, la publicidad de varios artículos sobre el hombre y su política ha vinculado varias veces su nombre al del primer ministro italiano.

—Mussolini es un hombre extraordinario — comenta. — Se puede estar o no de acuerdo con su política y con sus procedimientos de gobierno, pero aun los que son sus adversarios reconocen sus buenas condiciones.

—¿Qué son? — me atrevo a preguntar...

—Mussolini conoce perfectamente al pueblo; sabe cuáles son sus debilidades y cuáles sus fortalezas. Es un hombre de talento, con capacidad de acción suficiente para no dejarse sorprender por ningún renunciamiento. Tratado íntimamente, como amigo, es una persona simpática, que sabe retraer su personalidad enorme y ser sencillo, casi modesto en la conversación y en la sociabilidad. Nunca lo he visto en pose de gran dictador. De cerca no parece el mismo hombre que consagra la fama mundial, combativo y enérgico, y otro rasgo curioso de él, que sólo conocen los que lo tratan, es el de que prefiere escuchar a los otros a hacer comentarios por su cuenta. Es un hombre que sabe escuchar y a quien le gusta escuchar.

—¿Escribirá algún libro sobre Mussolini?

—Aún no sé. Todo es posible...

En Italia mismo la baronesa Boecop conoció y frecuentó a Italo Balbo. Con él ha hecho numerosos viajes en avión y aún recuerda una triste aventura, en Libia, en la que unos nativos apresaron y mataron a un oficial que iba bajo las órdenes del aviador, sin que jamás supieran ni ella ni Balbo por qué cometieron ese atentado.

Ni estas peripecias ni otras peores hacen renunciar a nuestra viajera, que cree en la posibilidad de que aún pueda dar la vuelta al mundo nueve veces más. Para peripecias, las de Shanghai. Y va el cuento que ella me refiere haciendo, todavía, un regocijado comentario:

—En Shanghai me pegaron. Iba cierto día por una de las calles de la ciudad cuando de pronto me detienen y asaltan varios soldados con bayoneta. Les pregunté el motivo de aquel atropello y me contestaron de una manera que no entendí, porque no conozco el chino. Esta dificultad no fué razón para que me dejaran en paz sin antes darme unos golpes con sus armas. Averigüé más tarde como pude, supe que aquellos hombres se habían enfurecido por mi calzado. En China es muy importante eso de ir con el pie cubierto y los soldados en cuestión estaban seguros de cumplir con un deber patriótico protestando por lo que para ellos era una insolencia.

Afrontaría una zurra y dos y tres y cuatro con tal de dar, una vez siquiera, la vuelta al mundo, como Claude Eylan lo ha hecho nueve veces y por andar en elefante, en caballo, en cuanto medio de locomoción existe, como esta baronesa escritora

NUEVE VECES LA VUELTA AL MUNDO

(Continuación de la página 52)

que, en sus largas correrías a través de ciudades, montañas y desiertos, ha tenido que valerse de todos.

Claude Eylan hace curiosas anotaciones acerca de los medios de locomoción y dice que el más cómodo es el camello; el más peligroso, el elefante, y los que más le agradan, el caballo y el avión.

—Pero ¿por qué cómodo el camello? ¿Por qué molesto el elefante? ¿Por qué agradables el caballo y el avión?

—El camello es un animal muy sumiso, como ningún otro. Se adapta a todos los caminos, es inteligente, fuerte y lleva con sumo cuidado su carga; el elefante es caprichoso; viajar sobre él es como andar en un pésimo ferrocarril, en un buque viejo, en un avión descubierto y en un auto con todas las malas cualidades que puede tener un auto cuando es malo; pero todo a un tiempo, ¿sabe?

—No sé, pero me imagino...

—En cuanto a los aviones modernos son maravillosos. El buen viajero debe preferir este medio de locomoción cuando quiere ganar tiempo.

Claude Eylan tiene, sin embargo, una reserva más en materia de elementos de viaje: los zeppelines. Si bien el elefante le fastidia, los zeppelines le inspiran terror. Y se cuida de ellos, no por miedo a la muerte, sino por elegancia. El del miedo es un espectáculo que ella no quiere dar a nadie.

—Aunque bien sé — me confiesa — que mi destino no me depara una muerte trágica.

Nueva revelación. Ella, Claude Eylan, sabe hasta cómo va a morir. ¿En qué lugar raro y desconocido del mundo aprendió eso?

—Me lo ha revelado la quiromancia — contesta con una seguridad pasmosa.

—¿Usted cree en la quiromancia? ¿Es una ciencia realmente reveladora? Y, en todo caso, lo de que existe un destino, un karma, una predestinación, ¿es verdad?

—Sí, sí y sí. El destino es tan verdadero como la vida. ¿Por qué? Nadie puede decirlo. Eso nos lo descubren las religiones, la filosofía, la ciencia misma; pero todavía de una manera tan incompleta o tan oscura que no nos alcanza a convencer. Lo que no cabe duda es que el destino tiene su raíz en la vida, como nuestra propia naturaleza, y que es posible preverlo por revelaciones de la sensibilidad, muy sutiles, pero muy inconfundibles. Yo le predije al rey Alejandro su muerte y, en otras ocasiones, sin necesidad de llegar a una conclusión tan fatal, me he adelantado a hechos que más tarde se fueron produciendo infaliblemente.

—¿Dónde estudió quiromancia, o cómo la practicó por primera vez?

—El proceso es curioso. Yo empecé por estudiar mi propio destino, durante muchos años. Primero, como simple pasatiempo; después, con verdadero apasionamiento. Los sucesos que se han ido produciendo en mi vida, tan ajustados a mis deducciones, me dieron la razón más de una vez. Entonces empecé a ejercer en otros esta

como inclinación de mi sensibilidad y he terminado así fallando en favor de la quiromancia de manera inapelable.

En seguida parece que le intereso como sujeto y me toma la mano. ¡Oh, oh, oh! Lo que Claude Eylan me revela no es para ser contado al lector.

Nuestra periodista, baronesa y escritora, va a recorrer la Argentina en busca de material para sus libros y artículos. Continuamente publica en la "Revue des Deux Mondes" y tal vez a ella entregue sus primeros ensayos sobre nuestro país.

—La Argentina — dice, — como todos los grandes países, no se puede enjuiciar a pocos días de vivir en ella.

Y yo, por discreción, o por razones de buen gusto, no había pedido el juicio. Pero eso no obsta para que de todos los obsequios de cosas típicas de la tierra, que la baronesa Boecop ha recibido, examinemos, las dos, unos ponchos calchaquíes, esos ponchos calchaquíes que siempre regalan los argentinos a los extranjeros que los visitan, y convengamos en que son muy bonitos. Entre las dos extendemos uno blanco y en seguida uno rojo.

Mi nueva amiga está encantada con ellos:

Me vendrán bien para el Sur — dice. — ¿Es cierto que hace mucho frío en el sur?

Otra vez entra el alma del viaje, se mezcla a la conversación, anda alrededor nuestro y espera...

—Al sur, entonces.

Y no podemos hablar más. Mussolini será un hombre muy simpático, Balbo un buen aviador, la quiromancia una ciencia formidable; pero Claude de Boecop y yo tenemos que combinar horarios, hablar por teléfono, averiguar qué cuero argentino es el que pesa menos para una maleta de viaje que sirva para avión y que sea cómoda. Y tantas cosas más, tantas que llenan a la una de esperanza y la otra de cierta ilusión un poco gris y un poco pesimista...

●



En la fotografía que acompañamos, tomada en el aeródromo de Seis de Setiembre vemos al ex subadministrador [illegible] de la Unión Telefónica señor [illegible] A. Arnold en momentos en que [illegible]

Noticias de la generación anterior

HACE 25 AÑOS...

Martes 1º de abril de 1913. — Plácido O. Soto ofrece una comida en honor del doctor Francisco Uriburu.

—Regresan de Mar del Plata el señor Carlos Casares y familia, Carlos Estrada, su esposa, doña Rosario de Estrada, sus hijos y el señor Alejandro Nazar Anchorena.

Viernes 4. — Regresan de Mar del Plata la señora Isabel Udaondo de Bonorino y su hija Isabel.

Lunes 7. — Se realiza la ceremonia del enlace civil de la señorita Justa Dose con Alfredo Zemborain. Son testigos de la novia los señores Juan Larriviere, Pastor Obligado (hijo) y Manuel Beasley y por el novio Enrique y Saturnino Zemborain y Vicente Peralta Alvear.

Miércoles 9. — La señorita Eloísa Pla Cárdenas reune en un té a un grupo de sus amistades despidiéndose con motivo de su viaje a Europa. Están invitadas las señoritas Estela Drago, Sofía y Elisa Beláustegui, Marta Saavedra, Josefina Udaondo, Mercedes Hale Pearson y señora María Teresa Quintana, Adolfo Blaquier y señora Marta Unzué, señoritas Elena y Mercedes Peña Unzué, María Baudrix, Magdalena García Calvo, Agustina y Celia Costa Paz, María Teresa Pearson Quintana y los señores Manuel Quintana (h), Jacinto Gramajo, Alejandro Madero, Marcelo Costa Paz, René Penard, Jorge Quintana, Mr. Caventry, Alberto Palacios Costa y Florencio Palacios Costa.

Miércoles 16. — Regresan de Mar del Plata el doctor Alberto Bosch, su esposa, doña Cristina Torres, y sus hijas, Diógenes Urquiza y su esposa, doña María Luisa Ocampo, Carlos Bellocq y su esposa, doña Mercedes Nazar Anchorena, y las señoritas Sofía y María Inés Nazar.

Viernes 18. — Despidiendo a sus amigas, doña María Luisa Dose de Larriviere ofrece un té, al que están invitadas las señoras Unzué de Quintana, Delia Alvear de Ocampo, María Unzué de Alvear, Fidela Mackinlay de Alzaga, Delia Bosch Gramajo, Elisa Luque Bustillo, Isabel Bonorino Udaondo, María Méndez, Rosa y Josefina Estrada, Delia y Adela Terrero y Angélica Gálvez.



Cabecera del banquete ofrecido al Dr. Ramón J. Cárcano por la comisión del Patronato de la Infancia y con motivo de su próxima partida a la provincia de Córdoba, donde tomará posesión del cargo de gobernador.

Sábado 13. — Se efectúa esta tarde, en la basílica del Socorro, el enlace de la señorita Zulema Urdinarrain con el doctor Carlos A. Castaño.

Martes 15. — Con motivo de su viaje a Europa don Carlos Unzué reune en un almuerzo en el Plaza Hotel a un grupo de sus amistades; están invitados los señores Héctor Cobo y señora doña Josefina Unzué, Samuel De Bary, María Luisa Estrada de García, Carmen Marcó del Pont de Rodríguez Larreta, Marta De Bary de Vedoya, Josefa Santamarina de Pacheco, Elisa Alvear de Bosch, Marta Unzué de Blaquier, Sofía Arning de Bengolea, Ana De Bary de Cazón, Carmen Rosa Tezanos Pinto de Gómez, Leonor Cabral de Vivot, Amalia Arrotea de Muñoz y Eloísa Urquiza de Ovejero.

Sábado 19. — El doctor Ramón J. Cárcano ofrece esta noche una comida en obsequio de Mr. White Todd

(Concluye en la página 75)



El Dr. Victorino de la Plaza, vicepresidente de la república, y el Dr. Ernesto Bosch, ministro de Rel. Exteriores, presenciando la partida de la "Sarmiento".

La fragata "Sarmiento" en momentos de emprender su XIIIº viaje de instrucción.

EL TEATRO COLON POR DENTRO

(Conclusión de la página 26)

algunos nombres: Lily Pons, Ninon Vallin, María Barrientos, Claudia Muzio, Dalla Rizza, Pederzzini, Agostinelli y Rosa Raisa. Todas ellas hallaron en el pequeño aposento un rinconcito amable y acogedor que a veces resultó pequeño no ya para recibir a los admiradores de su arte sino para guardar en él las ofrendas florales que rubricaban sus triunfos.

MEDIO MILLON DE PESOS EN TRAJES

En el tercer piso funciona la sastrería del Colón. Es también una nota de hondo sentido evocador que permanece oculta a la curiosidad del público. Allí están, cuidadosamente guardados y clasificados, doce mil trajes en los que se descubre reminiscencias de todas las escuelas y en los que algún día vivirán de nuevo sus fantásticas aventuras los héroes imaginarios o reales de la lírica clásica y contemporánea. Los dioses wagnerianos, las figuras de leyenda y poema, los extraños personajes de novela, de cuento, de historia, de comedia y de drama forman la población de trajes sin alma que encierran los cofres y armarios de la fantasmagórica sastrería del Colón. Colores vivos, modas de todas las épocas, reproducciones fieles de trajes históricos y audaces concepciones imaginativas, riqueza de telas y de luces, ese es el ambiente que se percibe en la importante dependencia que tiene en sus armarios doce mil trajes que importan más o menos medio millón de pesos, y en la que trabajan permanentemente veinte personas.

No menos interesante que la sastrería es la peluquería del teatro. Allí, debidamente clasificadas en cajas, están guardadas unas siete mil pelucas que reproducen peinados de todas las épocas y de todos los estilos.

Algunas de esas pelucas se conservan cuidadosamente y casi con veneración, pues han sido usadas por los grandes divos en noches memorables del gran teatro. Allí está, por ejemplo, la peluca roja y verde usada por Caruso en "Pagliacci" y otras muchas ligadas al recuerdo de Chialapine, Tita Rufo, Jean Kiepura, Luciano Muratore, Anselmi, De Luca, etc.

Empleados expertos en su cuidado y hábiles peinadoras trabajan diariamente durante muchas horas en la atención de tan diversas pelucas, a fin de mantenerlas siempre listas para ser usadas.

Como complemento de tan interesantes dependencias, debemos hacer referencia, igualmente, a la zapatería y a los grandes depósitos de atrecería existentes en el primer subsuelo, en los que se hallan, también debidamente clasificados, todos los elementos de utilería utilizados para "vestir" la escena. En los depósitos de atrecería el visitante recibe una impresión bien distinta, por cierto, a las que brindan la sastrería o la peluquería. Las exigencias escénicas obligan a construir en "papier-maché", por ejemplo, las monumentales estatuas que alguna vez hemos visto en "Aída" o el imponente piano del "Barbero". Se trata de dar impresión de fastuosidad o de riqueza con elementos puramente visuales, que de cerca pierden todo su encanto.

Ocurre con ellos algo parecido al maquillaje de los actores, que visto de cerca transforman la venerable expresión de un noble anciano en un conjunto de rayas burdamente exageradas sobre un rostro brillante por la grasitud de los cosméticos.

EL MONUMENTAL TALLER DE ESCENOGRAFIA.

No es posible referirse a la "vida privada" del teatro Colón sin hacer especial mención de una dependencia audaz y monumental, cuya construcción acaba de terminarse y en la que funcionarán los talleres de escenografía donde se pintarán y construirán los decorados a utilizarse en el gran escenario.

Estos talleres han sido construídos debajo del último sótano del coliseo; ese solo detalle dará una idea al lector de la audaz concepción arquitectónica que ha terminado con tan feliz resultado. El taller de escenografía es, fuera de toda duda, el mayor del mundo, y permitirá mejorar notablemente la presentación escénica de las grandes producciones líricas, corales y musicales que veremos en las próximas temporadas.

Tales son algunos de los rincones menos conocidos del público de nuestro escenario municipal.

NOTICIAS DE LA GENERACION ANTERIOR

(Conclusión de la página 73)

y señora; están invitados los doctores Victorino de la Plaza, Norberto Piñero y su esposa, doña Leonor Basavilbaso, Manuel de Iriondo y su esposa, doña María Salomé Freire, Samuel Hale Pearson y su esposa, doña María Teresa Quintana, y las señoritas María Teresa Pearson, Ana y Carola Cárcano y señores Leocadio Paz, Miguel Angel Cárcano y Carlos Gómez.

Domingo 20. — El doctor José M. Jorge y su esposa, doña María Escalada, ofrecen un té festejando el compromiso de su hija Blanca.

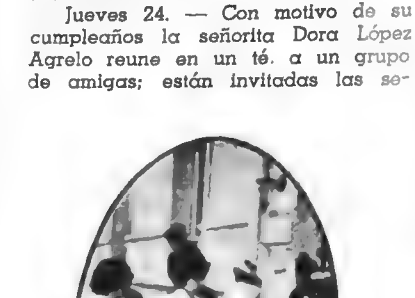
—Don Juan Hunter y su esposa, Susana Cano, ofrecerán hoy un paseo a su establecimiento en Jeppener. Están invitadas las señoras Julia Soler de Hunter, María Hunter de Cano, señoritas Julia Elena Hunter, Jorgelina Cano, María Ester y Nora Cabral Hunter, y señores Juan Carlos Vivot, Adolfo Güemes, Antonino Marcó del Pont y Juan M. Nelson.

Martes 22. — Con motivo de su próxima partida para Europa, las señoritas Justa, Haydée y María Cristina Campos Urquiza reciben a sus amistades.

El ministro de Relaciones Exteriores, Dr. José Luis Murature, acompaña al nuevo ministro del Japón, que presentó sus credenciales.

Miércoles 23. — Don Jorge A. Mitre reune hoy en un almuerzo a un grupo de caballeros en obsequio de don Martín Gil; están invitados los señores Salvador Rueda, Indalecio Gómez, Ramón J. Cárcano, Juan Agustín García, Faustino Lezica, Alfredo L. Palacios, Carlos Ibarguren, Antonio F. Piñero, Carlos Rodríguez Larreta, Samuel Pearson, Rafael Calzada, Enrique Navarro Viola, Gregorio Aráoz Alfaro, Octavio Pico, Mariano de Vedia, Justino Gramajo y Alberto Zavalía Guzmán.

Jueves 24. — Con motivo de su cumpleaños la señorita Dora López Agrelo reune en un té. a un grupo de amigas; están invitadas las señoras María Salomé Freire de Iriondo, Arminda Thwaites de Ramos Mejía, Elena Bullrich de Giménez Zapiola, Ana Gainza de Lynch, Elena Ruano de Bullrich, Concepción Hudson de Pizano, Alcira Sastre de Fynn y las señoritas María Elena Zwanck, María Luisa y María Elena Cáceres, Ester y Dolores Astigueta, María Isabel y Catalina Hudson, Carmen Sastre, Elena Carvalho, Edelmira Ramos Mejía, Ester Lastra, Sara Thwaites y María Elena Schóo.



En el Tigre Club se realizó el acostumbrado reparto de ropas a los pobres.

Sábado 26. — El doctor Ramón J. Cárcano reune hoy en una comida a un grupo de sus amigos; están invitados los señores Mariano de Vedia, Ignacio Correa, Lucio V. López, Tomás Juárez Celman, Alfredo Rodríguez, Jorge Sauze, Miguel Angel Cárcano, Carlos Meyer Pellegrini, José María Cantilo, Antonio F. Piñero, Vicente F. López, Martín Gil, Santiago Duhalde, Miguel Juárez Celman, Manuel Peña, José Miguel Olmedo, Rafael Escalante Posse, Justino César, Julio A. Roca y Jorge Lubary.

Miércoles 30. — Se realiza el enlace de la señorita María Hortensia Furst Zapiola con don Alois Bachman.



El embajador en Francia e Inglaterra, doctor Carlos Salas y sus familiares, a bordo del "Cap Finisterre", donde concurrieron a despedirlo entre otras personas el general Uriburu y el coronel Urquiza.

El Dr. Eduardo Blanco Acevedo fuera de la política

(Continuación de la página 36)

suscripciones, todo lo necesario para un hospital de sangre. El doctor Blanco Acevedo tuvo, en un momento dado, la dirección de esa casa de cuidados, por la que desfilaban cientos de hombres caídos en la lucha, y fué cuando el eminente cirujano J. L. Faure lo designó para que lo sustituyese. Así se ganó el respeto de Francia y el aplauso de toda la prensa. Diarios como "Le Temps" proclamaban que el país debía recordarlo "como a uno de los voluntarios de la ciencia y de la abnegación, cuya labor y cuya sabiduría estuvieron siempre al servicio de los heridos de Biarritz y de París, en un verdadero inapreciable esfuerzo".

Este es el hombre que encontré hace poco, maduro ya, pero con esa madurez de juventud de los que no han llegado aún a la cincuentena. Mi visita se produce antes de las elecciones, cuando todavía es candidato a la presidencia del Uruguay. Es el mismo Eduardo Blanco Acevedo de la guerra, el que ejerció durante cinco años la cirugía en Francia, extrayendo balas y curando soldados. El mismo joven Blanco Acevedo con un poco más de experiencia y algunas canas rozándole apenas la cabeza; el mismo, porque al entrar apurado al estudio, sabiendo que lo esperaba, me dice:

—Antes de regresar a casa hice ocho intervenciones.

¡Y eran las once de la mañana! ¡Y era candidato a la presidencia de la República!

Me fijo en él. Le hago ese retrato de cuerpo entero de la observación. Parece un príncipe democrático que llega de un hospital, de visitar enfermos, de manejar pinzas y algodones. Y, en efecto, siendo aristócrata, en la más alta expresión del vocablo, Blanco Acevedo lo disimula muy bien. Se muestra expresivo en el ademán, pero el ademán es siempre de una delicadeza natural y elegante; habla mucho, pero nunca dice nada que no tenga un sentido, una expresión de espíritu agradable, una inclinación a la cordialidad, un deseo humano de comprender y de hacerse comprender. Es varonilmente hermoso, así como es virilmente inteligente. En él se puede advertir que la hermosura es también una expresión del alma; una palabra, una sonrisa o un ademán lanzados al vuelo que saben tomar de inmediato su posición en la vida.

No le pregunto si tiene esperanzas de triunfar. ¿Para qué? Los hombres de su clase siempre triunfan y él todavía sigue siendo el joven Blanco Acevedo de la Guerra Mundial.

Conversando, se olvida de su candidatura oficial a la presidencia. Yo he conocido otros que se oficializan a sí mismos y que ponen hasta sus menús a un régimen político de circunstancias. Se llenan de secretarios, de valets, exigen vigilancia policial, detectives, enfermeros y auxiliares de toda clase. Blanco Acevedo, no. Me dice sencillamente:

—¿Sabe a qué hora me levanto desde hace años? A las cinco. Hago un paseo a caballo, un poco de esgrima, gimnasia. Yo mismo preparo mi desayuno. No recuerdo haber tocado nunca el timbre para llamar a un valet tan temprano...

El que esto confiesa es un hombre de gran prosapia, porque los Blanco Acevedo constituyen en el Uruguay una familia "que tiene abolengo", como se dice comúnmente cuando se quiere expresar la ascendencia aristocrática de alguien.

No es un acto de coraje el levantarse a las cinco de la mañana; pero lo es el trabajar todo el día, hacer intervenciones, escribir libros, preparar manifiestos políticos, dar conferencias y clases en la Facultad. Y todavía leer, leer con un afán de estudiante de veinte años, para estar al día en literatura, en ciencia, en religión, en todo. La existencia de este hombre ha sido siempre la misma desde la vuelta de Francia. Ha vivido ejerciendo la medicina y ocupando cargos de gobierno importantes. El Ministerio de Salud Pública del Uruguay lo tuvo durante cuatro años, al cabo de los cuales se preocupó de organizar servicios que tiendan a la formación de la conciencia sanitaria del pueblo y de levantar, entre otras obras, el Hospital de Clínicas, la más grande organización de América en su género.

—Para hacer real y efectiva la acción eficiente por la salud del pueblo — dice — es necesario crear un organismo fuerte y poderoso, darle una jerarquía máxima dentro del Estado y dotarlo de un estatuto legal que le permita una acción sin trabas. Una ley de salud pública debe ser un código muy amplio y muy flexible; es un poder general que se otorga a la autoridad especializada para la mejor defensa social. Definido el organismo, fijadas sus atribuciones, establecidas sus conexiones gubernamentales y sociales, tres directivas cardinales deben orientar su acción: la educativa, la económica, la técnica. La primera es importante. Hay que educar, educar para formar la conciencia sanitaria de las autoridades, en los agentes y en el pueblo. La formación de esa conciencia es lenta; sólo puede alcanzarse con un esfuerzo continuado.

Parece mentira que el que tal habla, con una fe incondicional por la ciencia, conceda a la literatura una parte importante de sus veinte horas de trabajo diario.

Habla de clásicos y modernos con suma naturalidad y dice que en estos últimos tiempos lee con placer a los ingleses, en cuya producción se encuentra "al día": Wells, Lawrence Young, los novelistas, los poetas, los ensayistas; toda la literatura inglesa le atrae. Pero lo curioso es cómo explica esta preferencia, cándidamente casi con regocijo:

—Tengo — dice — un sentido humorístico de la vida, que me sirve a las mil maravillas en todo y para todo. Los ingleses me afirman en esa condición diría salvadora para mi, porque, si no lo fuera, es posible que sufriese más de un choque o más de una contrariedad. Suelo encontrar lo cómico hasta en la ofensa; es lo primero que salta a la vista, cuando me propongo formar un juicio de los hombres, de sus acciones, de sus palabras de sus procederes. Y lo cómico me salva; más que salvarme, me permite juzgar sin apasionamiento. Es por eso que no tengo rencores, ni prevenciones, ni nada.

Es una confidencia que no desaprovecho. Yo tenía el presentimiento de que detrás del político que se expresa en hombre de ciencia afirmando que "el Estado debe realizar la defensa del pueblo, no solamente en el orden médico sino también en el orden social, en el sentido romano del término"; que detrás del hombre cuya voluntad de gobernar no es una voluntad egoísta, debía existir una personali-

dad no revelada para muchos. Esta es la más retraída de todas, como ocurre siempre con todos aquellos aspectos de la vida humana que no tienen una expresión cotidiana en la práctica. El doctor Blanco Acevedo es un humanista. Su afición por las letras va más allá del mero pasatiempo. Es una exigencia completa, de afición y de temperamento. ¿Para qué se levanta entonces a las cinco de la mañana?

—Muchas horas de lectura no son necesarias — me explica. — Hay que saber leer. Cada libro tiene un valor auxiliar distinto. Uno es útil porque agrada, otro porque expresa cabalmente el pensamiento, como si lo fotografiase, otro porque sugiere. Es bueno considerar, además, en el estudio cuánto puede abarcar en amplitud cada género literario y qué misión estética y social puede alcanzar cada uno.

Por eso toda la biblioteca de Blanco Acevedo está anotada, ordenada. Clásicos y modernos conviven en ella en esa preciosa convivencia de las ideas y de la belleza que abren camino en un espíritu de hombre y se relacionan en la personalidad para formarla primero y para conservarla después.

"¿Un hombre así puede estar al frente de un gobierno — me pregunto. — ¿Son estas condiciones afirmativas para un hombre de Estado?"

El me dijo:

—Se relaciona la vida política con la vida intelectual en todas sus fases, y con la vida económica en todas sus derivaciones. Un hombre de Estado tiene por fuerza que ser un intelectual. La política está ligada, por otra parte, a la vida en sus aspectos más diversos; llega a los hogares por todos los caminos. Es necesario que el gobernante sepa, pues, respetar y hacer respetar en todo sentido aquellas leyes que se relacionen con la constitución de la familia y con la solidaridad social.

Ha de propiciar la formación física y moral de los niños; ha de favorecer los standards de vida material; ha de impulsar el ejercicio de las tareas intelectuales y del trabajo en general, todo ello con la base de garantías y libertades que constituyen la esencia de los principios democráticos.

Además, él, gobernante, hombre de ciencia, humanista sobre todas las cosas, tiene fe en la mujer. Por primera vez ellas van a las urnas en el Uruguay, a pesar de que el voto femenino se ha sancionado ya, en aquel país, desde hace unos años.

—La mujer — me dice — hará invencible la democracia. La participación del pueblo entero en el ejercicio de la soberanía no puede realizarse sin su apoyo. Tiene que ser una comunicación directa y favorable entre electores y elegidos y no comprendo por qué las mujeres han de utilizar intermediarios para expresar aquello que es la esencia misma de su sensibilidad. Con que ellas concurran a las urnas, participa un substractum de experiencia y de conocimiento del dolor, de comprensión del dolor que los hombres solos no pueden dar.

Las uruguayas le agradecen al doctor Blanco Acevedo esta consideración. Un día se lo demostraron dándole un banquete al que asistieron cerca de dos mil mujeres. Ese fué, para él, uno de los más grandes motivos de complacencia que haya podido tener, porque ningún gobernante ni ningún político del Uruguay recibieron antes idéntico homenaje.



CHIC

Maureen O'Sullivan presenta un modelo de verano: traje de sport de pongee gris con lunares azul marino — pollera finamente tableada y blusa cerrada adelante con botones azules — y un amplio sombrero de lino de color gris.

Amplios pantalones blancos, blusa azul y el pañuelo de rigurosa moda estampado en estos dos colores forman la elegante y práctica vestimenta matinal adoptada por Jane Wyman.

Judith Barrett luce un original pañuelo de piqué blanco con pájaros y veleros estampados en azul. Las solapas del tapado son de la misma tela y ostentan iguales dibujos que el pañuelo y el vestido.

LAS MODAS CREADAS POR LAS ESTRELLAS DEL CINE



Jeanette Mac Donald luce toilette de terciopelo negro con sombrero y guantes de la misma tela.



Joan Bennett viste un estampado azul y blanco bajo el tapado de taffetas azul marino.



Marlene Dietrich ataviada con sencillo traje de noche color negro. Chaqueta adornada con lamé oro.



Sylvia Sidney luciendo un traje para la noche en gasa negra y adornado con vaporosos volados.



Hazel Forbes con un conjunto de lainage. Cierra el cinturón una hebilla de marfil y oro.



Sylvia Sidney con traje de novia de encaje con manto de point de Alençon. En la mano un ramo de muguets y gardenias.



Gail Patrick, con un vestido de noche en seda imprimé. El vestido es muy ajustado al cuerpo y con gran escote.



Fay Wray lleva una matinal toilette. El vestido tiene cuello cerrado y el tapado es imprimé en azul y blanco.

AL AZAR DE LAS LECTURAS

- ¿Dónde vais, muchachas,
  tan lindas y tantas?
  — Gonzalo Correa. *Vocabulario.*

- —¿Qué es el diamante? Un hijo de carbonero enriquecido. — Jean Cocteau. *Le Grand écart.*

- Hay algo de positivamente brutal en el buen humor de muchos hombres modernos.—Oscar Wilde. *A woman of no importance.*

- Probado como está que los hombres inferiores tienen más grandes los pies que la cabeza, es perfectamente comprensible que para restablecer el equilibrio de sus formas recurran los hombres inferiores al sombrero, que da la impresión de un acrecimiento cerebral... Es famosa la inclinación que tienen los malos literatos por chambergos de alas enormes, debajo de los cuales es difícil al público establecer con precisión dónde acaba la cabeza y dónde empieza el sombrero. — Roberto Gache. *Del vestido y del desnudo.*

- —¿Rengueas, Levy?
  —Son los zapatos, que me aprietan.
  —¿Por qué no te pones otro par?
  —Te diré... Mi mujer me exaspera, mis hijos son insoportables, los negocios andan mal... Luego, mi único placer consiste en sacarme los zapatos cuando vuelvo a casa. — Arthur Szyk. *Le Juif qui rit.*

- Nueva York es una demostración práctica de cómo se puede vivir mal con muchos trenes y muchos tranvías y muchos teléfonos y muchos ascensores y mucha calefacción. — Julio Camba. *Un año en el otro mundo.*



—¿Tiene usted cuellos postizos de celuloide, marca "Tres Emes"?
—No, pero puedo pedir.
—¿Cuántas docenas? Yo soy el representante de la casa.



—¿No sales esta tarde, Poroto?
—No. Me quedo en casa para ayudar a papá a hacer mi deber de aritmética.

EL AVERIGUADOR

POR PESCATORE DI PERLE



IMPLACABLE, Capital. — Usted, mi distinguido señor, debe conocer sin duda el origen de la propiedad. Todo el capítulo III de "La Isla de los Pingüinos" está consagrado a tan fundamental problema. La cosa fué así: Un infeliz pingüino estaba regando laboriosamente las frescas lechugas que le servían de alimento, cuando, de pronto, se le presentó otro pingüino, enorme éste, que le gritó en las mismísimas narices: "¡Este campo lo quiero yo!". Y, sin más explicaciones, le pulverizó la cabeza de un tremendo garrotazo. Cayó la pobre víctima sobre la tierra que había cultivado con sus manos, y el primer propietario del universo se sentó encima del cadáver para descansar. Con esta ceremonia, sencilla y emocionante, quedó fundada para siempre la propiedad, fuente inextinguible de todas las virtudes y de todas las grandezas humanas. Porque si hay algo sagrado en este mundo, señor mío, ese algo es la propiedad. La vida humana lo es mucho menos. El despojo no se tolera nunca. El asesinato, muchas veces. El crimen pasional, el duelo, la guerra, no deshonran a nadie. El héroe es, generalmente, un nobilísimo asesino. Pero el que atenta contra la propiedad, ese va muerto. El agudo y desaprensivo Maquiavelo, tan citado en estos dictatoriales tiempos, aconsejaba piadosamente a su Príncipe que cuando se sintiera algo molesto con sus enemigos políticos los exterminara de un solo golpe. Y añadía el florentino: "Esta política producirá menos daño que la confiscación de sus propiedades, pues los hombres suelen olvidar más pronto la pérdida de sus deudos que la del dinero. Se extingue casi siempre el recuerdo de los amigos muertos. La memoria de las posesiones perdidas se mantiene siempre". La propiedad es sagrada. El campo que obtuvo el pingüino y el reloj de níquel que hemos comprado por pesos 3.50 son sagrados; la policía, la justicia, el ejército, la Liga de las Naciones y el Todopoderoso velan sobre ellos. Pero hay otra propiedad, no adquirida, sino creada, que a nuestra metalizada sociedad la tiene muy sin cuidado: la que producimos nosotros, los poetas. ¡No hay noticia, caballero, de que nadie haya languidecido en Ushuaia, en Sierra Chica o por lo menos en la comisaría 3ª por haberse apoderado de un soneto ajeno! Si cualquier pelafustán denuncia que le han birlado el alfiler de la corbata o un miserable automóvil, toda la complicada máquina del Estado se mueve y se pone a su servicio. Pero si Conrado Nalé Roxlo va y se queja a cualquier comisario: "Me han robado unos ovillejos"..., el señor comisario se pone las gafas, lo mira a Conrado Nalé Roxlo de arriba a abajo, y le dice por fin: "¡Camine, camine!... ¡Aquí no estamos para macanas!..." Usted sabe muy bien, señor lector, que las señoritas, especialmente las feas, son en extremo sensibles al estro poético. Escuchan los primeros versos, se quedan embelesadas, luego se les pasa un poco el embeleso y se compran un cuaderno de tapas duras. Y en el cuaderno anotan cuanta poesía oyen o conocen. Forman así, con criterio espantosamente ecléctico, pequeñas antologías para uso doméstico, en las que el ramillete comprende a flores muy diversas, desde la rara orquídea hasta la vulgar flor de sapo: Jorge Manrique, Bettinotti, Góngora, el novio de la chica, Garcilaso, Manuel Acuña... La seleccionadora suele olvidar el nombre de los poetas. Excepto el novio, los demás yacen bajo la frígida losa del anonimato. Un buen día la chica quiere publicar algo en los periódicos. Busca en su cuaderno unos "versos lindos", los copia a máquina, y, con toda inocencia y naturalidad, estampa al pie su propia firma. ¡Esta firma, señor mío, es el antiguo garrote del pingüino, que va a dar a la cabeza de Rubén Darío, Belisario Roldán o Margarita Abella Caprile! Esto ocurre todos los días; y en muchos años continuados no he hecho otra cosa que denunciar ante el mundo civilizado semejantes fechorías. Bien es verdad que ahora, después de tantísimos años, me cabe la noble satisfacción de declarar bien alto que, gracias a mi constante e inteligente labor, no he conseguido absolutamente nada. Como lo prueban los tres plagios que usted me envía y los muchos que a diario me llegan de otros lectores no menos indignados que usted. Pero si la policía, la justicia y el ejército no nos secundan, amigo mío, ¿para qué nos vamos a molestar? Publicar los nombres de los plagiadores no significa ponerlos en la picota, sino darles la última satisfacción a su vanidad. ¿No sabe usted que a los delincuentes les halaga una barbaridad salir en la crónica policial de los diarios con retrato y todo?

BASILIO, Capital. — Si pone usted un poco de mayor atención en sus lecturas cotidianas y matutinas saldrá de un error muy generalizado. Las predicciones del tiempo no son del diario aludido, sino de la Oficina Meteorológica. La cual tampoco debe cargar con toda la culpa. Pues eso de que no acierta nunca en sus pronósticos es leyenda creada por el ignaro público. Es cosa bien sabida y averiguada que el 22 de octubre de 1931 acertó, y el 15 de agosto de 1934 también. Tenga usted en cuenta, además, que, entre nosotros, es la meteorológica la menos exacta de todas las ciencias. Y, por último, lea la interesante obra de Benjamín Disraeli "Henrietta Temple", que dice en el capítulo IV del II libro: "What we anticipate seldom occurs; what we least expected generally happens". (Rara vez ocurre lo que pronosticamos. Generalmente ocurre lo que menos esperamos). Que es gran verdad en meteorología, en turf, en amor y en quinielas.

SEFARDITA, Avellaneda. — "Sefardíes" se llaman no los judíos de Polonia, sino los muchísimos que actualmente viven en Salónica, Turquía y Palestina, descendientes directos de los 165.000 hebreos españoles que, por el edicto del 31 de marzo de 1492, salieron de la península en julio del mismo año. Los actuales "sefardíes" demuestran su origen en su lenguaje, pues hablan un castellano antiguo bastante echado a perder. Dicen, por ejemplo: "Hispania, terra bunita". La colonia sefardí en Nueva York tiene un periódico que tira 25.000 ejemplares. Está impreso con esos firuletes tipográficos que solemos llamar caracteres hebreos, a pesar de lo cual está redactado en el castellano adulterado de que se ha hecho mención. Y es así como el periódico se titula un tanto analfabéticamente "La Bos del Pueblo". Gran número de los llamados turcos que entre nosotros venden "tudo a vinte" y pregonaban in illo tempore "la cosa linda e barata" son, indudablemente, sefardíes. Y muchos de nuestros periodistas y escritores son también sefardíes. Al menos, por su estilo literario.

EL AVERIGUADOR

TURISTA FASTIDIADO, Mar del Plata. — Debe existir, sin duda, alguna ordenanza municipal que prohiba eso. Pues hay ordenanzas para todo. El caso es que las ordenanzas son como el rey de Inglaterra, que reina, pero no gobierna. Lo que sí puedo asegurarle es que la costumbre no es, como dice usted, "cosa de los imbéciles de ahora", pues un antiquísimo verso latino ya nos advierte que "Nomina stultorum scribuntur ubique locorum" (los imbéciles escriben sus propios nombres en todas partes). Y como otra frase latina afirma que "Stultorum numerus est infinitus" (el número de los imbéciles es infinito), lo mejor es que nos callemos y los soportemos con cristiana resignación, ya que en esta eternidad, por lo menos, constituyen mayoría. Cosa que usted habrá sospechado, aun sin conocer latines.

TIQUIS MIQUIS, Capital. — Me pregunta usted quién es el autor de la frase "Celebremos las serenas orgías de la meditación"... Los devotos lectores de Anatole France saludarán aquí a una antigua conocida. ¿En qué obra suya no figura, traída más o menos a cuento? Y, sin embargo, la expresión no le pertenece sino como hurto malicioso. Nos cuenta él mismo en la página 338 del tomo II de "La Vie littéraire" que la "Antología" griega, refiriéndose a la estatua de Apuleyo levantada en Constantinopla, dice que representa a "Apuleyo, con gesto meditabundo, celebrando las silenciosas orgías de la Musa latina". Y sepa usted, señor, que los plagios de Anatole France no constituyen una novedad en el mundo literario. Henri Potez, Jean-Emile Morel, León Carias, Henri Bertrand, Gérad-Gailly, André Provost, G. Michaut, V. Giraud y Georges Maurevert han dedicado no pocas páginas a probar irrefutablemente los numerosos latrocinios del autor de la "Apologie pour le plagiat". Por mi parte, he descubierto que el Maestro ha robado mucho más de lo que han supuesto los denunciadores citados. Por razones de espacio es imposible dar cuenta aquí de los numerosos casos. Por si le interesan, los encontrará usted en la "Antología del Disparate", pág. 86 y siguientes.

CARLOS NOVO, Córdoba. — "Orden", cuando significa sucesión o método, es ambiguo, según la Academia. Y femenino, según los clásicos. Pero cuando "orden" significa mandato que se debe obedecer, observar y ejecutar, es siempre femenino, como lo quiere la Academia. Y el uso, que vale en estas cuestiones más que todas las academias.

A. S. O., Piriápolis. — Fuerza es confesar que la marina de guerra francesa, más que una flota terrible, ofensiva y erizada de cañones, parece por los nombres de sus acorazados la biblioteca de un librepensador de tiempos de Sarmiento: "Víctor Hugo", "Jules Michelet", "Mirabeau", "Condorcet" "Voltaire", "Diderot", etc. A pesar de lo cual, el nombre de "Mistral" aplicado a un destructor está muy bien. Porque en este caso especial no se trata del autor de "Mireya", sino de un viento rudo y violento del sud, que suele azotar el mediodía de Francia. Y volviendo a la manía incomprensible de bautizar las unidades de guerra con los nombres de los más pacíficos escritores, digno de recordarse es el crucero acorazado "Ernest Renan", que durante la gran guerra fué enviado por Francia a Grecia, y estuvo a punto de bombardear la Acrópolis...

● TRINKO, Montevideo. — Lo único que puedo decirle es que la luna no existía en la prehistoria. Parece ser que su existencia data desde el final de la edad de bronce, al menos según los datos que brinda la epigrafía arqueológica.

● E. P., Capital. — Géniol es nombre propio. Es el del dibujante Alfred André Géniol, nacido en Nancy el 1º de enero de 1813 y muerto el 12 de enero de 1860. Fué discípulo de Gros y expuso en el Salón, de París, de 1839.

● CLAUDIO, Capital. — 1º Es muy natural que no encontrara usted nada en el texto de "Guerras de los Judíos", obra a la cual no se refiere Voltaire. La interpolación está en "Antigüedades Judías". 2º "Sal" no es palabra latina derivada del griego "als" (sal), sino que ambas vienen del idioma-padre (el indoeuropeo), probablemente de algún vocablo que debía parecerse mucho al sánscrito "sara", que significa agua, leche cuajada y sal. Pero "salud" y "salvación", no creo. 3º En el acápite del cuento "Saint Satyre" no hay versos de Eurípides, que yo sepa.

● M. HOMAIS, Tucumán. — Es frase que se ha hecho proverbial en Francia: "compte d'apothicaire" (cuenta de boticario). Pero el significado es universal, tan viejo como el propio gremio de boticarios, y tan de actualidad como su última compra en la farmacia de la esquina. Es cuenta sobre la cual mucho habría de decirse y discutirse, pues como el boticario hace comercio de sustancias sobre las que el público ignora por lo regular la naturaleza y el valor, pide luego por ellas lo que le da la boticaria gana, que no suele ser poco, por cierto. Vale lo que nuestras cuentas del Gran Capitán, con la diferencia de que éstas no han existido jamás, y aquéllas son de una realidad tan permanente como impresionante.

● GLORIA DE LARA, Valparaíso. — Es mayor la profundidad del mar que la elevación de la tierra. En números redondos, el Everest tiene 8.880 metros de altura, y el océano Pacífico 9.800 de profundidad. Los globos-sondas se han elevado hasta unos 30.000 metros.

● UN AVERIGUADOR, Rafaela. — Déjese usted, joven, de Shakespeare, de Macaulay, de Voltaire y de Marco Polo, y trate por ahora de no volver a escribir: "d e c e a r í a que me c o n t e s t a c e n"...

● LLAO LLAO, Bariloche. — La designación del color no es puro capricho. Ante todo los llaman "libro azul" o blanco o lo que sea por el tono elegido para el papel de las tapas. Así y todo, cada una de las grandes naciones más o menos civilizadas han adoptado con carácter permanente un tipo de color para los libros en que suelen publicar los documentos de carácter diplomático. A Francia le corresponde el "libro amarillo", a Bélgica el gris, a Inglaterra el azul, a Rusia el naranja, a Alemania el blanco, a Austria (q. e. p. d.) el rojo, a Italia el verde, etc., etc.

● APELES, Capital. — No conozco ningún fijativo bueno para el pastel. Todos destruyen por igual la frescura y el aterciopelado de los matices.

● R. M., Quilmes. — Le agradezco la indicación del tema. Un día en que haya humor se hará eso. Pero no se forje usted muchas ilusiones. Las grandes películas de ahora, por excelentes que nos parezcan, servirán de risa de aquí a veinte años. Ya ahora incluyen entre las cómicas destinadas a niños y bobos las de Sarah Bernhardt. Y es muy natural, porque el cine sólo fija lo exterior, lo perecedero, y se le escapa el espíritu, lo permanente.

● A. READER, Capital. — "10, Downing Street" es la sede del ministerio de Relaciones Exteriores inglés. Por metonimia significa "el gobierno de la Gran Bretaña". Allí se realizan, desde 1721, las reuniones del consejo de ministros. Es una casita viejísima, humilde, sucia, pequeñita, situada en una callejuela de Londres que va de Whitehall al parque de Saint-James. Los londinenses se enorgullecen de que el más vasto imperio de la tierra tenga su centro en la más pobre casa de la ciudad. Al "hombre de la calle" de Londres le place que sus gobernantes economicen los dineros públicos, y no se vaya todo en fastuosos edificios, inútiles burocracias y vanas pompas.

● F. M. A., San Luis. — Fué una guerra de epigramas, de finales del siglo XVIII, entre Baour-Lormian y Lebrun-Pindaro. Este se distinguía por su extremada delgadez. Baour la explica:

On dit que la gloire nourrit
Et c'est pourquoi Lebrun maigrit.

Y contesta el aludido:

Sottise entretient santé
Baour c'est toujours bien porté.

Impreso exclusivamente con Tintas Letta.

Impreso en Argentina. — Talleres Gráficos Editorial Atlántida, S. A. — Bs. As.